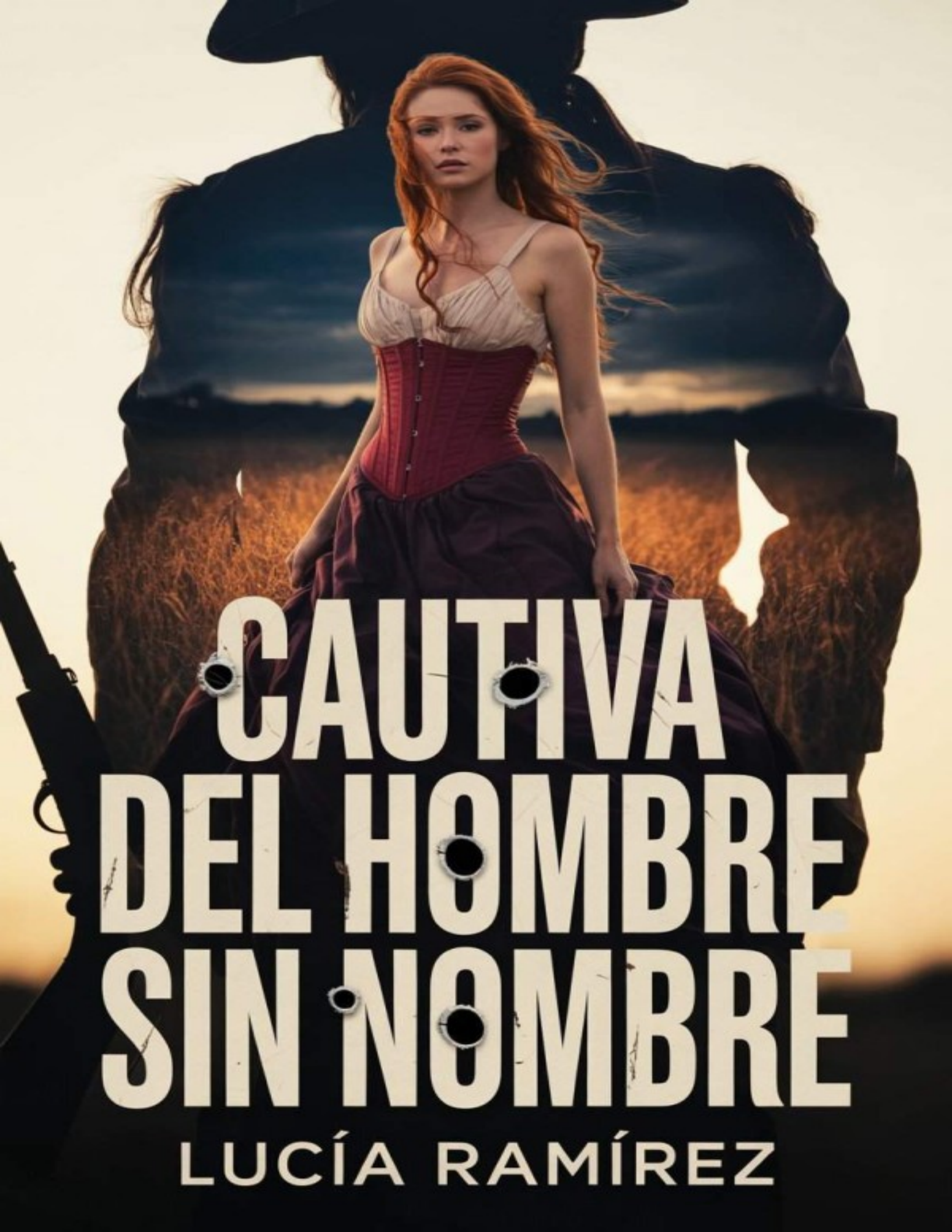




CAUTIVA DEL HOMBRE SIN NOMBRE

LUCÍA RAMÍREZ

CAUTIVA DEL HOMBRE SIN NOMBRE

Lucía Ramírez

Copyright © 2025 Lucia Ramirez

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en un sistema de recuperación, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio —ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright. Cualquier uso no autorizado de este contenido constituye una infracción a las leyes de propiedad intelectual vigentes.

Contents

<u>Title Page</u>
<u>Copyright</u>
<u>CAPÍTULO 1</u>
<u>CAPÍTULO 2</u>
<u>CAPÍTULO 3</u>
<u>CAPÍTULO 4</u>
<u>CAPÍTULO 5</u>
<u>CAPÍTULO 6</u>
<u>CAPÍTULO 7</u>
<u>CAPÍTULO 8</u>
<u>CAPÍTULO 9</u>
<u>CAPÍTULO 10</u>
<u>CAPÍTULO 11</u>
<u>CAPÍTULO 12</u>
<u>CAPÍTULO 13</u>
<u>CAPÍTULO 14</u>
<u>CAPÍTULO 15</u>
<u>EPÍLOGO</u>

CAPÍTULO 1

LA FUGA

La libertad olía a sangre y tierra mojada.

Isabela Navarro presionó su espalda contra el muro de piedra fría del Manicomio Creedmore, conteniendo la respiración mientras los pasos de los guardias resonaban en el corredor. Su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que la delataría.

Respira. Solo respira.

Pero respirar en este lugar era como inhalar muerte. Seis años aspirando el hedor a desinfectante barato, orina y desesperación. Seis años de gritos que nadie escuchaba. Seis años de "tratamientos" que no tenían nada de curativos y todo de tortura.

Seis años en el infierno, cortesía del hombre que había jurado amarla.

Richard Morrison. Su esposo. Su carcelero. Su destructor.

—Por aquí no hay nadie —dijo uno de los guardias, su voz amortiguada por la distancia—. Deben haber ido hacia el ala este.

Isabela esperó, contando los segundos como le había enseñado la enfermera Katherine antes de morir la semana pasada.

Uno, dos, tres...

La mano pequeña que sostenía apretó la suya con más fuerza.

—¿Ya podemos irnos? —susurró Violeta.

Isabela miró hacia la niña de ocho años que temblaba a su lado. Violeta Morales. Paciente número 127. Diagnóstico oficial: *Histeria y ceguera funcional por trauma*.

Traducción real: su padre la había golpeado tanto que su mente prefirió apagar su visión antes que seguir viendo los horrores.

—Sí, mi cielo —Isabela acarició el cabello enmarañado de la niña—. Pero tienes que ser muy valiente todavía un poco más. ¿Puedes hacer eso por mí?

Violeta asintió. Sus ojos vidriosos miraban hacia la nada, pero su barbilla se alzó con determinación.

Esa valentía partió el corazón de Isabela.

Avanzaron por el corredor en silencio. Isabela guiaba a Violeta por un camino que había memorizado durante meses. Katherine le había dado el mapa mental antes de morir, usando sus últimas horas para asegurarse de que al menos *alguien* escapara de este infierno.

"No todos pueden salvarse, Isabela," había murmurado la enfermera con labios azulados por la fiebre. *"Pero tú... tú tienes que vivir. Tienes que exponerlos. Prométemelo."*

Y lo había prometido.

La puerta lateral apareció exactamente donde Katherine había dicho. Isabela probó el picaporte con manos temblorosas.

Cerrado. Por supuesto.

Sacó la horquilla que había robado de la habitación del Dr. Petersen. El maldito bastardo que disfrutaba demasiado administrando "sedantes" a las pacientes bonitas. Sus manos habían estado sobre Isabela más veces de las que podía contar.

Nunca más.

Forzó la cerradura con dedos que habían aprendido este truco de una carterista, su compañera de celda durante dos meses antes de que la "trataran" hasta la muerte.

El *clic* del mecanismo cediendo fue el sonido más hermoso del mundo.

La noche de octubre las recibió con un viento helado que cortaba a través de sus batas delgadas. A Isabela no le importó. Hubiera caminado desnuda por la nieve si eso significaba alejarse de Creedmore.

—Tengo frío —lloró Violeta.

—Lo sé, amor. Lo sé.

Isabela se quitó el chal robado que había escondido bajo su bata y envolvió a la niña.

—Pero mira, somos libres. ¿Puedes sentir el viento? No es el aire rancio de adentro. Es aire de verdad. Aire libre.

Corrieron hacia los establos.

Katherine le había dicho que el caballo más viejo, un alazán llamado Rusty, era prácticamente ciego y nadie lo montaba. Perfecto. Nadie lo echaría de menos hasta el amanecer.

Encontraron a Rusty exactamente donde se suponía. Isabela nunca había montado un caballo en su vida. Las señoritas de buena familia viajaban en carruajes, no a caballo.

Pero esta noche aprendería o moriría intentándolo.

Montar con Violeta adelante fue un ejercicio de terror puro. El caballo se movía con pasos inseguros, y cada sonido de la noche hacía que Isabela mirara hacia atrás, esperando ver antorchas y hombres armados.

Pero la noche permaneció vacía detrás de ellas.

Cabalgaron hacia el oeste.

Isabela no sabía por qué el oeste, excepto que era la dirección opuesta a San Francisco. Opuesta a Richard. Opuesta a todo lo que la había destruido.

El oeste era donde el país se volvía salvaje, donde la ley era más una sugerencia que una regla, donde una mujer podría desaparecer y comenzar de nuevo.

Si sobrevivía lo suficiente para llegar allí.



Tres días después, Isabela estaba bastante segura de que no sobrevivirían.

El paisaje había cambiado de los bosques verdes de Colorado a algo brutal e implacable. Nuevo México, según un letrero que apenas podía leer. Desierto que se extendía infinitamente en todas direcciones. Tierra roja y rocas que parecían dientes rotos de algún dios muerto.

No habían comido en dos días.

El agua se había acabado esa mañana.

Rusty cojeaba, probablemente había pisado algo afilado la noche anterior.

Y Violeta... Violeta ardía con fiebre, su cuerpecito temblando incluso bajo el sol castigador.

—Isabela —murmuró la niña—. Tengo sed.

—Lo sé, mi amor. Ya casi llegamos.

Una mentira. No tenía idea de dónde estaban o hacia dónde iban.

El sol comenzaba a descender cuando Rusty finalmente se detuvo, negándose a dar un paso más. Isabela desmontó con piernas que apenas la sostenían, alzó a Violeta en sus brazos, y comenzó a caminar.

Un paso.

Luego otro.

Y otro.

Sus labios estaban agrietados, sangrando. Su visión se nublaba en los bordes. Los pies descalzos dejaban manchas rojas en la arena. Las botas robadas se habían desintegrado kilómetros atrás.

Solo un poco más. Solo...

Sus rodillas golpearon la tierra primero. Luego sus manos.

Violeta rodó de sus brazos con un gemido suave. Isabela intentó levantarse, pero su cuerpo no respondía.

Miró hacia el cielo que se teñía de naranja y púrpura.

Hermoso.

Casi valía la pena morir bajo un cielo así, en lugar de entre cuatro paredes grises manchadas de sangre y locura.

Perdóname, Katherine. Lo intenté.

Cerró los ojos.

Y rogó que Dios, si es que existía, tuviera piedad de dos almas rotas en medio de la nada.



Oscuridad.

Luego... voces.

—...dos mujeres... casi muertas...

—...niña también... apenas respira...

—...tráelas. El jefe decidirá...

Manos fuertes la levantaron. Isabela intentó luchar. Su mente gritaba que esto era otro truco, otra trampa, otro horror esperando a devorarla.

Pero su cuerpo no obedecía.

—¡No! —logró susurrar—. Violeta... la niña...

—Tranquila —dijo una voz de mujer, sorprendentemente gentil—. La tenemos. Está a salvo.

—Mentirosa. Todos mienten...

—Shh. Nadie va a lastimarte.

Isabela quiso creer eso. Quiso desesperadamente creer eso.

Lo último que registró antes de caer en la inconsciencia completa fue el aroma de cuero y humo de leña, y una voz profunda, ronca como el whisky, que ordenaba:

—Con cuidado. No sabemos quiénes son todavía.

Hubo una pausa. Luego, más suave, casi para sí mismo:

—Pero quienquiera que las haya lastimado así... que ruegue que nunca lo encuentre.

Entonces la oscuridad la reclamó completamente, llevándosela a un lugar donde ni siquiera las pesadillas podían alcanzarla.

Por ahora.



Cuando Isabela despertó, lo primero que notó fue el calor.

No el calor sofocante del desierto o el bochorno enfermizo de las celdas de Creedmore. Esto era... agradable. El calor de mantas limpias y un fuego cercano.

El segundo fue el aroma. Comida. Café. Algo que olía a estofado.

Abrió los ojos lentamente, parpadeando contra la luz suave de una lámpara de aceite.

No era una celda.

Era... ¿una tienda?

Lona sobre su cabeza. Paredes de tela que se movían suavemente con el viento. Una alfombra tejida bajo el catre donde yacía. Una mesita pequeña con una jarra de agua y un plato cubierto.

—¿Violeta?

Su voz salió como un graznido.

—La niña está bien.

Isabela giró la cabeza tan rápido que mareó.

Una mujer estaba sentada en una silla junto a la entrada de la tienda. Treinta y tantos, tal vez. Cabello oscuro recogido en una trenza gruesa. Piel color canela marcada por el sol. Ojos oscuros que la evaluaban con una mezcla de curiosidad y cautela.

—¿Dónde...? —Isabela intentó sentarse.

—Despacio. —La mujer se levantó, moviéndose para ayudarla—. Has estado inconsciente tres días.

—¿Tres días? —El pánico burbujeó en su pecho—. No, no puedo... tienen que estar buscándome. Tienen que...

—Nadie está buscando a nadie aquí. —La voz de la mujer era firme pero no unkind—. Este lugar no existe en ningún mapa oficial.

Isabela la miró fijamente.

—¿Dónde estoy?

La mujer sonrió, pero no fue exactamente una sonrisa tranquilizadora.

—En el campamento del hombre sin nombre, querida. Y cuando despiertes completamente, él querrá hablar contigo.

El corazón de Isabela se hundió.

—¿Qué quiere de mí?

—Eso —dijo la mujer, caminando hacia la salida de la tienda—, tendrás que preguntárselo tú misma.

La tela se cerró detrás de ella, dejando a Isabela sola con el sonido de su propio corazón acelerado y la terrible certeza de que había escapado de un infierno...

Solo para caer directamente en otro.

CAPÍTULO 2

EL FANTASMA

Mateo Reyes había visto muchas cosas morir en el desierto.

Hombres, principalmente. Algunos que lo merecían, otros que simplemente tuvieron mala suerte. Había visto caballos caer, búfalos desangrarse, y una vez, un oso herido que había arrastrado su cuerpo destrozado por kilómetros antes de rendirse finalmente.

Pero nunca había visto algo como esto.

Dos figuras—una mujer y una niña—colapsadas en la arena como muñecas rotas abandonadas por un niño cruel. Inmóviles bajo el sol asesino de la tarde. Rodeadas de buitres que ya comenzaban a circular.

—Jefe —dijo Joaquín, su segundo al mando, señalando hacia las figuras—. ¿Crees que todavía...?

Mateo ya había espoleado a su caballo.

Desmontó antes de que el animal se detuviera completamente, sus botas golpeando la tierra con un ruido sordo. Los buitres se dispersaron con graznidos indignados.

Se arrodilló junto a la mujer primero.

Joven. Veintipocos, tal vez. Cabello oscuro enmarañado por días de viaje duro. Piel pálida quemada por el sol hasta un rojo doloroso. Labios agrietados y sangrando.

Pero era su ropa lo que lo detuvo.

Bata de hospital. Delgada, blanca, manchada de suciedad y sangre. El tipo de bata que solo se veía en un lugar.

Un manicomio.

—Mierda —murmuró.

Presionó dos dedos contra su cuello, buscando el pulso. Por un momento no sintió nada, y su pecho se apretó inexplicablemente. Luego—ahí. Débil, demasiado rápido, pero estaba vivo.

—¿Y la niña? —preguntó, mirando hacia Joaquín que ya estaba revisando a la pequeña.

—Viva también. Apenas. —El rostro curtido de Joaquín se tensó—. Dios santo, Mateo. ¿Qué le pasó a esta criatura?

La niña no podía tener más de ocho años. También vestía bata de hospital. También estaba quemada por el sol y deshidratada casi hasta la muerte.

Pero sus ojos...

Mateo se movió para examinarla más de cerca. Los ojos de la niña estaban abiertos, mirando sin ver hacia el cielo. Ni siquiera parpadeó cuando su sombra cayó sobre su rostro.

—Ciega —dijo en voz baja.

—¿Natural o...?

—O causada. —La mandíbula de Mateo se endureció—. De cualquier manera, alguien dejó que una niña ciega escapara de un manicomio.

O peor. Alguien las había perseguido hasta que no tuvieron más opción que huir al desierto y morir.

—¿Qué hacemos? —preguntó Joaquín.

Mateo no vaciló.

—Las llevamos al campamento. Rosa puede cuidarlas.

—¿Estás seguro? No sabemos quiénes son. Podrían traer problemas.

Mateo miró nuevamente a la mujer inconsciente. Algo en su rostro—incluso hinchado por el sol y la deshidratación—hablaba de una belleza delicada que había sido destrozada por algo brutal.

Había cicatrices. Viejas. En sus muñecas donde las correas habrían dejado marcas. En su sien donde alguien le había golpeado con algo duro.

Y en su expresión, incluso inconsciente, había una tensión. Como si incluso en la oscuridad, todavía estuviera huyendo.

—Ya tienen problemas —dijo Mateo, levantando a la mujer en sus brazos con cuidado—. Nosotros solo podríamos ser la solución.

O no. Pero los dejaba morir no era una opción que su conciencia—por corrupta que estuviera—pudiera tolerar.

La mujer no pesaba casi nada. Huesos y piel. Piel quemada y deshidratada. Cuánto tiempo habían estado viajando sin comida ni agua adecuadas, no lo sabía. Pero había sido demasiado tiempo.

La acomodó sobre su caballo con cuidado, montando detrás de ella y manteniéndola estable contra su pecho. Su cabeza cayó contra su hombro.

Por un momento, Mateo se quedó inmóvil.

Hacía siete años que no sostenía a una mujer así. Siete años desde que había permitido que alguien se acercara lo suficiente como para importarle.

Y esta mujer—quienquiera que fuera—no significaba nada para él.

Todavía no, susurró una voz traicionera en su mente.

La ignoró.

Joaquín montó con la niña, envolviéndola en su sarape para protegerla del sol que comenzaba a descender.

—¿Cómo crees que terminaron aquí? —preguntó mientras cabalgaban hacia el campamento—. El manicomio más cercano está a días de distancia.

—Robaron un caballo, probablemente. —Mateo había visto las huellas—. Lo cabalgaron hasta que no pudo más. Luego caminaron. Y cuando no pudieron caminar más...

—Cayeron.

—Sí.

—Deben haber estado desesperadas.

Mateo miró hacia abajo, hacia el rostro de la mujer apoyado contra su pecho. Incluso ahora, sus cejas estaban fruncidas. Luchando contra algo en sus sueños.

—O aterradas —murmuró—. Tan aterradas que morir en el desierto parecía mejor que regresar.

Eso le decía todo lo que necesitaba saber sobre el lugar del que habían escapado.



El campamento apareció cuando el sol tocaba el horizonte.

Escondido en un cañón estrecho, invisible desde arriba, protegido en tres lados por paredes de roca roja. Solo había una entrada, fácil de vigilar, imposible de atacar sin ser visto.

Hogar.

O lo más cercano a un hogar que Mateo había tenido en siete años.

—¡Rosa! —gritó mientras desmontaba—. ¡Necesito tu ayuda!

Una mujer emergió de una de las tiendas más grandes. Rosa Mendoza. Cuarenta años, madre de tres hijos muertos gracias a una banda rival, sanadora mejor que cualquier doctor que Mateo había conocido.

Sus ojos se ensancharon al ver la carga en los brazos de Mateo.

—Dios mío. ¿Qué pasó?

—Las encontramos en el desierto. Deshidratación severa, quemaduras de sol, probablemente no han comido en días. La niña está ciega. Ambas vienen de un manicomio.

Rosa ya estaba en movimiento, dirigiéndolos hacia su tienda médica.

—Ponla aquí. Con cuidado.

Mateo depositó a la mujer en el catre que Rosa había señalado. Por primera vez, pudo verla completamente bajo mejor luz.

Y se quedó sin aliento.

Incluso en este estado—quemada, deshidratada, sucia—era hermosa. No la belleza superficial de las mujeres que había conocido en salones y burdeles. Esto era algo más profundo. Huesos delicados. Labios llenos incluso agrietados. Pestañas largas y oscuras contra mejillas hundidas.

Y esas cicatrices...

—¿Quién le hizo esto? —preguntó Rosa en voz baja, trazando las marcas en las muñecas de la mujer.

—No lo sé. Todavía.

Pero lo averiguaría. Y cuando lo hiciera...

Mateo salió de la tienda mientras Rosa trabajaba, dándole espacio. Joaquín ya había llevado a la niña adentro también.

Otros miembros del campamento se habían reunido. Veinte almas en total. Su banda. Su familia elegida.

—¿Quiénes son? —preguntó Miguel, el más joven del grupo.

—Refugiadas —dijo Mateo simplemente—. Se quedan hasta que estén lo suficientemente fuertes para decidir qué hacer después.

Nadie cuestionó eso. Todos en este campamento eran refugiados de algo. La ley injusta. Acusaciones falsas. Pobreza desesperada. Violencia que el mundo ignoraba.

—¿Revisaste sus pertenencias? —preguntó Joaquín.

Mateo había olvidado. Había una pequeña bolsa atada a la cintura de la mujer. La había sentido contra su costado durante el viaje, pero no la había revisado.

—Tráemela.

Joaquín desapareció en la tienda médica, regresando momentos después con una bolsa de tela sucia. La entregó a Mateo.

—Rosa dice que la mujer probablemente despertará mañana. Tal vez pasado mañana. La niña está más estable, pero todavía débil.

Mateo asintió, pero su atención ya estaba en la bolsa.

La abrió.

Dentro: ropa interior de mujer. Una horquilla. Un trozo de pan tan duro que podría usarse como arma. Y documentos.

Mateo sacó los papeles, desplegándolos bajo la luz del fuego que alguien había encendido.

El primero era una carta. Escrita con letra temblorosa pero elegante.

"A quien pueda concernir: La portadora de esta carta, Isabela Navarro Morrison, fue admitida a Creedmore Institution el 15 de marzo de 1879 por orden de su esposo, Richard Morrison. Diagnóstico: Histeria severa con tendencias violentas..."

Mateo dejó de leer.

Richard Morrison.

El nombre golpeó como un puñetazo en el estómago.

Richard. Maldito. Morrison.

Sus manos comenzaron a temblar. Lentamente, con cuidado, plegó la carta y sacó el siguiente documento.

Certificado de matrimonio.

Isabela Valentina Navarro y Richard James Morrison. 12 de junio de 1878. San Francisco, California.

La fecha era de siete años atrás.

El mismo año que Morrison había destruido la vida de Mateo.

Miró fijamente el nombre. Isabela. Así se llamaba la mujer que yacía inconsciente en la tienda de Rosa.

La esposa de Richard Morrison.

La esposa del hombre que había asesinado a Diego.

La esposa del hombre que había destruido la vida de Mateo, que lo había convertido en un fugitivo, que había robado todo lo que amaba.

Por un largo momento, Mateo no pudo moverse. No pudo pensar.

Luego, lentamente, una sonrisa se extendió por su rostro.

No era una sonrisa agradable.

—¿Jefe? —La voz de Joaquín sonó cautelosa—. ¿Qué dice?

—Dice —Mateo dobló los documentos cuidadosamente, guardándolos en su bolsillo—, que Dios tiene un sentido del humor muy retorcido.

—No te entiendo.

Mateo se levantó, mirando hacia la tienda médica donde la mujer—*Isabela*—luchaba por su vida.

—La mujer que acabamos de salvar es la esposa de Richard Morrison.

El silencio que siguió fue absoluto.

—¿El Richard Morrison? —preguntó Joaquín finalmente—. ¿El que...?

—El mismo. —Mateo sintió algo oscuro y peligroso desenrollarse en su pecho—. El hombre que asesinó a mi hermano. El hombre que me acusó falsamente. El hombre que destruyó mi vida.

—Mierda.

—Sí.

—¿Qué vas a hacer?

Mateo no respondió inmediatamente. Caminó hacia la tienda médica, entrando en silencio. Rosa estaba ocupada con la niña. La mujer—*Isabela*—yacía inmóvil en el catre.

Se acercó a ella.

A la luz de la lámpara, pudo ver más detalles. Las cicatrices no eran solo en sus muñecas. Había marcas de agujas en sus brazos. Lugares donde el cabello no crecía uniformemente, sugiriendo que lo habían arrancado. Contusiones viejas que se desvanecían en su piel.

Morrison la había encerrado. La había torturado. La había abandonado para que muriera loca y sola.

Y ella había escapado.

Mateo extendió la mano, casi sin darse cuenta, y tocó suavemente su mejilla. Su piel estaba caliente por la fiebre, pero suave debajo de las quemaduras.

Hermosa.

Rota.

Y completamente a su merced.

Podría usarla. Morrison la quería—los documentos lo dejaban claro. Él había pagado por su encierro. Lo que significaba que importaba para él. Tal vez por su dinero, tal vez por control, pero importaba.

Lo cual significaba que ella era la herramienta perfecta para destruirlo.

—Lo siento —murmuró Mateo, aunque ella no podía oírlo—. Pero los dos queremos lo mismo. Venganza contra el hombre que nos arruinó.

Su pulgar trazó la línea de su pómulos.

—La diferencia es que tú ni siquiera sabes que la quieres todavía. Pero lo harás. Y cuando lo hagas...

Se inclinó más cerca, su voz bajando a un susurro.

—Te usaré para destruirlo, Isabela Morrison. Te usaré para arrancarle todo lo que ama. Y cuando esté arruinado, roto, suplicando por misericordia...

Una pausa.

—Solo entonces recordaré a mi hermano. Y no le daré ninguna.

Se enderezó, mirándola una última vez.

Algo en su pecho se apretó. Una sensación extraña, incómoda. Casi como...

Culpa.

La apartó brutalmente.

No podía permitirse culpa. No ahora. No cuando finalmente tenía una oportunidad real de destruir a Morrison.

Que esta oportunidad viniera en forma de una mujer hermosa y destrozada...

Bueno. El universo nunca había sido amable con él. ¿Por qué debería empezar ahora?

Salió de la tienda sin mirar atrás.

Joaquín lo esperaba afuera.

—¿Y bien?

Mateo lo miró directamente a los ojos.

—La salvamos. La curamos. Y cuando despierte... le ofrezco un trato que no podrá rechazar.

—¿Qué tipo de trato?

La sonrisa de Mateo regresó. Fría. Calculada. Despiadada.

—Protección. Venganza. Y la oportunidad de hacer que Richard Morrison pague por cada momento que la hizo sufrir.

—¿A cambio de?

—A cambio de convertirse en mi esposa. Al menos en papel. Lo suficiente para darme acceso a las propiedades que Morrison le robó a su familia. Lo suficiente para arruinarlo financieramente. Legalmente.

—Eso es...

—Brillante. Cruel. Necesario. —Mateo se encogió de hombros —. Elige cualquiera.

Joaquín lo estudió por un largo momento.

—Hay una cosa que no estás considerando.

—¿Qué?

—Que ella podría decir que no.

Mateo miró hacia la tienda médica una última vez. Pensó en cómo la había encontrado. Desesperada. Muriendo. Sin ningún lugar adonde ir.

—No lo hará —dijo con confianza—. Porque cuando despierte, estará atrapada. Sin dinero. Sin recursos. Buscada por escapar del manicomio. Y el único hombre que puede protegerla...

Su sonrisa se ensanchó.

—Soy yo.

Se alejó, ignorando la mirada preocupada de Joaquín.

Esta vez, Morrison había cometido un error.

Había dejado a su esposa viva.

Y Mateo Reyes—El Fantasma, el hombre sin nombre, el forajido más buscado en tres territorios—iba a usar eso para destruirlo completamente.

Que Dios se apiadara de cualquiera que se interpusiera en su camino.

Incluida Isabela Morrison.

Especialmente Isabela Morrison.

CAPÍTULO 3

EL DESPERTAR

Isabela despertó con el sabor del miedo en la boca.

Por un momento—un momento glorioso y desorientador—no supo dónde estaba. Solo que no era Creedmore. El aire olía diferente. A humo de leña y salvia, no a desinfectante y miseria.

Luego la memoria regresó en oleadas.

El desierto. El sol. Caer. Voces. Manos levantándola.

"El hombre sin nombre querrá hablar contigo."

Se sentó tan rápido que el mundo giró. Sus manos se aferraron a las mantas—mantas limpias, suaves, tan diferentes de las ásperas sábanas del manicomio—tratando de anclarla mientras su visión se aclaraba.

Una tienda. Pequeña pero ordenada. Luz del día filtrándose a través de la lona.

Y una mujer sentada en una silla junto a la entrada.

No era la misma mujer de antes. Esta era mayor. Cabello gris recogido en un moño suelto. Rostro amable pero cansado. Manos ocupadas remendando una camisa.

—Bienvenida de vuelta a la tierra de los vivos —dijo la mujer sin levantar la vista de su costura—. Empezaba a pensar que dormirías una semana entera.

—¿Dónde...? —La voz de Isabela salió como papel de lija.

—Aquí. —La mujer señaló una jarra en la mesita junto al catre—. Despacio. Tu estómago ha estado vacío demasiado tiempo.

Isabela tomó la jarra con manos temblorosas. El agua estaba fresca, limpia. Casi lloró con el primer sorbo.

—Despacio, dije. —La mujer finalmente levantó la vista, sus ojos oscuros evaluando a Isabela con la mirada práctica de alguien acostumbrado a ver heridas—. No querrás vomitarlo todo.

Isabela obedeció, tomando pequeños sorbos aunque cada célula de su cuerpo gritaba por más.

—¿Cuánto tiempo...?

—Tres días. Casi cuatro. —La mujer dejó su costura a un lado—. Tenías fiebre. Delirios. Gritaste cosas... interesantes.

El estómago de Isabela se hundió.

—¿Qué tipo de cosas?

—Nada que no hayamos oído antes. —La respuesta fue deliberadamente vaga—. Me llamo Rosa Mendoza. Soy la sanadora de este... digamos campamento.

—Isabela. —Dudó, luego decidió que era inútil mentir—. Isabela Morrison.

Si Rosa reconoció el apellido, no lo mostró.

—¿Y la niña que venía contigo?

—¿Violeta? —El pánico burbujeo—. ¿Dónde está? ¿Está bien?

—Está bien. Mejor que tú, de hecho. —Rosa señaló hacia otra parte de la tienda que Isabela no había notado, separada por una cortina—. Duerme ahí. La he estado revisando cada pocas horas. La fiebre cedió ayer.

El alivio casi la derribó de nuevo al catre.

—Gracias. Gracias por...

—No me agradezcas todavía. —Rosa se levantó, acercándose al catre—. Déjame verte.

Las manos de la mujer eran firmes pero gentiles mientras revisaba a Isabela. Tocó su frente, examinó sus ojos, revisó el pulso en su muñeca.

Sus dedos se detuvieron en las cicatrices.

—Correas —dijo Rosa en voz baja. No era una pregunta.

—Sí.

—¿Por cuánto tiempo?

—Seis años. —Las palabras salieron antes de que Isabela pudiera detenerlas—. Seis años en el Manicomio Creedmore.

Rosa no se inmutó. No mostró lástima o repulsión. Solo asintió.

—Eso explica las otras marcas también. —Trazó las cicatrices de agujas en el brazo de Isabela—. ¿"Tratamientos"?

—Ellos los llamaban así.

—¿Y tú los llamabas...?

—Tortura.

Silencio. Luego Rosa apretó suavemente su hombro.

—Estás a salvo aquí. Al menos por ahora.

—¿Por ahora?

—Nada es permanente en este mundo, niña. Pero mientras estés bajo el cuidado de Mateo Reyes, nadie te tocará.

—¿Mateo Reyes?

—El hombre que te encontró. El que te trajo aquí. —Rosa regresó a su silla—. El líder de este lugar.

—El hombre sin nombre.

Rosa sonrió levemente.

—Entre otros nombres. Sí.

—¿Y qué quiere de mí?

—Eso —dijo una voz profunda desde la entrada de la tienda—, puedes preguntármelo directamente.



Isabela giró tan rápido que casi se cayó del catre.

Un hombre llenaba la entrada de la tienda.

Alto. Fácilmente más de seis pies. Hombros anchos que bloqueaban la luz del día. Vestido completamente de negro—pantalones, camisa, chaleco, incluso el sombrero que sostenía en una mano.

Pero era su rostro lo que la dejó sin aliento.

Duro. Cincelado. Líneas marcadas por el sol y la violencia. Una cicatriz atravesaba su ceja derecha. Mandíbula cuadrada oscurecida por barba de varios días. Labios llenos que podrían haber sido sensuales si no estuvieran presionados en una línea severa.

Y sus ojos.

Dios. Sus ojos.

Color ámbar oscuro. Como whisky a la luz del fuego. Y la forma en que la miraban...

Como si pudiera ver directamente a través de ella. Como si cada secreto que había guardado estuviera desnudo ante él.

—Veo que estás despierta —dijo, entrando a la tienda sin esperar invitación—. Bien. Tenemos que hablar.

Rosa se levantó.

—Mateo, acaba de despertar. Dale tiempo para...

—El tiempo es algo que no tenemos en abundancia. —Su mirada no dejó a Isabela—. ¿Verdad, señora Morrison?

El apellido golpeó como una bofetada.

Isabela sintió que toda la sangre abandonaba su rostro.

—¿Cómo...?

—Tus documentos. —Se encogió de hombros, como si hubiera revisado las pertenencias de una mujer inconsciente fuera perfectamente razonable—. Los leí. Todo. El certificado de matrimonio. La carta de admisión al manicomio. Muy... esclarecedor.

—Devuélvemelos. —La voz de Isabela salió más firme de lo que se sentía—. No tenías derecho a...

—No tenías derecho a morir en mi desierto —interrumpió—. Pero aquí estamos.

Rosa suspiró.

—Mateo...

—Déjanos, Rosa.

No fue una petición.

Rosa miró entre ellos, claramente dividida. Luego sus ojos se posaron en Isabela.

—Si gritas, vendré corriendo.

Isabela asintió, incapaz de hablar.

Rosa salió, dejándolos solos.

El silencio se estiró. Mateo la estudiaba con esa mirada penetrante. Isabela se negó a apartar la vista, aunque su corazón latía como un pájaro atrapado.

—No voy a hacerte daño —dijo él finalmente.

—Todos dicen eso.

—Sí. Supongo que sí. —Movió la silla de Rosa más cerca del catre y se sentó, sus largos dedos entrelazados entre sus rodillas—. Pero a diferencia de ellos, lo digo en serio.

—¿Por qué debería creerte?

—Porque si quisiera lastimarte, ya estarías muerta. O de vuelta en ese manicomio. —Inclinó la cabeza—. En cambio, estás aquí. Viva. Sana. Alimentada y cuidada. Por mí.

No podía discutir eso.

—¿Qué quieres?

—Ahí está. —Sonrió, pero no alcanzó sus ojos—. Directo al grano. Me gusta eso.

—No tengo energía para juegos.

—Bien. Porque yo tampoco. —Se inclinó hacia adelante, y Isabela tuvo que forzarse a no retroceder—. Te haré una pregunta, Isabela. Solo una. Y necesito que me digas la verdad.

—¿Qué pregunta?

—¿Todavía amas a Richard Morrison?

De todas las cosas que podría haber preguntado, esa era la última que esperaba.

Por un momento, no pudo hablar. Luego—inesperadamente—se rió. Una risa amarga, rota, que dolió en su garganta.

—¿Amarlo? —repitió—. ¿Amar al hombre que me encerró? ¿Que me torturó? ¿Que me robó seis años de mi vida?

—Algunas mujeres sí. —Su voz era neutral—. El corazón es complicado.

—El mío no. —Se inclinó hacia adelante, permitiendo que él viera toda la furia y el odio que había mantenido enterrados—. Lo desprecio. Lo odio con cada respiración que tomo. Si pudiera verlo sufrir como me hizo sufrir...

Se detuvo, dándose cuenta de lo que estaba revelando.

Pero Mateo solo asintió, como si ella hubiera confirmado algo que ya sabía.

—Bien —dijo simplemente.

—¿Bien?

—Significa que podemos ayudarnos mutuamente.

Isabela frunció el ceño.

—No entiendo.

Mateo se levantó, caminando hacia la mesa donde Rosa había dejado vendajes y medicinas. Tocó los suministros absortemente

mientras hablaba.

—Hace siete años, yo era el sheriff del condado Esperanza. Tenía un hermano menor. Diego. Diecisiete años. Buen chico. Inteligente. Iba a ser abogado.

Pasó su dedo por el borde de un frasco de vidrio.

—Richard Morrison llegó al pueblo. Rico. Encantador. Tenía planes grandes. Comprar tierras, construir un imperio. Todos lo amaron.

—Pero no tú.

—No. Yo. —Se volvió para mirarla—. Porque yo investigué. Y descubrí que su dinero venía de lugares sucios. Fraude de tierras. Sobornos. Trata de personas.

El estómago de Isabela se revolvió. Pero no se sorprendió. Nada de lo que hiciera Richard podía sorprenderla ya.

—Confronté a Morrison —continuó Mateo—. Le dije que tenía evidencia. Que lo expondría. Que lo vería en prisión.

Una pausa larga.

—Dos días después, encontraron a mi hermano. Muerto. Disparo en la espalda. Y de repente había testigos—testigos que Morrison había pagado—diciendo que me habían visto disparándole. Que Diego y yo habíamos peleado.

—Dios.

—Morrison me incriminó perfectamente. —La voz de Mateo era plana, pero Isabela podía escuchar la furia enterrada debajo—. Fui declarado fugitivo. Pasé siete años huyendo. Construyendo esto. —Gesticuló alrededor—. Una vida en las sombras.

Se acercó nuevamente, esta vez parándose tan cerca que Isabela tuvo que inclinar la cabeza para mirarlo.

—Así que cuando dices que odias a Richard Morrison... te creo. Porque yo también lo odio. Y he estado esperando siete años por la oportunidad de destruirlo.

Isabela tragó.

—¿Y yo soy esa oportunidad?

—Sí.

Al menos era honesto.

—¿Cómo?

—Eres su esposa. Legalmente, todavía eres su esposa.

—No en mi corazón.

—El corazón no importa. La ley sí. —Mateo se arrodilló junto al catre, poniéndolos a la misma altura—. Antes de casarte con Morrison, eras Isabela Navarro. Hija de Don Miguel Navarro. Heredera de miles de acres de tierra en California.

—Mi padre murió. Morrison...

—Te robó tu herencia. Sí. Lo sé. —Sus ojos buscaron los de ella—. Pero él solo pudo tomar esas tierras porque tú estabas declarada demente. Encerrada. Incapaz de manejar tus propios asuntos.

Isabela empezó a comprender.

—Pero yo no estoy loca.

—No. No lo estás. —Una sonrisa pequeña tocó sus labios—. Estás cuerda. Puedes probarlo. Y una vez que lo hagas...

—Puedo reclamar mi herencia.

—Exactamente.

—Pero Morrison nunca lo permitirá. Él...

—Ah. —Mateo levantó un dedo—. Ahí es donde entro yo. Porque una vez que reclames tus tierras, necesitarás protección. Alguien que Morrison no pueda comprar o intimidar. Alguien que no le tenga miedo.

El corazón de Isabela latía acelerado.

—¿Y qué obtienes tú de esto?

—Venganza. —Simple. Directo—. Morrison me quitó a mi hermano. Mi vida. Mi futuro. Quiero verlo sufrir. Quiero arrancarle todo lo que ama. Su dinero. Su poder. Su reputación.

Se inclinó más cerca. Isabela pudo oler el cuero y el humo en su piel.

—Y luego, cuando no le quede nada... quiero que sepa exactamente quién lo destruyó. Y por qué.

—Eso es...

—¿Cruel? Sí. ¿Despiadado? Absolutamente. —Sus ojos buscaron los de ella—. Pero tú me entiendes. ¿Verdad, Isabela? Porque tú quieres lo mismo.

Ella quería negarlo. Decir que no era así. Que era mejor que eso.

Pero sería mentira.

—Sí —susurró—. Lo quiero.

La sonrisa de Mateo se ensanchó.

—Entonces tenemos un entendimiento.

—¿Pero cómo? Morrison es poderoso. Tiene conexiones. Jueces en su bolsillo. Sheriffs que...

—Que no pueden tocarme aquí. —Mateo se levantó—. Este lugar está fuera de su alcance. Y una vez que te recuperes completamente, empezaremos a construir tu caso. Conseguiremos testigos. Médicos que certifiquen tu cordura. Abogados honestos— los pocos que quedan.

Hizo que sonara simple. Casi fácil.

—¿Y qué quieres de mí a cambio?

Ahí estaba. La pregunta real.

Mateo la miró por un largo momento. Luego, lentamente, sacó algo de su bolsillo. Los documentos que había robado de su bolsa.

Los sostuvo entre ellos.

—Tu matrimonio con Morrison puede ser anulado. Fuiste declarada demente. No podías consentir. Un buen abogado lo logrará.

—Bien.

—Pero hasta que eso suceda, sigues siendo vulnerable. Morrison puede reclamarte como su esposa. Puede devolverte al manicomio. Legalmente, tiene ese derecho.

Isabela sintió que el pánico subía.

—No. No voy a volver allí. Prefiero morir que...

—No vas a morir. —La voz de Mateo era firme—. Y no vas a volver allí. Porque vas a casarte conmigo.

El mundo se detuvo.

—¿Qué?

—Cásate conmigo, Isabela. —Se arrodilló nuevamente, esta vez tomando su mano—. No por amor. No por pasión. Esto es un

trato de negocios. Una alianza estratégica contra un enemigo común.

—Estás loco.

—Estoy siendo práctico. —Su pulgar trazó el dorso de su mano, enviando chispas a través de su piel—. Escúchame. Si te casas conmigo, Morrison no puede reclamarte. Estarás bajo mi protección. Mi nombre. Mis recursos.

—Pero yo no... no puedo simplemente...

—¿Casarte con un extraño? Ya lo hiciste una vez. Y mira cómo resultó. —No fue cruel, solo factual—. Al menos esta vez, sabes exactamente qué estás obteniendo. Sin mentiras. Sin engaños. Solo un acuerdo claro.

Isabela retiró su mano.

—¿Y qué obtienes tú?

—Acceso legal a las tierras Navarro. Como tu esposo, puedo actuar en tu nombre. Puedo pelear contra Morrison en los tribunales. Y cuando ganemos...

—Cuando.

—Cuando. —Su confianza era absoluta—. Dividiremos todo equitativamente. Cincuenta-cincuenta. Tu herencia restaurada. Mi venganza satisfecha.

Era loco. Imposible. Absolutamente absurdo.

Y también... tentador.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Isabela—. ¿Cuánto tiempo duraría este... matrimonio?

—Hasta que Morrison esté destruido. Un año. Tal vez dos. —Se encogió de hombros—. Después, divorcio amigable. Vas por tu camino. Yo voy por el mío. Sin ataduras.

—¿Y si digo que no?

Mateo se levantó, caminando hacia la salida de la tienda. Se detuvo en la entrada, mirando hacia atrás sobre su hombro.

—Entonces eres libre de irte. Ahora mismo. Te daré un caballo, provisiones, dinero. Puedes intentar escapar por tu cuenta.

Hizo una pausa.

—Pero Morrison tiene carteles con tu cara por todos lados. Cinco mil dólares de recompensa. Viva solamente. Para devolución al

Manicomio Creedmore.

El aire abandonó los pulmones de Isabela.

—No estás atrapada aquí —continuó Mateo—. Pero estás atrapada en esta situación. Morrison se aseguró de eso. Yo solo estoy ofreciéndote una salida. Una forma de pelear contra él.

—Usando tu protección.

—Sí.

—Convirtiéndome en tu esposa.

—Sí.

—Compartiendo tu cama.

Eso lo detuvo. Se volvió completamente para mirarla.

—El matrimonio será real a los ojos de la ley. Pero lo que suceda entre nosotros en privado... eso depende de ti.

Isabela levantó una ceja.

—¿Me estás diciendo que no me tocarías?

—Te estoy diciendo que no te forzaría. —Sus ojos se oscurecieron—. Si vienes a mi cama, Isabela, será porque me lo pediste. No antes.

El calor se extendió a través de ella. Inesperado. No deseado.

Peligroso.

—Necesito pensar.

—Tienes hasta mañana. —Mateo se colocó el sombrero—. Después de eso, Morrison podría rastrear tu escape aquí. Y entonces no tendré opción excepto entregarte o declarar guerra abiertamente contra él.

—¿Y no quieres guerra?

—Prefiero justicia. —Sonrió fríamente—. Pero si la guerra es necesaria, no vacilaré.

Salió, dejándola sola con sus pensamientos en espiral.



Isabela se quedó sentada por un largo tiempo después de que él se fuera, mirando la entrada vacía de la tienda.

Casarse con Mateo Reyes. El Fantasma. Un forajido.

De vuelta a Creedmore, de vuelta al infierno.

O...

¿Libertad real? ¿Una oportunidad de destruir a Morrison?

Cerró los ojos, pensando en Katherine. En todas las mujeres que habían muerto en ese lugar. En Violeta, durmiendo inocentemente detrás de la cortina.

Pensó en seis años de gritos. De correas. De agujas. De manos no deseadas.

Pensó en Richard Morrison riendo mientras firmaba los papeles que la condenaron.

Cuando abrió los ojos nuevamente, su decisión estaba tomada.

Mateo Reyes quería un arma para usar contra Morrison.

Bien.

Ella también quería una.

Y si tenían que casarse para obtener lo que ambos necesitaban...

Que así fuera.

Pero una cosa era cierta: este matrimonio sería diferente.

Esta vez, ella no sería la víctima.

Esta vez, ella sería la cazadora.

Y Richard Morrison... él sería la presa.

CAPÍTULO 4

LA PROPUESTA

La noche cayó sobre el campamento como un manto de terciopelo negro tachonado de estrellas.

Isabela estaba sentada afuera de la tienda médica por primera vez en cuatro días, envuelta en un sarape que Rosa le había prestado. El aire del desierto era frío después del calor del día, pero limpio. Puro.

Nada como el aire viciado de Creedmore.

—¿Isabela?

Se volvió para encontrar a Violeta parada en la entrada de la tienda, sus manos extendidas tentativamente.

—Estoy aquí, mi amor. —Isabela se levantó rápidamente, guiando a la niña hacia ella—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor. Rosa me dio sopa. —Violeta se acurrucó contra su costado—. ¿Dónde estamos?

—En algún lugar seguro. Creo.

—¿Ya no tenemos que regresar?

La pregunta simple rompió el corazón de Isabela.

—No, mi cielo. Nunca regresaremos allí.

—¿Lo prometes?

Isabela tragó el nudo en su garganta.

—Lo prometo.

Aunque mantener esa promesa significara casarse con un hombre que no conocía. Un forajido. Un asesino, probablemente.

Pero también un hombre que odiaba a Morrison tanto como ella.

Eso tenía que contar para algo.

—Señora Morrison.

La voz de Mateo llegó de la oscuridad. Emergió del círculo de luz del fuego, moviéndose con la gracia silenciosa de un depredador.

Violeta se tensó contra Isabela.

—Está bien —murmuró Isabela—. Él es... es el hombre que nos salvó.

—¿Has tomado tu decisión? —preguntó Mateo, deteniéndose a unos pasos de distancia.

Isabela miró a Violeta, luego de regreso a él.

—¿Podemos hablar? A solas.

Mateo asintió.

—Rosa. —Llamó hacia la tienda.

La sanadora apareció inmediatamente.

—Ven, pequeña. —Rosa extendió su mano hacia Violeta—. Te mostraré las estrellas desde el punto más alto del campamento. Puedo describirlas para ti.

Violeta vaciló, pero finalmente tomó la mano de Rosa. Las dos desaparecieron en la oscuridad, dejando a Isabela sola con Mateo.

Él esperó, perfectamente quieto. Paciente.

—He tomado mi decisión —dijo Isabela finalmente.

—¿Y?

—Acepto.

Algo brilló en sus ojos. ¿Triunfo? ¿Satisfacción? Desapareció demasiado rápido para estar segura.

—Bien.

—Pero tengo condiciones.

Eso lo detuvo.

—¿Condiciones?

—Sí. —Isabela se levantó, enfrentándolo directamente—. Si voy a hacer esto, si voy a casarme contigo y ayudarte a destruir a Morrison, entonces necesito garantías.

—Continúa.

—Primera. Violeta viene conmigo. Donde yo vaya, ella va. No es negociable.

—De acuerdo.

—Segunda. Quiero aprender a defenderme. A disparar. A pelear. A sobrevivir sola si es necesario.

Mateo inclinó la cabeza, estudiándola.

—¿No confías en que te protegeré?

—Confío en que lo intentarás. —Isabela levantó la barbilla—. Pero confié en un hombre antes para que cuidara de mí. Mira cómo resultó.

Un músculo se tensó en su mandíbula, pero asintió.

—Te enseñaré yo mismo.

—Tercera. —Respiró profundo—. Cuando esto termine. Cuando Morrison esté destruido. Quiero el divorcio. Limpio. Rápido. Sin complicaciones.

—Ya acordamos eso.

—Quiero que esté por escrito. Firmado por ambos. Ante testigos.

Por primera vez, algo parecido a respeto cruzó su rostro.

—Eres más inteligente de lo que Morrison te dio crédito.

—Morrison me subestimó. —Sus ojos se encontraron con los de él—. No cometas el mismo error.

Mateo sonrió. No fue una sonrisa agradable, pero fue genuina.

—No lo haré. —Dio un paso más cerca—. ¿Alguna otra condición?

Isabela dudó. Había una más. La más importante. Pero decirla en voz alta...

—Dijiste que no me tocarías a menos que te lo pidiera.

—Sí.

—Necesito escucharlo nuevamente. Necesito tu palabra.

La diversión desapareció de su rostro. Se puso serio, intenso.

—Te doy mi palabra, Isabela. No te tocaré hasta que me lo pidas. —Una pausa—. Pero ten en cuenta una cosa.

—¿Qué?

Se inclinó más cerca, su voz bajando a un rumor áspero.

—Cuando finalmente me lo pidas—y lo harás—no habrá vuelta atrás. ¿Entiendes?

El calor se extendió a través de ella. Peligroso. Tentador.

—¿Tan seguro estás de que te lo pediré?

—Completamente.

La arrogancia debería haberla enfurecido. En cambio, envió un escalofrío por su columna.

—Entonces tenemos un trato.

Mateo extendió su mano.

—Tenemos un trato.

Isabela miró su mano por un momento. Grande. Callosa. Marcada por cicatrices de violencia.

Luego la tomó.

Su apretón fue firme. Cálido. Y cuando sus palmas se tocaron, algo chispeó entre ellos. Electricidad. Reconocimiento.

Peligro.

Isabela retiró su mano rápidamente.

—¿Cuándo?

—¿El matrimonio? Pasado mañana. —Mateo se apartó, poniendo distancia entre ellos—. Necesito tiempo para traer a un sacerdote. Y para preparar los documentos legales.

—¿Tan rápido?

—Morrison no esperará. Una vez que descubra que escapaste, rastrearé cada pista. —Sus ojos se oscurecieron—. Cuanto antes estés bajo mi protección, mejor.

Tenía sentido. Pero aun así...

—Dos días —murmuró Isabela—. Dos días hasta que me convierta en tu esposa.

—Esposa en papel. —Mateo la corrigió—. Lo que seamos más allá de eso... el tiempo lo dirá.

Se alejó hacia la oscuridad, dejándola con su corazón acelerado y mil preguntas sin respuesta.



La mañana siguiente, Isabela conoció al resto del campamento.

Rosa la guió a través de las tiendas, presentándola a las veinte almas que llamaban a este lugar hogar.

—Miguel —dijo Rosa, señalando a un joven que no podía tener más de dieciséis—. Huía de una acusación falsa de robo en Santa Fe.

Miguel inclinó su sombrero torpemente.

—Señora.

—Carmen y Lucía. —Dos mujeres, claramente hermanas—. Escaparon de un burdel en El Paso donde las tenían contra su voluntad.

Las hermanas la miraron con ojos que entendían demasiado.

—Tomás. —Un hombre mayor con cicatrices de viruela—. Ex soldado. Deshonrosamente dado de baja por defender a un compañero de abuso.

Y así continuó. Cada persona con una historia. Cada uno huyendo de algo. Cada uno encontrando refugio aquí.

—No son criminales —dijo Isabela suavemente mientras caminaban—. Son víctimas.

—Todos somos víctimas de algo. —Rosa se encogió de hombros—. Pero Mateo no ve víctimas. Ve sobrevivientes.

—¿Y él? ¿También es un sobreviviente?

—Eso —dijo una voz profunda detrás de ellas—, tendrás que preguntármelo tú misma.

Isabela se volvió para encontrar a Mateo de pie con Joaquín, el hombre mayor que había visto antes.

—Buenos días —dijo Mateo—. Veo que Rosa te está dando el tour.

—Sí.

—Bien. Entonces ya conociste a todos. —Miró a Joaquín—. Excepto a mi segundo al mando. Joaquín Vega.

Joaquín era un hombre grande con cabello gris y ojos amables. Le recordó a Isabela a su padre, antes de que la enfermedad se lo llevara.

—Señora. —Joaquín inclinó su cabeza—. Es un placer.

—El placer es mío.

—Joaquín será uno de nuestros testigos mañana —dijo Mateo—. Junto con Rosa.

—¿Mañana? —Isabela parpadeó—. Dijiste pasado mañana.

—Encontré un sacerdote antes de lo esperado. —La mirada de Mateo se mantuvo firme—. A menos que necesites más tiempo...

—No. —Isabela se enderezó—. Mañana está bien.

Más tiempo solo significaba más oportunidad de perder el valor.

—Excelente. —Mateo señaló hacia el borde del campamento—. Mientras tanto, comencemos tu primera lección.

—¿Lección?

—Dijiste que querías aprender a defenderte. —Sonrió—. El momento es ahora.



Media hora después, Isabela estaba parada en un área despejada del campamento, sosteniendo un revólver que parecía pesar mil libras.

—Es más pesado de lo que pensé —admitió.

—Te acostumbrarás. —Mateo estaba parado detrás de ella, tan cerca que podía sentir su calor—. Ahora, postura. Pies separados al ancho de hombros.

Isabela ajustó su posición.

—Así.

—Mejor. —Sus manos se posaron en sus hombros, corrigiéndola—. Espalda recta. No te encorves.

El contacto envió chispas a través de su piel. Isabela se forzó a concentrarse en el arma, no en el hombre detrás de ella.

—¿Y ahora?

—Ahora levanta el arma. Ambas manos. —Mateo guió sus brazos hasta la posición correcta—. Mira por la mira. ¿Ves ese cactus?

—Sí.

—Ese es tu objetivo. Respira profundo. Suelta la mitad. Luego aprieta el gatillo suavemente. No jales.

Isabela hizo lo que dijo. El arma retrocedió violentamente, casi arrancándose de sus manos. El disparo ni siquiera se acercó al cactus.

—Maldición.

—Primera vez. —Mateo tomó sus manos, estabilizándola—. Inténtalo de nuevo. Esta vez, anticipa el retroceso.

Disparó otra vez. Más cerca esta vez, pero todavía lejos.

—Otra vez.

Y otra.

Y otra.

Para cuando el sol estaba alto en el cielo, los brazos de Isabela temblaban y tenía un dolor de cabeza punzante. Pero había logrado darle al maldito cactus tres veces.

—Suficiente por hoy. —Mateo tomó el arma de sus manos—. Descansa. Mañana continuaremos.

Isabela frotó sus brazos doloridos.

—¿Cuánto tiempo hasta que sea buena en esto?

—¿Buena? Meses. —Mateo recargó el arma con movimientos eficientes—. ¿Lo suficientemente buena para defenderte? Semanas. Si practicas todos los días.

—Lo haré.

Él la estudió por un momento.

—¿Por qué es tan importante para ti?

—Porque la próxima vez que un hombre intente lastimarme —Isabela lo miró directamente a los ojos—, quiero poder detenerlo yo misma.

Algo oscuro cruzó su rostro.

—Isabela...

—No. —Levantó una mano—. No digas que lo sientes. No digas que debería olvidar. No digas nada tranquilizador o condescendiente.

—No iba a hacerlo. —Su voz era áspera—. Iba a decir que entiendo. Porque yo también estuve indefenso una vez. Y juré que nunca volvería a suceder.

Sus ojos se encontraron. Un entendimiento pasó entre ellos.

Ambos rotos por hombres poderosos.

Ambos sobrevivientes.

Ambos decididos a no ser víctimas nunca más.

—Bueno —dijo Isabela finalmente—. Entonces tenemos eso en común.

—Sí. —Mateo enfundó el arma—. Supongo que sí.



Esa noche, Isabela no pudo dormir.

Mañana. Mañana se casaría con Mateo Reyes.

Un extraño. Un forajido. Un hombre que la usaría para su venganza tanto como ella lo usaría a él.

Pero también un hombre que le había dado opciones cuando no tenía ninguna.

Un hombre que no había mentido sobre sus intenciones.

Un hombre que, extrañamente, la hacía sentir más segura que Richard jamás lo había hecho.

Eso debería preocuparte, susurró una voz en su mente.

Tal vez. Pero esta noche, envuelta en mantas limpias en una tienda que olía a salvia y libertad, no podía encontrar la energía para preocuparse.

Mañana cambiaría su destino.

Mañana se convertiría en la esposa de Mateo Reyes.

Y juntos—por separado pero unidos—destruirían al hombre que los había arruinado.

Richard Morrison no sabía lo que le esperaba.

Pero pronto lo haría.

Muy pronto.

CAPÍTULO 5

EL MATRIMONIO

El día de su boda, Isabela despertó con náuseas.

No por enfermedad. Por miedo puro y cristalino.

Voy a casarme. Otra vez.

La primera vez había sido en San Francisco, en una iglesia llena de flores y gente que sonreía. Richard había lucido tan apuesto con su traje gris, tan encantador con sus promesas susurradas.

Y cada palabra había sido una mentira.

Esta vez no habría flores. No habría multitudes. Solo un sacerdote, unos testigos, y un hombre que no pretendía amarla.

De alguna manera, eso era menos aterrador.

—¿Isabela?

Violeta estaba sentada en su catre, sus manos buscando en el aire.

—Estoy aquí, mi amor. —Isabela se levantó, guiándola hacia sus brazos—. ¿Dormiste bien?

—Tuve un sueño.

—¿Un sueño bueno o malo?

—Bueno. —Violeta sonrió, esa sonrisa rara y preciosa que partía el corazón de Isabela cada vez—. Soñé que podía ver otra vez. Y tú estabas usando un vestido blanco. Y estabas feliz.

Isabela tragó el nudo en su garganta.

—Tal vez algún día ese sueño se vuelva realidad.

—Rosa dice que hoy te casas.

—Sí.

—¿Con el hombre del nombre raro? ¿El Fantasma?

A pesar de todo, Isabela sonrió.

—Con Mateo, sí.

—¿Lo amas?

La pregunta simple la detuvo en seco.

—No, mi cielo. Este no es ese tipo de matrimonio.

—¿Entonces por qué te casas con él?

Porque necesito protección. Porque quiero venganza. Porque no tengo otra opción.

—Porque a veces —dijo Isabela cuidadosamente—, las personas se ayudan mutuamente. Y Mateo me está ayudando a mí. Y yo lo estoy ayudando a él.

—Oh. —Violeta consideró esto—. Como amigos.

—Sí. Como amigos.

Una mentira. Pero más amable que la verdad.

La entrada de la tienda se abrió. Rosa entró con un bulto en sus brazos.

—Buenos días a las novias. —Sus ojos brillaban con algo que podría haber sido diversión—. Traje algo para ti.

Desplegó el bulto.

Un vestido.

No blanco. No elegante. Pero limpio y simple, de algodón color crema con bordado delicado en el cuello y las mangas.

—No es gran cosa —dijo Rosa—. Pero es mejor que una bata de hospital para casarse.

Isabela tocó la tela, sus ojos ardiendo.

—Es perfecto. Gracias.

—Vamos. —Rosa hizo un gesto—. Déjame ayudarte. Tenemos dos horas antes de la ceremonia.



Mateo estaba parado frente a su tienda, dejando que Joaquín le arreglara la corbata por tercera vez.

—Deja de moverte —gruñó el hombre mayor.

—Está muy apretada.

—Estás nervioso.

—No lo estoy.

—Mentiroso. —Joaquín terminó con la corbata y retrocedió—.

Ahí. Presentable. Casi parece respetable.

Mateo se miró. Camisa limpia. Chaleco negro. Pantalones sin polvo por primera vez en semanas. Incluso se había afeitado.

Se sentía como un extraño.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Joaquín en voz baja—. No es demasiado tarde para...

—Estoy seguro.

—Es una mujer, Mateo. No una herramienta.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Joaquín lo estudió—. Porque la forma en que la miras...

—¿Qué forma?

—Como si fuera tanto una salvación como una condena. —El hombre mayor suspiró—. Solo ten cuidado. La venganza es un maestro cruel.

—Ya me ha enseñado bien.

—No me refiero a ti. —Joaquín miró hacia la tienda médica—. Me refiero a ella.

Antes de que Mateo pudiera responder, Miguel apareció corriendo.

—Jefe. El padre Sebastián está aquí. Y dice que solo tiene una hora antes de tener que continuar hacia Santa Fe.

Mateo asintió.

—Entonces comencemos.



El "altar" era un espacio despejado bajo un viejo álamo al borde del campamento. Alguien había barrido la tierra. Alguien más había traído algunas flores silvestres—pensamientos amarillos que crecían en las grietas de las rocas.

Todos en el campamento estaban reunidos. Veinte pares de ojos mirando.

El padre Sebastián era un hombre pequeño y arrugado con ojos amables. No hizo preguntas sobre por qué un forajido se casaba con una mujer que apenas conocía en medio del desierto.

Los sacerdotes que viajaban por estos territorios sabían cuándo no preguntar.

Mateo esperó, sus manos apretadas a sus costados.

Luego—ahí.

Rosa emergió de la tienda médica, sosteniendo el brazo de Isabela.

Y Mateo olvidó cómo respirar.

Ella era... hermosa.

El vestido simple se ajustaba a su figura delgada. Su cabello—limpio ahora, brillando a la luz del sol—caía en ondas suaves sobre sus hombros. Alguien le había dado flores silvestres para sostener.

Pero era su rostro lo que lo detuvo.

Pálido. Decidido. Con la barbilla en alto a pesar del miedo evidente en sus ojos.

Valiente.

Tan malditamente valiente.

Caminó hacia él con pasos medidos. Rosa la soltó cuando llegó a su lado.

Por un momento, solo se miraron.

—Hola —dijo Isabela en voz baja.

—Hola. —La voz de Mateo salió más áspera de lo que pretendía—. Estás... te ves bien.

Una sonrisa pequeña tocó sus labios.

—Tú también. Casi civilizado.

—No te acostumbres.

—No planeo hacerlo.

El padre Sebastián se aclaró la garganta.

—¿Estamos listos?

Mateo miró a Isabela. Ella asintió.

—Listos.

La ceremonia fue breve. No había velas elaboradas o rituales extensos. Solo palabras simples dichas en español e inglés.

—Mateo Alejandro Reyes. ¿Tomas a esta mujer como tu legítima esposa?

—Sí.

—¿Prometes protegerla y honrarla todos los días de tu vida?

Mateo dudó. Protegerla, sí. ¿Pero honrarla? Cuando planeaba usarla para su venganza...

Los ojos de Isabela se encontraron con los suyos. No implorando. Simplemente... esperando.

—Sí —dijo—. Lo prometo.

—Isabela Valentina Navarro Morrison. ¿Tomas a este hombre como tu legítimo esposo?

—Sí.

—¿Prometes apoyarlo y permanecer a su lado todos los días de tu vida?

Isabela no dudó.

—Sí. Lo prometo.

—¿Tienen anillos?

Mateo se congeló. No había pensado en anillos.

Pero Joaquín se adelantó, presionando algo en su mano. Dos bandas simples de plata. Viejas. Gastadas.

—Eran de mi esposa —murmuró Joaquín—. Y antes de ella, de mi madre. Úsalas con honor.

Mateo tragó, asintiendo.

Tomó la mano de Isabela. Temblaba ligeramente. Deslizó el anillo en su dedo—demasiado grande, pero ella cerró su puño para mantenerlo en su lugar.

Luego ella tomó su mano. Sus dedos eran suaves, delicados. Colocó el segundo anillo en su dedo.

Se ajustaba perfectamente.

—Por el poder que me ha sido conferido —dijo el padre Sebastián—, los declaro marido y mujer. —Hizo una pausa—. Puedes besar a la novia.

El mundo se detuvo.

Mateo miró a Isabela. Ella lo miró de regreso, sus ojos anchos.

—No tienes que... —comenzó ella.

Pero él ya se estaba inclinando.

Sus labios rozaron los de ella. Suave. Breve. Apenas un toque. Pero fue suficiente para enviar fuego a través de sus venas.

Se apartó rápidamente, antes de que pudiera hacer algo estúpido.

—Hecho —dijo, su voz áspera.

Isabela tocó sus labios, sus mejillas sonrojadas.

—Sí. Hecho.

El campamento estalló en aplausos y vítores.

Mateo apenas los escuchó.

Acababa de casarse con la esposa de su peor enemigo.

Y Dios lo ayudara, quería besarla otra vez.



Hubo una celebración.

Pequeña, modesta. Pero la gente del campamento había hecho lo mejor que podía. Comida compartida. Música de una guitarra mal afinada. Baile bajo las estrellas emergentes.

Isabela se sentó en un tronco, observando a Violeta reír mientras Miguel le enseñaba a aplaudir al ritmo de la música.

—Señora Reyes.

Rosa se sentó a su lado, ofreciéndole un plato de estofado.

—Todavía me siento como Isabela.

—Eres Isabela. —Rosa sonrió—. Pero ahora también eres su esposa. Las dos cosas pueden ser verdad.

Isabela tomó el plato, aunque no tenía hambre.

—¿Rosa? ¿Puedo preguntarte algo?

—Cualquier cosa.

—¿Mateo es... es un buen hombre?

Rosa consideró la pregunta cuidadosamente.

—Define bueno.

—¿Cruel? ¿Violento? ¿Peligroso?

—Peligroso, absolutamente. Violento cuando es necesario. —Rosa hizo una pausa—. Pero cruel, no. Al menos no con quienes están bajo su protección.

—¿Y yo estoy bajo su protección ahora?

—Eres su esposa. —Rosa tocó su hombro—. Mataría por ti ahora. Lo sepas o no.

No debería reconfortar. Pero lo hizo.

—Oye.

Mateo estaba parado frente a ella, una mano extendida.

—Baila conmigo.

Isabela parpadeó.

—¿Qué?

—Es tradición. El novio baila con la novia. —Sus labios se curvaron—. Aunque sea un matrimonio de conveniencia.

Isabela miró su mano. Luego, lentamente, colocó la suya en ella.

Él la levantó, guiándola hacia el área despejada donde otros bailaban. La música era simple. Una melodía lenta.

Mateo la atrajo hacia él. Una mano en su cintura. La otra sosteniendo la suya.

—Nunca he bailado —dijo Isabela.

—Yo tampoco. No así. —Comenzó a moverse, guiándola suavemente—. Pero creo que lo estamos descubriendo.

Se movieron torpemente al principio. Luego más suavemente. Encontrando un ritmo.

Isabela era muy consciente de cada punto donde se tocaban. Su mano en su cintura, quemando a través de la tela. Su palma contra la de ella, callosa pero cálida.

El aroma de él—cuero y humo y algo almizclado, masculino.

—Isabela.

—¿Sí?

—Necesito decirte algo.

Su corazón se saltó un latido.

—¿Qué?

—Esta noche. —Sus ojos buscaron los de ella—. Compartiremos mi tienda.

Por supuesto. Esposos compartían espacio.

—Entiendo.

—Hay dos catres. Puedes tener uno. Yo tomaré el otro.

El alivio la inundó.

—Gracias.

—Pero la gente esperará... cosas. En la mañana. Evidencia de que el matrimonio fue consumado.

El calor subió por su cuello.

—¿Qué tipo de evidencia?

—Sábanas manchadas de sangre, usualmente. —Su voz era clínica—. Para probar virginidad.

—No soy virgen.

—Lo sé. —Una pausa—. Pero nadie más necesita saberlo.

—¿Entonces?

—Entonces mañana por la mañana, cortaré mi mano. Mancharé las sábanas. Dejaré que piensen lo que quieran.

Isabela lo estudió. Este hombre que planeaba usar su propia sangre para proteger su reputación.

—¿Por qué harías eso?

—Porque eres mi esposa ahora. —Simple. Directo—. Y yo protejo lo que es mío.

Lo que es mío.

Las palabras deberían haberla ofendido. En cambio, enviaron un escalofrío por su columna.

—Mateo...

—Pero recuerda. —Se inclinó más cerca, su aliento caliente contra su oído—. Solo es sangre. No te tocaré de ninguna otra manera. No hasta que me lo pidas.

—¿Y si nunca lo pido?

—Entonces viviremos como extraños que comparten espacio. —Se apartó, sus ojos buscando los de ella—. La elección es tuya. Siempre será tuya.

La música se detuvo.

Mateo dio un paso atrás, soltándola.

—Es tarde. Deberías descansar.

—Sí.

Pero ninguno se movió.

El campamento se había quedado en silencio, observándolos.

—Ven. —Mateo extendió su mano—. Te mostraré nuestra... donde dormirás.

Nuestra. Donde dormirás.

Ni siquiera podía decirlo directamente.

Isabela tomó su mano, dejando que la guiara a través del campamento.

Su tienda era más grande que la médica. Mejor equipada. Pero todavía simple. Dos catres, como había prometido. Una mesa. Una lámpara.

Y un sobre en la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Isabela.

—Nuestro acuerdo. —Mateo lo recogió, entregándoselo—. Léelo. Si estás de acuerdo con los términos, firma. Si no...

Ella lo abrió. El documento estaba escrito con letra firme y clara.

Acuerdo matrimonial entre Mateo Alejandro Reyes e Isabela Valentina Navarro Morrison.

Términos:

1. Duración del matrimonio: Hasta que Richard Morrison sea destruido, financiera y legalmente, o por un máximo de dos años.

2. División de bienes: 50/50 de todas las propiedades recuperadas de Morrison.

3. Protección mutua: Ambas partes acuerdan proteger los intereses de la otra contra Morrison y sus asociados.

4. Disolución: Al finalizar el período acordado, divorcio amigable sin reclamaciones adicionales de ninguna parte.

5. Intimidad física: Solo por consentimiento mutuo. Ninguna parte puede forzar a la otra.

Isabela leyó cada palabra dos veces.

—Está todo aquí. Todo lo que acordamos.

—Sí.

—¿Y si firmo?

—Entonces es legal. Vinculante. —Mateo sacó una pluma—. Y ambos estamos protegidos.

Isabela tomó la pluma. Dudó solo un momento.

Luego firmó su nombre.

Mateo la observó. Luego tomó la pluma y agregó su propia firma debajo.

—Hecho.

—Hecho. —Isabela dobló el documento—. ¿Dónde lo guardaremos?

—En la caja fuerte que tengo enterrada. —Mateo señaló—. Junto con otros documentos importantes.

—¿Confías en mí para saber dónde está?

—Eres mi esposa. —Su mirada se mantuvo firme—. Tienes derecho a saber todo.

Ese pequeño acto de confianza... significó más de lo que debería.

—Gracias.

—No me agradezcas todavía. —Mateo se volvió hacia su catre—. Descansa. Mañana comienza el verdadero trabajo.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Construir tu caso contra Morrison. Encontrar testigos. Prepararte para lo que viene.

Lo que viene. Guerra. Batalla.

Venganza.

Isabela se acostó en su catre, todavía vestida. Mateo apagó la lámpara.

La oscuridad cayó entre ellos.

—Isabela.

—¿Sí?

—Feliz... —Dudó—. Feliz noche de bodas.

A pesar de todo, sonrió en la oscuridad.

—Feliz noche de bodas, esposo.

El silencio regresó. Pero ahora se sentía diferente. Menos tenso. Más... cómodo.

Isabela cerró los ojos.

Estaba casada. Otra vez. Con un hombre que no amaba.

Pero este hombre le había dado elección. Le había dado poder.

Le había dado una oportunidad de luchar.

Y eso, decidió, valía más que cualquier promesa vacía de amor.

Mañana comenzarían a destruir a Richard Morrison.

Pero esta noche—solo por esta noche—descansaría.

A salvo.

Protegida.

Junto a un hombre que era tanto extraño como aliado.

Y tal vez, solo tal vez...

Algo más.

Algún día.

CAPÍTULO 6

LECCIONES DE SUPERVIVENCIA

Isabela despertó con la luz del amanecer filtrándose a través de la lona.

Por un momento olvidó dónde estaba. Luego la memoria regresó.

Casada. Estaba casada con Mateo Reyes.

Se volvió hacia el otro catre.

Vacío.

Las mantas estaban dobladas con precisión militar. Como si nunca hubiera dormido allí.

—Buenos días, esposa.

Isabela se sentó rápidamente.

Mateo estaba parado junto a la mesa, ya completamente vestido. Tenía un cuchillo en una mano.

—¿Qué estás...?

Sin ceremonia, deslizó la hoja a través de su palma.

Sangre brotó, roja y brillante.

—Mateo, ¡no!

Pero él ya estaba caminando hacia su catre, dejando caer gotas de sangre sobre las sábanas blancas. Las manchas se extendieron, oscureciéndose.

—Evidencia —dijo simplemente, envolviendo su mano en un pañuelo—. Para cualquiera que pregunte.

Isabela lo miró fijamente, algo caliente y confuso moviéndose en su pecho.

—Te lastimaste. Por mí.

—Es solo un corte. —Se encogió de hombros—. Sanará.

—Pero...

—Isabela. —Su mirada se encontró con la de ella—. Dije que te protegería. Esto incluye tu reputación.

Ella no supo qué decir a eso.

—Ve a lavarte —continuó Mateo, como si no acabara de sangrar para salvar su honor—. Rosa te conseguirá ropa adecuada. Pantalones, botas. No puedes entrenar en un vestido.

—¿Entrenar?

—Dijiste que querías aprender a sobrevivir. —Sonrió, pero no fue amable—. Hoy empieza tu educación real.



Una hora después, Isabela estaba parada en el área de entrenamiento usando pantalones de hombre que Rosa había modificado para que le quedaran. Botas que eran demasiado grandes pero funcionarían. Una camisa de algodón sencilla.

Se sentía extraña. Expuesta. Poderosa.

—Bien —dijo Mateo, caminando a su alrededor en un círculo lento—. Primero, olvida todo lo que te enseñaron sobre ser una dama.

—Ya lo hice. Hace seis años.

—Bien. Porque las damas no sobreviven aquí. —Se detuvo frente a ella—. Muéstrame tu postura de disparo.

Isabela levantó sus brazos, recordando la lección anterior.

—Mal. —Mateo ajustó su codo—. Demasiado rígida. Tienes que ser flexible pero estable.

Sus manos se posaron en sus caderas, corrigiéndola.

—Así. ¿Sientes la diferencia?

Isabela apenas podía concentrarse con él tan cerca, su calor, su aroma...

—Sí.

—Bien. Ahora dispara.

Pasó la siguiente hora disparando hasta que sus brazos temblaban. Mateo era un maestro implacable, corrigiendo cada pequeño error, empujándola más allá de lo que pensaba que podía hacer.

Pero también era paciente. Cuando ella fallaba, no la ridiculizaba. Solo le mostraba cómo hacerlo mejor.

—Suficiente con armas de fuego por hoy —dijo finalmente—. Ahora, combate cuerpo a cuerpo.

—¿Qué?

—Si alguien te ataca de cerca, necesitas saber cómo defenderte.

Isabela miró sus manos grandes, sus hombros anchos.

—No podría pelear contra ti.

—No contra mí. Contra alguien tu tamaño. —Mateo señaló—.

Rosa.

La sanadora apareció, sonriendo.

—Mi turno de golpearte un poco, querida.

—Espera, ¿qué?

Pero Rosa ya estaba en posición de ataque.

Lo que siguió fue humillante. Rosa—veinte años mayor y la mitad de su tamaño—la derribó tres veces en los primeros cinco minutos.

—Otra vez —ordenó Mateo.

Isabela se levantó, escupiendo arena.

—Esto es imposible.

—Nada es imposible. Solo difícil. —Mateo se cruzó de brazos—. Rosa, muéstrale el movimiento otra vez.

Rosa lo hizo, en cámara lenta esta vez. Un giro rápido, un agarre del brazo, usando el impulso del oponente contra ellos.

—¿Ves? No se trata de fuerza. Se trata de técnica.

Isabela lo intentó otra vez. Y otra. Y otra.

Para cuando el sol estaba alto, había logrado derribar a Rosa una vez.

—Progreso —dijo Mateo, y casi sonaba impresionado—. Suficiente por hoy.

Isabela colapsó en la sombra, cada músculo protestando.

Mateo se acercó, ofreciéndole un odre de agua.

—Bebiste.

Ella obedeció, demasiado agotada para discutir.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó finalmente—. ¿Por qué tomarte tanto tiempo para entrenarme?

Mateo se sentó junto a ella, sus largas piernas estiradas frente a él.

—Porque dijiste que querías poder defenderte. Y yo no hago promesas vacías.

—Pero podrías simplemente protegerme tú mismo.

—Podría. —Miró hacia el desierto—. Pero ¿qué pasa si no estoy ahí? ¿Qué pasa si algo me sucede? Necesitas poder sobrevivir sin mí.

Era práctico. Sensato.

Y también... preocupado por ella.

—Gracias —dijo Isabela en voz baja.

—No me agradezcas hasta que puedas patear mi trasero.

Ella se rió a pesar de su agotamiento.

—Eso nunca sucederá.

—Probablemente no. —Sonrió—. Pero ver cómo lo intentas será entretenido.



Esa tarde, Mateo la llevó a su tienda "de oficina"—realmente solo otra tienda con mapas y documentos dispersos por todas partes.

—Siéntate. —Señaló un taburete—. Necesitamos planear.

Isabela se sentó, agradecida por el descanso.

Mateo desplegó un mapa de California.

—Tus tierras están aquí. —Tocó un área—. Valle Navarro. Cincuenta mil acres. Agua abundante. Tierra fértil. Vale una fortuna.

—Mi padre las amaba.

—Morrison también. Por eso las robó. —Mateo trazó una línea—. Pero para reclamarlas, necesitamos probar tres cosas.

Levantó un dedo.

—Uno: que estás cuerda. Que nunca debiste estar en ese manicomio.

—Pero Morrison tiene documentos...

—Documentos falsificados. Testimonios comprados. —Mateo levantó un segundo dedo—. Dos: que Morrison te encerró bajo falsos pretextos para robar tu herencia.

—¿Cómo probamos eso?

—Testigos. Doctores dispuestos a certificar tu cordura. Registros financieros mostrando cómo Morrison tomó control de tus propiedades inmediatamente después de internarte.

Isabela asintió lentamente.

—¿Y el tercero?

Mateo levantó su tercer dedo.

—Que tu matrimonio con Morrison fue bajo coacción y debe ser anulado.

—Pero yo... firmé voluntariamente.

—¿Lo hiciste? —Mateo se inclinó hacia adelante—. ¿O te presionaron? ¿Te mintieron sobre quién era realmente? ¿Te manipularon?

Isabela pensó en Richard. Su encanto. Sus promesas. Cómo su padre había estado tan enfermo, tan desesperado por asegurar su futuro antes de morir...

—Sí —susurró—. Todo eso.

—Entonces tenemos un caso. —Mateo tocó el mapa nuevamente—. Pero necesitamos tiempo. Meses, probablemente. Para reunir evidencia. Construir un caso legal sólido.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto, Morrison te está buscando. —Su mirada se oscureció—. He visto los carteles. Cinco mil dólares por tu regreso. Viva.

—Dios.

—Así que te quedas aquí. Entrenas. Te fortaleces. Y cuando estemos listos...

—Le quitamos todo.

—Exactamente. —Mateo sonrió, y esta vez fue genuinamente feroz—. Le arrancamos su imperio pedazo por pedazo. Lo arruinamos. Lo destruimos.

Isabela sintió algo oscuro y satisfactorio desenrollarse en su pecho.

—¿Cuándo empezamos?

—Ya empezamos. —Mateo recogió una carpeta—. Tengo un contacto en San Francisco. Abogado. Honesto. Raro, lo sé. Le he pedido que empiece a investigar las finanzas de Morrison.

—¿Y?

—Morrison está extendido. Tiene deudas. Muchas deudas. — Los ojos de Mateo brillaron—. Si podemos cortar sus fuentes de ingreso...

—Se derrumba.

—Como un castillo de naipes.

Isabela miró el mapa, las tierras que le habían pertenecido. Que deberían ser suyas todavía.

—Mi padre construyó ese rancho desde cero. Trabajó toda su vida. Y Morrison simplemente... lo tomó.

—Sí.

—Quiero verlo sufrir, Mateo. —Levantó la vista hacia él—. ¿Eso me hace malvada?

—No. —Mateo tocó su mejilla, un gesto sorprendentemente tierno—. Te hace humana.

Sus ojos se encontraron. Sostuvieron.

Isabela sintió su pulso acelerarse.

La mano de Mateo todavía descansaba contra su mejilla. Su pulgar trazó el arco de su pómulo.

—Isabela...

—¿Sí?

Por un momento, pensó que la besaría. Vio la intención en sus ojos, el oscurecimiento de su mirada.

Luego se apartó bruscamente.

—Es tarde. Deberías descansar. Más entrenamiento mañana.

Salió de la tienda antes de que ella pudiera responder.

Isabela se quedó sentada, su mejilla todavía hormigueando donde la había tocado.

Peligroso.

Ese hombre era absolutamente peligroso.

Y no solo para Morrison.



Los días se convirtieron en rutina.

Despertar al amanecer. Entrenamiento con armas hasta media mañana. Combate cuerpo a cuerpo con Rosa. Luego planificación con Mateo—revisando documentos, discutiendo estrategia, construyendo su caso.

Las noches eran las más difíciles.

Compartían la tienda. Compartían el espacio. Pero no se tocaban.

Mateo dormía en su catre. Isabela en el suyo. Metros de distancia que podrían haber sido kilómetros.

Excepto...

Excepto que Isabela lo oía moverse en la oscuridad. Lo escuchaba respirar. Estaba consciente de cada sonido que hacía.

Y sabía que él estaba igualmente consciente de ella.

La tensión crecía cada noche.

—¿Isabela?

Era la séptima noche después de su boda. Isabela estaba acostada despierta, mirando las sombras en el techo de la tienda.

—¿Sí?

—No puedes dormir.

—No.

Silencio. Luego:

—¿Pesadillas?

—No esta noche. —Giró su cabeza para mirarlo—. Solo... pensando.

—¿Sobre qué?

Sobre ti. Sobre nosotros. Sobre cómo cada día estoy menos segura de dónde termina el acuerdo de negocios y comienza algo más.

—Sobre Morrison —mintió—. Sobre qué pasará cuando lo enfrentemos.

Mateo se sentó en su catre. A la luz de la luna que se filtraba, podía ver el contorno de sus hombros, su pecho desnudo.

Se obligó a apartar la mirada.

—Cuando lo enfrentemos —dijo Mateo—, quiero que me prometas algo.

—¿Qué?

—Que no te acercarás a él. No importa qué pase. No importa qué diga.

—Pero...

—Isabela. —Su voz era firme—. Es peligroso. Y no me refiero físicamente. Me refiero... psicológicamente. Hombres como Morrison, saben cómo manipular. Cómo hacer que dudes de ti misma.

—Ya no tiene ese poder sobre mí.

—¿Estás segura?

La pregunta la detuvo.

¿Estaba segura? Había pasado seis años siendo quebrada. Seis años siendo convencida de que estaba loca. De que merecía su castigo.

—No —admitió finalmente—. No estoy segura.

—Entonces déjame manejarlo. —Mateo se levantó, caminando hacia su catre—. Cuando llegue el momento, yo me enfrentaré a Morrison. Tú estarás a salvo.

Se arrodilló junto a su catre, tan cerca que podía ver las motas doradas en sus ojos ámbar.

—No puedo perderte —dijo en voz baja—. No cuando apenas empezamos.

—Mateo...

—Sé lo que acordamos. Sé que esto es solo negocios. —Su mano encontró la de ella en la oscuridad—. Pero tú... te has vuelto importante. Para el plan. Para...

Se detuvo.

—¿Para qué?

—Para mí. —Las palabras salieron como una confesión—. Te has vuelto importante para mí.

El corazón de Isabela latía tan fuerte que estaba segura de que podía oírlo.

—Yo... tú también. Te has vuelto importante para mí también.
Sus manos se apretaron. Ninguno se movió.

—Esto complica las cosas —dijo Mateo finalmente.

—Sí.

—Deberíamos mantener distancia.

—Probablemente.

—¿Entonces por qué no puedo soltarte?

Isabela miró sus manos entrelazadas.

—No lo sé.

Mentira. Sabía exactamente por qué.

Porque cuando él la tocaba, se sentía viva. Real. Poderosa.

Porque cuando la miraba, no veía a una mujer loca o rota.

Veía a una guerrera. Una igual.

Porque a pesar de todo—de la venganza y el acuerdo y las mentiras—lo que sentía por él era cada vez más real.

Y eso la aterraba.

—Mateo —susurró—. Deberías regresar a tu catre.

—Sí. Debería.

Pero no se movió.

—Si me besas ahora —dijo Isabela—, no será solo negocios.

—Lo sé.

—Cambiará todo.

—Sí.

—¿Y aún así quieres...?

—Dios, sí. —Su voz era áspera, necesitada—. Pero no lo haré.
No hasta que me lo pidas. Ese fue el trato.

Isabela podía pedirlo. Las palabras estaban ahí, en la punta de su lengua.

Bésame. Tócame. Hazme olvidar todo excepto esto.

Pero si lo hacía... no habría vuelta atrás.

—Ve a dormir, Mateo.

Algo dolió en sus ojos. Pero asintió.

—Como desees, esposa.

Se levantó, regresando a su catre.

La oscuridad cayó entre ellos nuevamente.

Pero esta vez, Isabela pudo escucharlo despierto tanto tiempo como ella. Pudo sentir la tensión vibrando en el aire.

Pudo imaginar cómo se sentiría si cerrara esa distancia. Si cruzara esos metros. Si se metiera en su catre y finalmente, finalmente...

No.

Todavía no.

No cuando todo era tan complicado. No cuando la venganza era más importante que los sentimientos.

Pero algún día.

Tal vez.

Si ambos sobrevivían a lo que venía.

Algún día podría permitirse querer a Mateo Reyes por más que solo protección y venganza.

Algún día podría pedirle que la tocara.

Y cuando ese día llegara...

Sería ella quien elegiría. Ella quien tomaría el poder.

Ella quien reclamaría lo que quería.

Por ahora, esperaría.

Pero no para siempre.

Nunca para siempre.

CAPÍTULO 7

PRIMERA SANGRE

El ataque llegó en la noche más oscura antes del amanecer.

Isabela despertó con el sonido de disparos.

Se sentó de golpe, desorientada. Por un momento horrible pensó que estaba de vuelta en Creedmore, que todo—el escape, Mateo, la libertad—había sido solo un sueño cruel.

Luego Mateo estaba ahí, ya vestido, ya armado, sacudiéndola.

—Levántate. Ahora.

—¿Qué está...?

—Cazarrecompensas. —Empujó un revólver en sus manos—. Cinco, tal vez seis. Vinieron por mí. Pero te encontrarán a ti también.

El miedo helado la inundó. Pero también algo más.

Furia.

No. No otra vez. No me arrebatarán esto.

—¿Qué quieres que haga?

Mateo parpadeó, claramente esperando pánico, no determinación.

—Ve a la tienda médica. Protege a Violeta y a los otros heridos. Rosa te necesita.

—¿Y tú?

—Voy a recordarles por qué me llaman El Fantasma. —Sonrió, pero no fue agradable—. Ahora ve.

Isabela no discutió. Agarró el arma y corrió hacia afuera.

El campamento era caos.

Disparos iluminaban la oscuridad como relámpagos. Gritos. El olor a pólvora y sangre.

Vio a Joaquín detrás de una roca, disparando metódicamente. Miguel corría bajo, arrastrando a alguien herido.

Y desde las rocas sobre ellos—figuras oscuras. Hombres con rifles. Cazarrecompensas.

—¡Isabela, aquí!

Rosa estaba en la entrada de la tienda médica, haciendo señas frenéticamente.

Isabela corrió, manteniéndose agachada como Mateo le había enseñado. Las balas levantaban arena cerca de sus pies.

Llegó a la tienda, sin aliento.

Adentro—caos organizado. Tres personas ya heridas. Violeta acurrucada en una esquina, llorando.

—Necesito tus manos —dijo Rosa, presionando un trapo contra el hombro de Miguel—. Mantén presión aquí mientras atiendo a Carmen.

Isabela obedeció, su entrenamiento pateando. Presionar la herida. Detener el sangrado. No pensar en la sangre caliente empapando sus dedos.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Cazarrecompensas de Santa Fe. —Miguel hizo una mueca de dolor—. Reconocí al líder. Hombre llamado Pike. Despiadado.

Otro estallido de disparos afuera.

Luego—silencio.

Terrible. Absoluto.

—¿Eso es bueno o malo? —susurró Isabela.

Antes de que alguien pudiera responder, la entrada de la tienda explotó hacia adentro.

Un hombre—grande, sucio, con una sonrisa cruel—irrumpió, pistola en alto.

—Bueno, bueno. ¿Qué tenemos aquí?

Rosa se movió para bloquearlo.

—Sal de aquí. Esta es una tienda médica. Neutrales.

—No hay neutrales cuando hay dinero involucrado. —El hombre—Pike, supuso Isabela—miró alrededor hasta que sus ojos se posaron en ella—. Especialmente cuando hay una bonita recompensa de cinco mil dólares parada justo ahí.

El estómago de Isabela se hundió.

La conocía.

—Isabela Morrison. —Pike sonrió más amplio—. O debería decir, Señora Reyes ahora. Sí, oímos de tu pequeño matrimonio. No

hará diferencia. Morrison te quiere de vuelta. Y yo cobro recompensas.

Levantó su pistola, apuntando directamente a ella.

—Ven tranquila o disparo a la vieja primero.

El miedo la congeló por un segundo. Solo un segundo.

Luego el entrenamiento pateó.

Isabela levantó su propio revólver—el que Mateo le había dado—y disparó.

No dio en el blanco. Por supuesto que no. Pero el disparo sorprendió a Pike lo suficiente para que se agachara.

—¡Perra!

Disparó de vuelta.

La bala pasó tan cerca de la cabeza de Isabela que sintió el calor.

—¡Abajo! —gritó Rosa.

Todos se tiraron al suelo.

Pike avanzó, furioso ahora.

—Vas a lamentar eso, zorr—

No terminó la sentencia.

La lona de atrás de la tienda se rasgó. Mateo entró como la venganza personificada, agarró a Pike por el cuello, y lo arrojó contra el poste central.

El impacto fue brutal. Pike colapsó, aturdido.

Mateo estaba sobre él en un segundo, presionando un cuchillo contra su garganta.

—Tocas a mi esposa —dijo con voz mortal y calmada—, y mueres lento. ¿Entiendes?

Pike intentó hablar. Mateo presionó más fuerte.

—Dije, ¿entiendes?

—S-sí.

—Bien. —Mateo lo levantó de un tirón—. Joaquín, átalos con los otros.

Joaquín apareció, arrastrando a Pike afuera.

Mateo se volvió hacia Isabela, sus ojos recorriéndola rápidamente.

—¿Estás herida?

—No, yo...

Entonces lo vio.

Sangre. Oscura y húmeda, empapando el costado izquierdo de su camisa.

—Mateo, estás sangrando.

—Es nada.

—¡Es algo! —Isabela se levantó, acercándose—. Siéntate. Ahora.

—Isabela...

—¡Siéntate!

Sorprendentemente, obedeció.

Rosa ya estaba allí con sus suministros.

—Quítate la camisa. Déjame ver.

Mateo se quitó la camisa ensangrentada. Isabela contuvo el aliento.

Un surco profundo atravesaba su costado. La bala lo había rozado, arrancando piel y músculo pero sin penetrar completamente.

—Tuviste suerte —dijo Rosa—. Dos pulgadas a la izquierda y estarías muerto.

—La suerte no tuvo nada que ver. —Mateo hizo una mueca cuando Rosa limpió la herida—. El tirador era malo.

—Necesito coserlo. —Rosa miró a Isabela—. Tú. Sostenlo quieto. Esto va a doler.

Isabela se movió detrás de Mateo, sus manos apoyándose en sus hombros.

Bajo sus palmas, sintió el calor de su piel. La tensión de sus músculos. El ritmo constante de su respiración.

Rosa enhebró la aguja.

—Listo.

La primera puntada hizo que Mateo se tensara. Sus manos se apretaron en puños.

La segunda lo hizo sisear entre dientes.

Para la tercera, Isabela podía sentirlo temblando bajo sus manos.

—Respira —murmuró en su oído—. Solo respira.

—Estoy bien.

—Eres un mentiroso.

A pesar del dolor, sonrió.

—Aprendiste eso rápido.

Rosa trabajó metódicamente, cada puntada perfecta. Isabela contó doce antes de que finalmente atara el hilo.

—Hecho. —Rosa vendó la herida firmemente—. Nada de actividad extenuante por tres días. Y quiero decir nada.

—Entendido.

—Lo digo en serio, Mateo. Si revientas estas puntadas...

—No lo haré. —Mateo se levantó, haciendo una mueca—. ¿Los otros?

—Dos heridos además de ti. Ninguno crítico. —Rosa limpió sus manos—. Los cazarrecompensas están todos atados. Esperando tu decisión.

—Los dejaremos ir. Con un mensaje para Morrison.

—¿Qué mensaje?

Los ojos de Mateo se oscurecieron.

—Que si quiere a mi esposa, tendrá que venir a buscarla él mismo. Y cuando lo haga, estaré esperando.



Una hora después, los cazarrecompensas habían sido desarmados, atados a sus caballos, y enviados de regreso con el mensaje de Mateo.

El campamento estaba en proceso de limpieza. Reparando tiendas. Contando balas. Asegurándose de que todos estuvieran bien.

Isabela llevó a Violeta de regreso a su tienda, acunándola hasta que se durmió. Luego regresó a la tienda que compartía con Mateo.

Lo encontró sentado en el borde de su catre, sin camisa todavía, mirando el vendaje en su costado.

—Deberías estar descansando —dijo Isabela.

—Deberías estar durmiendo.

—No puedo. —Cerró la entrada de la tienda—. Sigo viéndolo. El arma. Apuntando a Rosa. Y yo...

—Disparaste. —Mateo levantó la vista—. Protegiste a los demás.

—Fallé.

—Pero disparaste. —Se levantó, caminando hacia ella—. La primera vez que alguien te amenaza de verdad desde que empezamos el entrenamiento, y no te congelaste. Luchaste.

—Tenía tanto miedo.

—Bien. El miedo te mantiene viva. —Tocó su mejilla—. Pero no dejaste que te paralizara. Eso es lo que importa.

Isabela se inclinó en su toque sin pensar.

—Te hirieron. Por protegerme.

—Me hirieron porque Pike tenía suerte. No por ti.

—Mateo...

—Isabela. —Su pulgar trazó su labio inferior—. Estás temblando.

Lo estaba. Ahora que la adrenalina se desvanecía, todo la golpeaba de una vez. El miedo. El alivio. La cercanía de la muerte.

—No puedo parar.

—Ven aquí.

La atrajo hacia él, envolviendo sus brazos alrededor de ella.

Isabela se hundió en su abrazo, su rostro presionado contra su pecho desnudo. Podía escuchar su corazón—constante, fuerte, vivo.

—Está bien —murmuró contra su cabello—. Estás a salvo.

—Por ahora.

—Por ahora. —Sus manos se movían en círculos tranquilizadores en su espalda—. Pero mañana te entrenaré más. Y al día siguiente. Hasta que puedas hacer más que solo disparar una vez.

Isabela se rió débilmente.

—Eres un tirano.

—Soy tu esposo. Y tu instructor. —Retrocedió lo suficiente para mirarla—. Y tu...

Se detuvo.

—¿Mi qué?

Sus ojos buscaron los de ella.

—Tu protector. Tu aliado. Tu...

La tensión entre ellos cambió. De reconfortante a algo más oscuro. Más peligroso.

—Mateo.

—Dime que me aleje —dijo con voz áspera—. Dime que pare y lo haré.

—¿Y si no quiero que pares?

Algo se rompió en él.

Su boca cayó sobre la de ella.

No fue gentil. No fue suave.

Fue hambre pura. Necesidad. Alivio de que ambos estuvieran vivos.

Isabela lo igualó, sus manos hundiéndose en su cabello, atrayéndolo más cerca. Abrió su boca para él, saboreándolo—whisky y peligro y algo únicamente Mateo.

Él gimió contra sus labios, profundizando el beso. Sus manos la agarraron, tirándola contra él.

El calor de su piel desnuda quemaba a través de su camisa. Isabela podía sentir cada músculo, cada cicatriz, cada latido de su corazón contra el de ella.

—Isabela —jadeó contra su boca—. Si no paras, no podré...

—Bien. —Tiró de él hacia su catre—. No pares.

Cayeron juntos, Mateo girando en el último segundo para que ella aterrizara encima de él, protegiendo su costado herido.

Las manos de Isabela exploraban su pecho, trazando las líneas de músculo, las cicatrices, el vendaje que ocultaba su herida.

Mateo le quitó la camisa por la cabeza, arrojándola a un lado. Sus ojos se oscurecieron al verla.

—Eres hermosa.

—Estoy llena de cicatrices.

—Eres hermosa. —Trazó una línea por su columna, haciéndola arquear—. Cada cicatriz es prueba de que sobreviviste. De que eres fuerte.

Isabela se inclinó, besándolo otra vez. Más profundo. Más desesperado.

Su mano encontró el botón de sus pantalones.

—Isabela, espera.

—¿Por qué?

—Porque... —Sus ojos buscaron los de ella—. ¿Estás segura? ¿De verdad segura? Porque una vez que crucemos esto, no hay vuelta atrás.

Isabela pensó en Richard. En cómo el sexo con él había sido algo que soportaba. Algo que temía.

Esto era diferente.

Esto era elección. Deseo. Poder.

—Estoy segura.

Mateo la volteó con cuidado, quedando encima. Sus ojos nunca dejaron los de ella.

—Dime si te asusto. Si hago algo que no te gusta.

—No me asustarás.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque —Isabela tocó su rostro—, tú me diste el poder de elegir. Richard nunca lo hizo.

Algo feroz brilló en sus ojos.

—Bien. Porque esto no es como con él. Nada de esto lo es.

Se inclinó, capturando su boca nuevamente.

Y esta vez, cuando sus manos se movieron sobre su piel, Isabela no sintió miedo.

Solo deseo.

Solo necesidad.

Solo...

Dolor.

Mateo hizo una mueca, su mano volando a su costado.

—Mierda.

Isabela se congeló.

—¿Qué? ¿Qué pasó?

—Nada. Solo... movimiento equivocado.

Pero podía ver la tensión en su mandíbula. El vendaje en su costado mostraba una pequeña mancha roja.

Sangre fresca.

—Te estás lastimando. —Isabela se apartó—. Mateo, para.

—Estoy bien.

—¡No lo estás! —Se sentó, alejándose—. Rosa dijo nada de actividad extenuante. Y esto definitivamente califica.

Mateo se dejó caer de espaldas, su respiración agitada.

—Momento terrible, ¿verdad?

A pesar de todo, Isabela se rió.

—El peor.

Se quedaron acostados lado a lado, sus respiraciones disminuyendo gradualmente.

—Isabela.

—¿Sí?

—Cuando esté curado. Cuando pueda tocarte sin sangrar por todas partes. —La miró—. ¿Todavía querrás esto?

Ella no dudó.

—Sí.

—Bien. —Tomó su mano, entrelazando sus dedos—. Porque cuando finalmente te haga mía, quiero hacerlo bien. No apresurado. No interrumpido por heridas de bala.

El calor se extendió a través de ella.

—¿Hacerme tuya?

—Sí. —Sus ojos se oscurecieron—. Mía. Completamente.

La palabra debería haberla asustado. Debería haberla hecho retroceder.

En cambio, envió un escalofrío de anticipación por su columna.

—Tres días —dijo—. Rosa dijo tres días hasta que sanes.

—Tres días. —Sonrió—. Puedo esperar tres días.

—¿Puedes?

—Tendré que hacerlo. —Tiró de ella más cerca, siendo cuidadoso con su costado—. Pero eso no significa que no pueda sostenerte así.

Isabela se acurrucó contra su lado no herido, su cabeza descansando en su hombro.

—¿Mateo?

—¿Mmm?

—Gracias. Por protegerme hoy.

—Siempre.

—¿Y por detenerte? Aunque no querías.

—Especialmente por eso. —Besó su cabello—. Cuando finalmente estemos juntos, quiero poder moverme libremente. Quiero poder mostrarte exactamente qué tan bueno puede ser.

—Presumido.

—Confiado.

Isabela sonrió contra su piel.

—Tres días.

—Tres días. —Su voz se profundizó—. Y luego, mi cautiva... vas a suplicar.

—¿De verdad?

—Te lo prometo.

El silencio cayó entre ellos, pero no era incómodo. Era cálido. Íntimo.

Isabela cerró sus ojos, escuchando el latido constante de su corazón.

Tres días hasta que se curara.

Tres días hasta que cruzaran esa línea final.

Tres días hasta que este matrimonio de conveniencia se convirtiera en algo completamente diferente.

Algo real.

Algo peligroso.

Algo que ninguno de ellos podía controlar ya.

Pero esta noche—herido, exhausto, y completamente vivo—Mateo la sostenía como si fuera preciosa.

Y eso, decidió Isabela, era suficiente.

Por ahora.

CAPÍTULO 8

CAUTIVOS DE NADA

Los tres días fueron una tortura exquisita.

Mateo sanaba rápidamente bajo el cuidado de Rosa. Las puntadas se mantenían. La fiebre nunca llegó. Para el tercer día, podía moverse sin hacer muecas.

Pero no podía tocar a Isabela.

No de la manera que quería.

La observaba durante el entrenamiento—cómo su cuerpo se movía, cómo la confianza crecía con cada disparo certero. La observaba durante las comidas—cómo sus labios se curvaban alrededor de su tenedor, cómo lamía una gota de estofado de su pulgar.

La observaba por la noche—acostada en su catre, tan cerca pero inalcanzable, mientras su cuerpo gritaba por cerrar esa distancia.

Y sabía que ella lo observaba también.

Lo vio en cómo sus ojos seguían sus manos. En cómo su respiración cambiaba cuando él se quitaba la camisa para que Rosa revisara su herida. En cómo mordía su labio inferior cuando pensaba que él no miraba.

La tensión entre ellos era tan espesa que podía cortarse con un cuchillo.

Y finalmente—*finalmente*—llegó la noche del tercer día.



Rosa examinó el costado de Mateo por última vez, sus dedos explorando el área con cuidado profesional.

—Bien. —Se enderezó—. Sanó limpiamente. Puedes retomar actividades normales.

La mirada de Mateo se deslizó hacia Isabela, quien estaba cerca organizando vendajes con demasiada concentración.

—¿Todas las actividades?

Rosa siguió su mirada. Una sonrisa pequeña tocó sus labios.

—Todas las actividades. —Hizo una pausa—. Pero tal vez comienza despacio.

—Rosa —murmuró Isabela, sus mejillas enrojeciendo.

—¿Qué? Soy sanadora. Es mi trabajo asegurarme de que no se lastime nuevamente. —Rosa recogió sus suministros—. Estaré en mi tienda. Toda la noche. No me molesten.

Salió, dejándolos solos.

El silencio se extendió, cargado de anticipación.

—Entonces —dijo Mateo finalmente—. Oficialmente curado.

—Sí. —Isabela todavía no lo miraba—. Eso es... bueno.

—Isabela.

—¿Mmm?

—Mírame.

Lentamente, levantó la cabeza. Sus ojos se encontraron con los de él—oscuros, nerviosos, pero también llenos de deseo que coincidía con el suyo.

—¿Todavía quieres esto? —preguntó Mateo—. Porque si has cambiado de opinión...

—No he cambiado de opinión. —Dio un paso hacia él—. ¿Y tú?

—He pensado en muy poco más durante tres días.

Otro paso.

—¿Y qué has estado pensando exactamente?

Mateo sonrió, lento y depredador.

—Ven aquí y te lo mostraré.

Isabela cerró la distancia entre ellos. Mateo la atrapó por la cintura, atrayéndola contra él.

—Pero primero —murmuró contra su oído—, necesito que entiendas algo.

—¿Qué?

—Esta noche no es como con Morrison. Nada de lo que hagamos se parecerá a eso.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Retrocedió lo suficiente para mirarla—. Porque si en algún momento te asusto, si hago algo que no te gusta, me detienes. ¿Entiendes?

—Sí.

—Dilo.

—Si haces algo que no me gusta, te detengo.

—Bien. —Trazó la línea de su mandíbula—. Porque esta noche se trata de ti. Tu placer. Tu elección.

El calor se extendió a través de ella.

—¿Y tu placer?

—Oh, créeme. —Su voz se profundizó—. Darte placer será mi placer.

Entonces la besó.

No fue el beso frenético de tres noches atrás. Esto era lento. Deliberado. Una promesa de lo que vendría.

Isabela se derritió en él, sus manos deslizándose por su pecho. Podía sentir su corazón latiendo bajo sus palmas—fuerte, constante.

Vivo.

Ambos vivos.

Mateo profundizó el beso, su lengua trazando el contorno de sus labios hasta que abrió para él. El sabor de él la inundó—café y especias y algo únicamente masculino.

Sus manos se movieron hacia su camisa, desabotonándola con dedos que temblaban ligeramente.

—¿Nervioso? —murmuró contra su boca.

—Un poco.

—Bien. Yo también.

Eso la sorprendió.

—¿Tú estás nervioso?

—Aterrado. —Empujó su camisa por sus hombros, dejándola caer—. Porque quiero que esto sea perfecto para ti. Y tengo miedo de arruinarlo.

Isabela tocó su rostro, obligándolo a mirarla.

—Ya es perfecto. Porque es mi elección.

Algo ardió en sus ojos.

—Entonces elige, Isabela. ¿Qué quieres?

—A ti. —Simple. Directo—. Te quiero a ti.

Mateo la levantó en sus brazos—cuidadoso con su costado curado—y la llevó a su catre. El más grande de los dos.

La depositó con cuidado, luego se enderezó, mirándola.

—Dios, eres hermosa.

Isabela se ruborizó, consciente de su camisola delgada, de cómo revelaba más de lo que ocultaba.

—Las cicatrices...

—Me hacen querer matar a Morrison lentamente. —Se arrodilló junto al catre—. Pero no te hacen menos hermosa.

Sus dedos trazaron el borde de su camisola.

—¿Puedo?

Isabela asintió, sin confiar en su voz.

Mateo deslizó la prenda por su cabeza con reverencia. Luego retrocedió, dejando que sus ojos recorrieran cada centímetro de piel expuesta.

—Perfecta —murmuró—. Absolutamente perfecta.

Antes de que Isabela pudiera responder, se inclinó, presionando un beso en su hombro. Luego otro en su clavícula. Otro en el valle entre sus senos.

—Mateo...

—Shh. Déjame adorarte.

Su boca se movió más abajo, explorando. Saboreando.

Cuando sus labios se cerraron alrededor de su pezón, Isabela arqueó, un gemido escapando.

—¿Te gusta eso?

—Sí.

—Bien. —Cambió al otro, dando la misma atención—. Quiero aprender cada sonido que haces. Cada lugar que te hace temblar.

Sus manos se movieron hacia la cintura de sus pantalones.

—¿Estos también?

—Sí.

Los deslizó por sus piernas, junto con su ropa interior, dejándola completamente desnuda ante él.

Por un momento, el antiguo miedo parpadeó.

Vulnerable. Expuesta. Indefensa.

Luego Mateo habló, su voz áspera de necesidad.

—Eres la cosa más hermosa que he visto en mi vida.

Y el miedo se desvaneció.

—Tu turno —dijo Isabela, su voz más firme ahora—. Quítate la ropa.

Mateo sonrió.

—Mandona.

—Aprendí del mejor.

Se levantó, desabotonando su camisa lentamente. La dejó caer.

Isabela había visto su pecho antes. Pero ahora—sabiendo que pronto lo tocaría, lo saborearía—se permitió realmente mirarlo.

Músculos definidos. Piel bronceada por el sol. Cicatrices que contaban historias de violencia sobrevivida. El vendaje nuevo en su costado, más pequeño ahora.

Sus manos se movieron hacia sus pantalones.

—¿Segura que estás lista para esto?

—Muéstrame.

Desabrochó sus pantalones, empujándolos hacia abajo junto con su ropa interior.

Isabela tragó.

Él era... impresionante. Grande. Duro. Completamente listo para ella.

Tan diferente de Richard, quien la había tomado en la oscuridad, rápido y sin cuidado.

—¿Asustada? —preguntó Mateo en voz baja.

—No. —Extendió su mano—. Ven aquí.

Se unió a ella en el catre, su peso hundiéndolo. Pero en lugar de cubrirla inmediatamente, se acostó a su lado, una mano acariciando perezosamente de su hombro a su cadera.

—No hay prisa —murmuró—. Tenemos toda la noche.

—No quiero esperar.

—Pero yo quiero saborearte. —Su mano se deslizó entre sus muslos—. Quiero que estés tan lista que me supliques.

Sus dedos encontraron su centro. Isabela jadeó.

—Ya estás húmeda para mí. —Sonó satisfecho—. Bien.

La exploró con toque experto. Encontrando puntos que ella no sabía que existían. Creando sensaciones que nunca había sentido.

—Mateo, yo...

—¿Sí?

—Necesito... no sé qué necesito.

—Esto. —Presionó justo ahí, y el placer explotó—. Necesitas esto.

La llevó más alto, sus dedos trabajando magia. El pulgar trazando círculos mientras sus dedos se hundían profundo.

—Déjate ir —murmuró contra su oído—. Quiero sentirte correrte en mi mano.

—No puedo... nunca he...

Nunca había tenido un orgasmo. Richard nunca se había preocupado por su placer.

Pero Mateo...

—Sí puedes. —Aumentó el ritmo—. Córrete para mí, Isabela. Déjame verte.

La presión creció. Creció. Hasta que—

Isabela se quebró, placer estrellándose a través de ella en oleadas. Gritó su nombre, aferrándose a él mientras el mundo se disolvía en sensación pura.

Cuando finalmente bajó, estaba temblando.

—Hermosa —murmuró Mateo, besando su sien—. Tan malditamente hermosa cuando te corres.

—Eso fue...

—Solo el comienzo. —Se posicionó entre sus muslos, la punta de él presionando contra ella—. Ahora viene la parte donde te hago mía.

—Sí. —Envolvió sus piernas alrededor de su cintura—. Hazme tuya.

Entró despacio. Tan despacio. Dándole tiempo para ajustarse.

Era grande—más de lo que estaba acostumbrada. Pero su cuerpo lo recibió, estirándose para acomodarlo.

—Está bien —jadeó—. Puedes moverte.

—¿Segura?

—Muévete, Mateo.

Obedeció, estableciendo un ritmo lento y profundo. Cada empuje la llenaba completamente. Cada retirada la dejaba queriendo más.

—Dios, Isabela. —Su voz era áspera—. Te sientes increíble.

Ella no podía hablar. Solo podía sentir.

La fricción. El calor. La manera en que se ajustaban perfectamente.

Esto no era lo que había conocido antes. Esto no era algo que soportar.

Esto era... placer. Conexión. Poder compartido.

—Más —pidió—. Más rápido.

Mateo aumentó el ritmo, empujando más profundo. El ángulo cambió, golpeando algo dentro de ella que la hizo ver estrellas.

—¡Ahí! Justo ahí.

—Aquí. —Golpeó ese punto nuevamente, deliberadamente—.

¿Así?

—Sí, sí, sí...

La presión construía nuevamente. Más rápido esta vez. Más intenso.

—Córrete conmigo —dijo Mateo, su mano deslizándose entre ellos para acariciar donde se unían—. Quiero sentirte.

El toque fue suficiente.

Isabela se quebró otra vez, apretándose alrededor de él. Gritó su nombre mientras el placer la consumía.

Mateo la siguió momentos después, empujando profundo una última vez mientras encontraba su propia liberación. Su cuerpo se tensó, luego se relajó, colapsando cuidadosamente a su lado.

Permanecieron así, respiraciones disminuyendo, corazones latiendo sincronizados.

Finalmente, Mateo habló.

—¿Estás bien?

—Mejor que bien. —Isabela se acurrucó contra él—. Estoy... nunca supe que podía ser así.

—¿Así cómo?

—Hermoso. —Trazó una cicatriz en su pecho—. Poderoso. Como si fuera mía tanto como tuya.

Mateo capturó su mano, besando sus nudillos.

—Eres mía. Y yo soy tuyo. —Hizo una pausa—. Incluso cuando esto termine. Incluso cuando nos divorciemos. Parte de mí siempre te pertenecerá.

Las palabras deberían haberla asustado. Deberían haberle recordado que esto era temporal. Un acuerdo de negocios.

En cambio, enviaron calor a través de su pecho.

—Mateo...

—Sé lo que dijimos. Sé cuál es el plan. —La miró—. Pero no puedo pretender que esto es solo físico. No después de esta noche.

—Yo tampoco.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Isabela consideró la pregunta.

¿Qué hacían? No podían cambiar el plan. Morrison todavía necesitaba ser destruido. El matrimonio todavía tenía un propósito.

Pero ahora también tenía algo más.

—Seguimos adelante —dijo finalmente—. Destruimos a Morrison. Recuperamos mi herencia. Y cuando llegue el momento de separarnos...

—¿Qué?

—Decidimos entonces. Basándonos en lo que realmente queremos. No en lo que acordamos cuando éramos extraños.

Mateo sonrió.

—¿Estás diciendo que podrías querer quedarte?

—Estoy diciendo que no sé qué querré en seis meses. En un año. —Tocó su rostro—. Pero sé que quiero la opción de elegir. No estar atada por un contrato firmado cuando no nos conocíamos.

—De acuerdo. —Besó su palma—. Cuando llegue el momento, elegiremos. Ambos.

Isabela asintió, satisfecha.

Permanecieron entrelazados, el silencio cómodo entre ellos.

Luego Mateo habló nuevamente.

—Isabela.

—¿Mmm?

—Sobre Morrison. Tenemos noticias.

Eso la despertó.

—¿Qué tipo de noticias?

—Mi contacto en San Francisco envió un mensaje. Morrison está en problemas financieros. Peores de lo que pensábamos. —Mateo se sentó, alcanzando sus pantalones—. Y hay más.

Sacó un telegrama de su bolsillo, entregándoselo.

Isabela leyó:

MORRISON EN BANCARROTA. VENDIENDO PROPIEDADES. INCLUIDO VALLE NAVARRO. COMPRADOR DESCONOCIDO. VENTA PROGRAMADA EN DOS SEMANAS.

Su sangre se enfrió.

—Está vendiendo mi tierra.

—Sí.

—No puede. Es mía. Legalmente...

—Legalmente, estabas declarada demente. No podías poseer propiedad. —Mateo tocó su hombro—. Por eso necesitamos movernos rápido. Si vende antes de que podamos impugnarlo legalmente...

—Perderemos todo.

—No todo. Todavía podemos arruinarlo de otras maneras. —Hizo una pausa—. Pero sí. Tu tierra se iría.

Isabela sintió furia elevándose.

—No. Absolutamente no. —Se levantó, sin importarle su desnudez—. Esa tierra es mi legado. Mi herencia. No dejaré que la venda.

—¿Entonces qué propones?

—Vamos a San Francisco. Ahora. —Sus ojos brillaron—. Impugnamos la venta. Probamos mi cordura. Y lo detenemos antes de que pueda robarme lo último que tengo de mi padre.

Mateo se levantó también, admiración en su rostro.

—Eso es peligroso. Morrison sabrá que vienes.

—Bien. Déjalo saber. —Levantó la barbilla—. Ya no me escondo.

—Podría intentar devolvarte al manicomio.

—Que lo intente. —Apretó los puños—. Esta vez, pelearé.
Mateo la estudió por un largo momento. Luego sonrió.

—Ahí está mi guerrera.

—¿Entonces estás de acuerdo?

—Estoy de acuerdo. —La atrajo hacia un beso rápido—.
Partimos en dos días. Da tiempo para prepararnos.

—¿Y mientras tanto?

Su sonrisa se volvió depredadora.

—Mientras tanto, continuó mostrándote exactamente qué tan bueno puede ser cuando un hombre realmente se preocupa por tu placer.

Antes de que Isabela pudiera responder, la levantó, depositándola de regreso en el catre.

—Mateo, acabamos de...

—¿Y? —Se arrodilló entre sus muslos—. Dijiste que querías más. Te voy a dar más.

Su boca descendió sobre ella, y el pensamiento se volvió imposible.

Solo había sensación.

Solo placer.

Solo esto—Mateo demostrándole una y otra vez que era deseada, valorada, poderosa.

Y cuando finalmente colapsaron juntos horas después, exhaustos y satisfechos, Isabela supo que algo había cambiado irrevocablemente.

Ya no era solo la cautiva del hombre sin nombre.

Era su igual. Su compañera. Su...

Amor.

La palabra la golpeó como un rayo.

Amaba a Mateo Reyes.

No por el acuerdo. No por protección.

Solo porque lo hacía.

Y esa realización era más aterradora que cualquier cosa que Morrison pudiera hacer.

Porque ahora tenía algo que perder.

Algo precioso.

Algo que Morrison no dudaría en usar contra ellos.

Pero mientras miraba a Mateo dormir junto a ella, su rostro relajado en paz, decidió que valía la pena el riesgo.

Él valía la pena el riesgo.

Y en dos días, irían a la guerra.

Juntos.

Como debía ser.

CAPÍTULO 9

PLANES Y PASIONES

Isabela despertó envuelta en calor.

Brazos fuertes la rodeaban, manteniéndola contra un pecho sólido. El aroma de cuero y algo almizclado, masculino, la envolvía.

Mateo.

Sonrió contra su piel, recordando la noche anterior. Cada toque. Cada beso. Cada momento de placer que la había destrozado y reconstruido.

—Buenos días, esposa.

La voz de Mateo era áspera por el sueño. Sintió sus labios presionar contra su cabello.

—Buenos días, esposo.

—¿Cómo te sientes?

Isabela hizo inventario mental. Adolorida en lugares que no había usado en años. Pero también... poderosa. Viva.

—Bien. —Se volteó para mirarlo—. Mejor que bien.

Sus ojos ámbar la recorrieron con apreciación.

—Te ves hermosa por la mañana.

—Estoy segura de que me veo terrible.

—Estás equivocada. —Trazó la línea de su mandíbula—. Especialmente así. Toda sonrojada y despeinada de lo que hicimos anoche.

El calor subió por su cuello.

—Mateo...

—¿Sí?

—Necesitamos levantarnos. Planear. Solo quedan dos días antes de...

—Lo sé. —La besó, profundo y minucioso—. Pero tenemos una hora antes de que el campamento despierte. Y planeo usar cada minuto.

Sus manos se deslizaron bajo las mantas, encontrándola lista.
—¿Ya? —murmuró contra su boca—. ¿Todavía me quieres después de anoche?

—Siempre te querré.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

Mateo se congeló. Sus ojos buscaron los de ella.

—Isabela...

—No. —Cubrió su boca con su mano—. No digas nada. No todavía. Solo... muéstrame.

Algo ardió en su mirada. Luego asintió.

Y le mostró.

Con manos. Con boca. Con su cuerpo moviéndose dentro del de ella, lento y profundo, haciéndola sentir cada centímetro.

No fue frenético como la noche anterior. Esto era deliberado. Reverente.

Mateo la miraba mientras se movía, sus ojos nunca dejando los de ella.

—Eres mía —murmuró, empujando profundo—. Di que eres mía.

—Soy tuya.

—Y yo soy tuyo. —Se inclinó para capturar su boca—. Solo tuyo.

Cuando llegaron juntos, Isabela sintió algo cambiar. Como si el acuerdo que habían hecho, el contrato que habían firmado, se hubiera quemado en las llamas de lo que compartían ahora.

Esto era real.

Completamente, aterradoramente real.



Una hora después, estaban vestidos y sentados en la tienda de oficina de Mateo, rodeados de mapas y documentos.

Joaquín, Rosa y dos otros miembros de confianza del campamento se habían unido a ellos.

—Bien. —Mateo desplegó un mapa de California—. San Francisco. Tres días de viaje duro. Cuatro si tenemos problemas.

—¿Y qué hay de Morrison? —preguntó Joaquín—. Sabrá que vienes.

—Que sepa. —Mateo tocó el mapa—. La venta está programada aquí. La casa de subastas Whitmore. Respetable. Pública.

—¿Y piensas simplemente aparecer y detenerla?

—No. —Mateo miró a Isabela—. Ella lo hará.

Todos los ojos se volvieron hacia ella.

Isabela se enderezó, encontrando la mirada de cada persona.

—Soy Isabela Valentina Navarro. Esas tierras son legalmente mías por herencia. Richard Morrison las robó al tenerme falsamente declarada demente. —Su voz se fortaleció—. Y voy a probarlo.

—¿Cómo? —preguntó Rosa—. Morrison tiene documentos. Testigos.

—Tenemos mejores. —Mateo sacó una carpeta—. Mi contacto consiguió a tres médicos dispuestos a examinar a Isabela y certificar su cordura.

—¿Tres?

—Necesitamos más que uno para contrarrestar los documentos de Morrison. —Mateo desplegó más papeles—. También tengo declaraciones juradas de dos enfermeras de Creedmore. Testificando sobre las condiciones. Los tratamientos. La corrupción.

Isabela se inclinó hacia adelante.

—¿Katherine?

—No. Lo siento. —La mirada de Mateo se suavizó—. Pero encontré otras. Mujeres valientes que están dispuestas a hablar.

—¿Y si Morrison las intimida?

—Por eso iremos con protección. —Mateo asintió hacia Joaquín—. Tú y cinco más vendrán con nosotros. Armados. Listos.

—¿Y la niña? —preguntó Rosa—. ¿Violeta?

—Se queda aquí. —Isabela había pensado esto cuidadosamente—. Contigo. Es más seguro.

—Estoy de acuerdo. —Rosa asintió—. La cuidaré como si fuera mía.

—Bien. —Mateo trazó una ruta en el mapa—. Viajaremos rápido. Llegaremos la noche antes de la subasta. Nos alojaremos aquí. —Tocó una ubicación—. Casa de huéspedes de confianza. La dueña me debe un favor.

—¿Y luego?

—Luego Isabela se presenta en la subasta. Con nuestros médicos. Con nuestras declaraciones. Y detiene la venta.

Sonaba simple. Demasiado simple.

—Morrison intentará detenerme —dijo Isabela—. Podría tener la ley de su lado.

—Por eso tenemos esto. —Mateo sacó otro documento—. Orden judicial temporal de un juez federal. Suspendiendo todas las ventas de propiedad Navarro hasta que tu caso pueda ser escuchado.

Isabela tomó el papel, leyéndolo. Era real. Legal.

—¿Cómo conseguiste esto?

—Dinero. Conexiones. Favores adeudados. —Mateo se encogió de hombros—. No importa cómo. Solo importa que lo tenemos.

—¿Y si Morrison ignora la orden?

—No puede. No públicamente. —Una sonrisa fría—. Puede ser corrupto, pero todavía necesita mantener apariencias. Si desafía una orden judicial federal frente a testigos...

—Se destruye a sí mismo.

—Exactamente.

Isabela miró el mapa, la ruta trazada en rojo. Tres días para llegar a San Francisco. Luego la confrontación.

Su estómago se revolvió, pero no de miedo.

De anticipación.

—¿Cuándo partimos?

—Mañana al amanecer. —Mateo la miró—. ¿Estás segura de esto? Una vez que empecemos, no habrá vuelta atrás.

—Estoy segura.

—Morrison podría volverse violento. Podría...

—Déjalo intentarlo. —Isabela tocó el revólver que ahora llevaba constantemente—. Ya no soy la mujer que encerró.

Orgullo brilló en los ojos de Mateo.

—No. No lo eres.

—Entonces está decidido. —Joaquín se levantó—. Prepararé a los hombres.

—Y yo prepararé suministros médicos. —Rosa siguió—. Por si acaso.

Salieron, dejando a Isabela y Mateo solos.

—¿Asustada? —preguntó Mateo.

—Aterrada. —Isabela se volvió hacia él—. Pero también... lista. He esperado seis años para enfrentarlo.

—No estarás sola. —Mateo tomó su mano—. Estaré a tu lado todo el tiempo.

—Lo sé.

Se quedaron así por un momento, manos entrelazadas, mirando el mapa que trazaba su futuro.

—Mateo.

—¿Sí?

—Después de esto. Después de que recuperemos las tierras. Después de que Morrison sea destruido. —Levantó la vista hacia él—. ¿Qué pasará con nosotros?

Era la pregunta que ninguno había querido hacer.

Mateo no respondió inmediatamente. Sus ojos buscaron los de ella, como si tratara de leer su alma.

—No lo sé —dijo finalmente—. El contrato dice divorcio. Caminos separados.

—Pero...

—Pero anoche cambiaste las reglas. —Tocó su mejilla—. Dijiste que soy tuyo.

—Lo eres.

—Entonces tal vez... —Dudó—. Tal vez no tenga que terminar. El corazón de Isabela latió más rápido.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que cuando firmé ese contrato, pensé que podría hacer esto. Casarme contigo, usarte para mi venganza, y luego dejarte ir. —Se inclinó más cerca—. Pero ahora te conozco. Te he probado. He sentido cómo encajas perfectamente en mis brazos.

—Mateo...

—Y la idea de dejarte ir... me está matando.

Isabela no pudo respirar.

—¿Estás diciendo que quieres quedarte casado?

—Estoy diciendo que no sé qué quiero. Excepto que sé que te quiero. —Descansó su frente contra la de ella—. Y eso aterra más que cualquier cosa que Morrison pueda hacer.

—¿Por qué?

—Porque si te pierdo ahora... si Morrison te lastima, si algo sale mal...

—No pasará.

—No puedes prometerlo.

—No. —Isabela tomó su rostro entre sus manos—. Pero puedo prometerte esto: pelearé. Con todo lo que tengo. Y cuando todo termine, hablaremos. Decidiremos juntos.

—¿Y si decides que quieres irte?

—¿Y si decido que quiero quedarme?

Eso lo detuvo. Esperanza brilló en sus ojos.

—¿Lo harías? ¿Después de todo—el desierto, el peligro, la vida de un forajido?

—Ya no eres solo un forajido. —Isabela sonrió—. Eres mi esposo. Y tal vez... tal vez eso es suficiente.

Mateo la besó entonces, profundo y desesperado.

Cuando finalmente se separaron, ambos respiraban pesadamente.

—Necesito hacerte el amor otra vez —dijo Mateo con voz áspera—. Ahora. Antes de que partamos y todo se vuelva peligroso.

—Entonces hazlo. —Isabela comenzó a desabrochar su camisa—. Hazme tuya otra vez.

Mateo la detuvo.

—No aquí. No en esta tienda llena de mapas y planes de guerra.

—¿Entonces dónde?

Sonrió, esa sonrisa depredadora que la derretía.

—Hay un lugar. No muy lejos. Donde solía ir cuando necesitaba pensar.

—Muéstrame.



Media hora después, Isabela estaba parada en un pequeño oasis escondido entre las rocas.

Agua clara fluía de un manantial, formando un estanque poco profundo rodeado de árboles de álamo. El lugar estaba completamente oculto, invisible desde el campamento.

—Es hermoso —murmuró.

—Sí. —Pero Mateo no miraba el agua. La miraba a ella.

—¿Cómo encontraste este lugar?

—Por accidente. Hace años. Cuando recién huía de Morrison.

—Se quitó el sombrero—. Casi morí de sed. Este lugar me salvó.

Se movió hacia el agua, comenzando a quitarse las botas.

—¿Qué estás haciendo?

—Bañándome. Hace calor. —La miró sobre su hombro—. ¿Te unes?

Isabela miró el agua. Cristalina. Invitadora.

—No sé nadar.

—No necesitas saber. No es profundo. —Mateo se quitó la camisa—. Confía en mí.

¿Confiaba en él?

Sí. Completamente.

Comenzó a desabrocharse su propia camisa.

Mateo se congeló, observándola. Su mirada se oscureció mientras cada botón se abría.

Para cuando estuvo desnuda, él estaba inmóvil, bebiendo cada centímetro de piel revelada.

—Eres una diosa —murmuró.

—Soy una mujer con cicatrices.

—Eres mi mujer. Y eres perfecta.

Entró al agua primero, extendiéndole la mano.

Isabela la tomó, permitiéndole guiarla. El agua estaba fresca contra su piel caliente. Poco profunda, como había prometido. Solo

hasta sus muslos.

—¿Ves? —Mateo tiró de ella más cerca—. Segura.

—¿Segura?

—Bueno. —Sonrió—. Tan segura como puedes estar con un hombre que te quiere desesperadamente.

Sus manos se deslizaron alrededor de su cintura, levantándola. Isabela envolvió sus piernas alrededor de él instintivamente.

La posición la abrió completamente para él. Podía sentirlo, duro y listo, presionando contra su centro.

—Mateo...

—Aquí. —La besó—. Te quiero aquí. Bajo el cielo. Rodeada de vida.

—Sí.

La bajó lentamente, empujando dentro. El agua los rodeaba, haciéndolo todo resbaladizo y sensual.

Isabela gimió cuando la llenó completamente.

—Dios, eres perfecta. —Mateo comenzó a moverse, cada empuje haciéndola rebotar en el agua—. Hecha para mí.

—Sí. —Se aferró a sus hombros—. Solo para ti.

No fue rápido. No fue desesperado.

Fue lento. Profundo. Deliberado.

Mateo la miraba mientras se movía, sus ojos nunca dejando los de ella.

—Te amo —dijo de repente—. Dios me ayude, Isabela, te amo.

Las palabras la golpearon como un rayo.

—¿Qué?

—Te amo. —Empujó profundo, haciéndola jadear—. Sé que no debería. Sé que esto era solo negocios. Pero te amo.

Lágrimas picaron sus ojos.

—Yo también te amo.

Algo se rompió en él. Aumentó el ritmo, empujando más fuerte, más profundo.

—Di que eres mía. Di que nunca me dejarás.

—Soy tuya. Solo tuya. —Isabela ahuecó su rostro—. Y no te dejaré. Nunca.

Mateo capturó su boca, besándola como si pudiera sellar la promesa con sus labios.

Cuando llegaron juntos, fue con declaraciones murmuradas de amor. Promesas susurradas. Votos que no tenían nada que ver con contratos o venganza.

Solo ellos.

Solo esto.

Solo amor.



Más tarde, acostados en la orilla, secándose bajo el sol, Isabela trazó las cicatrices en el pecho de Mateo.

—¿Lamentas esto? —preguntó—. ¿Enamorarte de mí?

—Todos los días. —Sonrió para suavizar las palabras—. Porque hace que todo sea más complicado.

—Lo sé.

—Pero también... no cambiaría nada. —La besó suavemente—. Excepto tal vez conocerte antes. Antes de Morrison. Antes de todo el dolor.

—Si me hubieras conocido antes, no sería quien soy ahora.

—¿Y quién eres ahora?

Isabela consideró la pregunta.

—Sobreviviente. Guerrera. —Hizo una pausa—. Tuya.

—Mía. —Mateo la atrajo más cerca—. Y yo soy tuyo. Pase lo que pase en San Francisco.

—Pase lo que pase.

Se quedaron así hasta que el sol comenzó a descender.

Luego, a regañadientes, se vistieron y regresaron al campamento.

Mañana partirían hacia San Francisco.

Hacia Morrison.

Hacia peligro.

Pero esta noche, Isabela se permitió creer que todo saldría bien.

Que recuperarían sus tierras.

Que destruirían a Morrison.

Que su amor sobreviviría.

Tenía que creer.

Porque la alternativa—perder a Mateo ahora que finalmente lo había encontrado—era impensable.

Esta noche, mientras yacía en sus brazos, eligió esperanza sobre miedo.

Amor sobre duda.

Futuro sobre pasado.

Y mañana—mañana lucharían.

Juntos.

Como siempre debió ser.

CAPÍTULO 10

EL VIAJE

Partieron antes del amanecer.

Isabela miró hacia atrás una vez—hacia el campamento que se había convertido en hogar, hacia Violeta que dormía en los brazos de Rosa, hacia la vida que había construido en el desierto.

Luego miró hacia adelante.

Hacia San Francisco.

Hacia Morrison.

Hacia su destino.

Mateo cabalgaba a su lado, un pilar silencioso de fuerza. Detrás de ellos, Joaquín y cinco hombres más formaban una guardia protectora.

Todos armados.

Todos listos para luchar.

—¿Segunda vez que lo piensas? —preguntó Mateo en voz baja.

—No. —Isabela apretó las riendas—. Estoy lista.

—Bien. Porque una vez que crucemos a California, todo cambia.

—¿Cómo?

—Morrison tiene poder allí. Influencia. Hombres que lo obedecen sin cuestionar. —Su mirada se oscureció—. No podemos confiar en nadie.

—Excepto el uno en el otro.

—Sí. —Mateo extendió la mano, apretando la de ella brevemente—. Excepto el uno en el otro.

Cablgaron en silencio mientras el sol subía, pintando el desierto de oro y naranja.



El primer día pasó sin incidentes.

Hicieron buen tiempo, deteniéndose solo para descansar los caballos. Comieron en la silla, ansiosos por cubrir distancia.

Esa noche acamparon en una arboleda escondida.

No hubo fuego. Demasiado riesgo de ser vistos.

Isabela se sentó envuelta en una manta, comiendo cecina seca y observando a Mateo revisar sus armas por tercera vez.

—¿Nervioso? —preguntó.

—Cauteloso. —Limpió su revólver con movimientos practicados—. He aprendido a no subestimar a Morrison.

—Cuéntame sobre él. Sobre cómo era. Antes.

Mateo no levantó la vista de su arma.

—Encantador. Todos lo amaban. Tenía esta forma de hacerte sentir especial, como si fueras la única persona en la habitación.

Isabela conocía esa sensación. La había experimentado ella misma.

—¿Cuándo supiste la verdad?

—Cuando una chica del burdel vino a mí. Golpeada. Aterrorizada. —La mandíbula de Mateo se tensó—. Dijo que Morrison había pagado por ella. Que la había lastimado. Que cuando pidió ayuda, los otros le dijeron que él era intocable.

—¿Y qué hiciste?

—Fui a su oficina. Lo confronté. —Una sonrisa amarga—. Él rio. Me dijo que probara algo. Que nadie me creería sobre él.

—¿Tenía razón?

—Casi. —Mateo finalmente la miró—. Pero empecé a investigar. Discretamente. Y encontré más. Mucho más. Fraude. Sobornos. Chicas jóvenes desapareciendo del pueblo. Todas conectadas a él.

—Por eso te incriminó.

—No podía dejar que lo expusiera. Así que me convirtió en el villano. —Mateo guardó su arma—. Y mató a mi hermano para asegurarse de que no siguiera investigando.

Isabela se movió hacia él, tomando su mano.

—Lo haremos pagar. Por Diego. Por todas esas chicas. Por todos.

—Sí. —Sus dedos se entrelazaron con los de ella—. Lo haremos.

Se quedaron así, compartiendo calor y silencio, hasta que la oscuridad cayó completamente.

—Deberíamos dormir —dijo Mateo—. Mañana será un día largo.

Isabela asintió, acomodándose en su manta.

Pero cuando Mateo se movió hacia su propia manta, lo detuvo.

—Quédate. —Levantó el borde de su manta—. Aquí.

—Isabela, no deberíamos...

—Por favor. —Lo miró directamente—. Solo quiero sentirte cerca.

Mateo dudó solo un momento. Luego se deslizó bajo la manta con ella.

La atrajo contra su pecho, su calor rodeándola.

—Mejor —murmuró contra su cabello.

—Mucho mejor.

Isabela cerró sus ojos, escuchando el latido constante de su corazón.

Mañana enfrentarían más peligro.

Pero esta noche, tenían esto.

Y era suficiente.



El segundo día trajeron lluvia.

Fría. Implacable. Empapándolos hasta los huesos.

Pero no se detuvieron.

No podían darse el lujo.

—¡Ahí! —gritó Joaquín, señalando—. ¡Refugio!

Una vieja misión abandonada se materializó a través de la lluvia. Mitad derruida, pero con suficiente techo para protegerlos.

Se apresuraron adentro, arrastrando los caballos.

Isabela temblaba violentamente para cuando Mateo la envolvió en mantas secas.

—Necesitas calentarte. Ahora.

—E-estoy b-bien.

—No lo estás. —Mateo la frotó vigorosamente—. Joaquín, fuego. Pequeño, pero necesitamos uno.

—Demasiado riesgo...

—¡Ahora!

Joaquín obedeció, construyendo un pequeño fuego en lo que había sido el altar.

Mateo acercó a Isabela, sosteniéndola contra él.

—Tu ropa está empapada. Necesitas quitártela.

—No p-puedo. Los hombres...

—Le darán la espalda. —Mateo miró a Joaquín, quien ya estaba reuniendo a los otros en el extremo opuesto de la misión—. Privacidad. Ahora.

Con dedos torpes, Isabela se quitó la ropa mojada. Mateo la envolvió inmediatamente en mantas secas.

—Mejor.

—G-gracias.

Se sentaron junto al fuego, Isabela acurrucada contra Mateo.

—Cuéntame algo —murmuró—. Para distraerme.

—¿Como qué?

—Cualquier cosa. Tu infancia. Antes de Morrison.

Mateo consideró.

—Mi madre era cantante. Hermosa voz. Solía cantar para Diego y para mí todas las noches.

—¿Qué le pasó?

—Fiebre. Cuando yo tenía doce. —Su voz se apagó—. Mi padre la siguió un año después. Corazón roto, dijo el doctor.

—Lo siento.

—Así que fui solo Diego y yo. Lo crié lo mejor que pude. —Hizo una pausa—. No fue suficiente.

—Hiciste lo que pudiste.

—No fue suficiente. —Mateo la apretó más fuerte—. Pero cuando esto termine, cuando Morrison pague... tal vez Diego pueda

finalmente descansar.

Isabela giró su rostro hacia el de él.

—Y tú también. Podrás descansar también.

—Tal vez.

La besó entonces, suave y lento.

Cuando se separaron, algo había cambiado en sus ojos.

—Isabela, necesito decirte algo.

—¿Qué?

—Si algo sale mal en San Francisco. Si Morrison gana. Si me capturan o matan...

—No hables así.

—Necesito decirlo. —Tomó su rostro entre sus manos—. Si algo me pasa, Joaquín te sacará de ahí. Tiene órdenes. Y dinero suficiente para llevarte a México. Empezar de nuevo.

—No voy a dejarte.

—Tendrás que hacerlo. —Su mirada era firme—. Prométemelo, Isabela. Promete que si las cosas van mal, huirás.

—Mateo...

—Prométemelo.

Lágrimas picaron sus ojos.

—Solo si tú prometes lo mismo. Si las cosas van mal, si Morrison me captura, no vendrás por mí. Huyes. Vives.

—No puedo prometerte eso.

—Entonces yo tampoco puedo prometer.

Se miraron fijamente, ninguno cediendo.

Finalmente, Mateo se rió, sin humor.

—Somos unos tercos, ¿verdad?

—Sí. —Isabela apoyó su frente contra la de él—. Pero estamos juntos en esto. Hasta el final.

—Hasta el final. —La besó otra vez—. Juntos.

Permanecieron entrelazados mientras la lluvia golpeaba el techo derruido sobre ellos.



El tercer día, cruzaron a California.

El cambio fue inmediato. El paisaje se volvió más verde. Más civilizado.

Y más peligroso.

—A partir de ahora, cautelosos —dijo Mateo—. Morrison tiene ojos en todas partes.

Evitaron los pueblos, manteniéndose en caminos secundarios.

Pero a media tarde, Joaquín levantó una mano.

—Alto.

Todos se detuvieron.

—¿Qué es?

—Jinetes. —Joaquín señaló—. Tres. Tal vez cuatro. Siguiéndonos.

Mateo maldijo.

—¿Cuánto tiempo?

—Desde el último arroyo. Una hora, tal vez.

—¿Morrison?

—O cazarrecompensas. De cualquier manera, problemas.

Mateo miró alrededor, evaluando.

—Ahí. —Señaló un desfiladero angosto—. Emboscada. Los atrapamos en el desfiladero.

—¿Y si son solo viajeros inocentes?

—Entonces pediremos disculpas. —Mateo desmontó—. Isabela, tú y dos hombres esperan aquí. Nosotros preparamos la trampa.

—No. Voy contigo.

—Isabela...

—Soy parte de esto. —Su mano se movió hacia su revólver—. Y puedo disparar.

Mateo la estudió. Luego asintió.

—Bien. Pero te quedas detrás de mí. ¿Entendido?

—Entendido.

Se posicionaron rápidamente. Mateo y Joaquín en un lado del desfiladero. Isabela y dos hombres en el otro.

Esperaron.

Los jinetes aparecieron diez minutos después.

Cuatro hombres. Armados. Uniformes.

Diputados.

—Mierda —murmuró Mateo—. Ley legítima.

—¿Qué hacemos?

Antes de que pudiera responder, uno de los diputados gritó:

—¡Mateo Reyes! ¡Sabemos que estás ahí! ¡Sal con las manos arriba!

Mateo miró a Joaquín, luego a Isabela.

Luego, sorprendentemente, se levantó.

—Aquí estoy.

—¿Qué estás haciendo? —siseó Isabela.

—Confiado. —Caminó hacia adelante, manos arriba pero no vacías—. Caballeros. ¿En qué puedo ayudarlos?

El diputado líder—un hombre mayor con insignia de plata—lo estudió.

—Mateo Reyes. Buscado por asesinato hace siete años.

—Acusado falsamente. —La voz de Mateo era calmada—. Por Richard Morrison. Quien mató a mi hermano y me incriminó.

—Eso dice usted.

—Eso dicen los hechos. —Mateo señaló hacia Isabela—. Y esta mujer puede probarlo.

Los ojos del diputado se deslizaron hacia ella.

—¿Y quién es ella?

Isabela se levantó, caminando hacia adelante.

—Isabela Valentina Navarro Morrison. Esposa de Richard Morrison. Y víctima de sus crímenes.

El diputado parpadeó.

—La esposa de Morrison fue internada. Declarada demente.

—Falsamente. —Isabela levantó la barbilla—. Y puedo probarlo. Tengo documentos. Testigos. Médicos dispuestos a certificar mi cordura.

—Interesante. —El diputado desmontó—. Porque recibí un telegrama esta mañana. Del Alguacil Federal Thompson. Diciendo que Morrison presentó cargos de secuestro. Alega que usted fue tomada contra su voluntad.

La sangre de Isabela se enfrió.

—Eso es mentira.

—¿Lo es? —El diputado la estudió—. Porque dice que tiene testigos. Diciendo que escapó de una institución mental. Que este hombre —señaló a Mateo—, la secuestró. La obligó a casarse con él.

—¡No! Yo elegí...

—También dice que está enferma. Confundida. Que cree que está enamorada de su captor. —El diputado movió la cabeza—. Síndrome común en víctimas de secuestro.

Isabela sintió el pánico subir.

—No soy víctima. Soy su esposa. Legal y voluntariamente.

—Eso tendrá que determinarlo un juez. —El diputado señaló a sus hombres—. Arresten a Reyes. Lleven a la señora Morrison a custodia protectora.

—¡No! —Isabela retrocedió—. No pueden...

Mateo se movió para bloquearla, su mano moviéndose hacia su arma.

—No la tocarán.

—Reyes, no lo hagas peor. —El diputado levantó su propia arma—. Vengan pacíficamente o habrá violencia.

Joaquín y los otros hombres emergieron de sus escondites, armas en alto.

Los diputados levantaron las suyas.

Punto muerto.

—Mateo —murmuró Isabela—. ¿Qué hacemos?

Podía ver el conflicto en sus ojos. Pelear significaba convertirse en fugitivo otra vez. Rendirse significaba perderla.

Entonces una voz nueva habló:

—Nadie está arrestando a nadie hoy.

Todos se volvieron.

Un hombre emergió del desfiladero. Cincuenta y tantos, traje fino, insignia federal en su solapa.

—Alguacil Federal Thompson. —Mostró credenciales—. Y estos diputados están fuera de su jurisdicción.

El diputado líder parpadeó.

—Señor, recibimos órdenes...

—De Richard Morrison. Quien no tiene autoridad para dar órdenes a diputados federales. —Thompson caminó hacia adelante—. Y quien, resulta, está siendo investigado por fraude, corrupción y posible trata de personas.

Silencio absoluto.

Thompson miró a Isabela.

—Señora Reyes. Soy un amigo del abogado de su esposo. Me envió para escoltarlos a San Francisco de forma segura.

—¿Abogado?

—Sr. Marcus Chen. Creo que está familiarizada con su correspondencia.

El contacto de Mateo. El hombre en San Francisco.

—Sí. Sí lo estoy.

—Bien. —Thompson miró a los diputados—. Caballeros, sugiero que regresen y le digan a Morrison que su intimidación no funcionó. La Sra. Reyes está bajo protección federal. Al igual que su esposo. Cualquier intento de arrestarlos será visto como obstrucción de una investigación federal.

El diputado líder vaciló.

—Pero Morrison dijo...

—Morrison no es la ley. Yo sí. —La voz de Thompson era de acero—. Ahora váyanse. Antes de que decida arrestarlos por complicidad.

Los diputados intercambiaron miradas. Luego, lentamente, montaron y se alejaron.

Cuando desaparecieron, Isabela soltó el aliento que había estado conteniendo.

—Gracias. Usted... nos salvó.

—De nada, señora. —Thompson se volvió hacia Mateo—. Sr. Reyes. El Sr. Chen me pidió que les dijera que todo está preparado. Los médicos están esperando. Los testigos están protegidos. Y el juez está listo para escuchar su caso mañana.

—¿Mañana? —Isabela parpadeó—. ¿Tan pronto?

—Morrison está acelerando la venta. Trata de deshacerse de las propiedades antes de que puedan ser embargadas. —Thompson

les hizo señas—. Necesitamos movernos. San Francisco está a seis horas. Llegaremos después del anochecer.

Mateo miró a Isabela.

—¿Lista?

Ella pensó en Morrison. En seis años de tortura. En su padre. En las tierras que le pertenecían.

—Lista.

Montaron, siguiendo a Thompson hacia San Francisco.

Hacia la confrontación final.

Hacia justicia o ruina.

Isabela no sabía cuál.

Solo sabía que mañana, todo cambiaría.

Para bien o para mal.

Todo terminaría.

O todo comenzaría.



Llegaron a San Francisco cuando las lámparas de gas se encendían.

La ciudad era enorme comparada con cualquier cosa que Isabela había visto en años. Bulliciosa. Ruidosa. Llena de vida.

Y en algún lugar aquí, Morrison esperaba.

Thompson los guió a una casa de huéspedes discreta en el distrito chino.

—El Sr. Chen es dueño de este edificio. Estarán seguros aquí.

Los llevó adentro, a habitaciones limpias y privadas.

—Descansen esta noche. Mañana a las nueve, el juez los verá. —Thompson se volvió para irse, luego se detuvo—. Una cosa más. Morrison sabe que están aquí. Tiene ojos en todas partes. No salgan de este edificio hasta mañana.

—Entendido —dijo Mateo.

Cuando Thompson se fue, Isabela miró a su alrededor.

Una cama real. Una bañera. Lujo que casi había olvidado.

—Deberías bañarte —dijo Mateo—. Descansar.

—¿Y tú?

—Revisaré el perímetro. Me aseguraré de que estemos seguros.

La besó brevemente.

—Volveré pronto.

Salió, dejándola sola.

Isabela se bañó, el agua caliente derritiendo días de polvo del camino. Se vistió con ropa limpia que alguien había dejado.

Luego esperó.

Mateo regresó una hora después.

—Todo despejado. Joaquín y los hombres están vigilando. Estamos tan seguros como podemos estar.

Se quitó sus armas, colocándolas al alcance de la cama.

—¿Tienes miedo? —preguntó Isabela.

—Aterrado. —Se sentó junto a ella—. Pero no de Morrison. De perderte.

—No me perderás.

—No puedes prometer eso.

—Puedo prometer que pelearé. Con todo lo que tengo. —Tomó su mano—. Y que sin importar lo que pase mañana, te amo.

—Te amo. —Mateo la atrajo hacia un beso—. Dios, te amo tanto.

El beso se profundizó. Se volvió urgente.

—Hazme el amor —murmuró Isabela contra su boca—. Una vez más antes de mañana.

—Isabela...

—Por favor. Necesito sentirte. Necesito recordar por qué estamos peleando.

Mateo no necesitó más invitación.

La desvistió con reverencia. Exploró cada centímetro de piel con manos y boca.

Cuando finalmente entró en ella, fue lento. Profundo. Sus ojos nunca dejaron los de ella.

—Pase lo que pase mañana —dijo, moviéndose dentro de ella—, esto es real. Nosotros somos reales.

—Sí. —Isabela se arqueó contra él—. Real.

Hicieron el amor como si fuera la última vez.

Desesperado.

Tierno.

Perfecto.

Y después, envueltos el uno en el otro, Isabela susurró:

—Mañana, ganamos. Juntos.

—Juntos —acordó Mateo.

Pero mientras se quedaba dormida en sus brazos, no pudo sacudir la sensación de que mañana cambiaría todo.

Para bien o para mal.

Todo dependía de lo que pasara cuando finalmente enfrentaran a Richard Morrison.

Y rezó—por primera vez en años—que fueran lo suficientemente fuertes para sobrevivir a lo que vendría.

CAPÍTULO 11

DESENMASCARADOS

Isabela despertó con el amanecer.

No por el sol. Por terror puro.

Hoy enfrentaría a Richard Morrison.

El hombre que la había destruido. Encerrado. Torturado.

El hombre que había robado seis años de su vida.

—Respira.

Mateo estaba a su lado, su mano acariciando su espalda en círculos lentos.

—Estoy bien.

—Estás temblando.

—Estoy aterrada. —Se volvió hacia él—. ¿Y si él gana? ¿Y si el juez le cree?

—No lo hará. Tenemos evidencia. Testigos. La verdad. —Mateo besó su frente—. Y te tienes a ti misma. La mujer más fuerte que conozco.

—No me siento fuerte.

—No tienes que sentirte fuerte. Solo tienes que serlo. —La ayudó a sentarse—. Y lo eres. Lo has probado cada día desde que te encontré.

Isabela respiró profundo, tratando de calmar su corazón acelerado.

—¿Qué me pongo?

—Esto. —Mateo señaló un vestido colgado en la puerta—. El Sr. Chen lo envió. Dijo que necesitas verte respetable. Como la heredera que eres.

El vestido era hermoso. Azul oscuro con bordado delicado. Simple pero elegante.

El tipo de vestido que la antigua Isabela hubiera usado sin pensar.

—No he usado algo así en años.

—Entonces es tiempo. —Mateo se levantó, comenzando a vestirse él mismo—. Hoy le recordamos a Morrison quién eres realmente. No la mujer que quebró. La mujer que sobrevivió.



Dos horas después, Isabela estaba parada frente a la Corte Superior de San Francisco.

El edificio era imponente. Columnas blancas. Escaleras anchas. El peso de la ley hecho piedra.

—Lista —dijo Mateo en voz baja.

No era una pregunta.

—Lista.

Subieron las escaleras juntos. Joaquín y dos hombres los seguían de cerca.

Dentro, el Alguacil Thompson los esperaba.

—El juez Blackwood está listo. Sala tres. —Hizo una pausa—. Morrison ya está aquí. Con sus abogados.

El estómago de Isabela se apretó.

—¿Cuántos abogados?

—Cuatro. Los mejores que el dinero puede comprar. —Thompson la miró directamente—. Pero nosotros tenemos la verdad. Y eso vale más.

¿Lo era?

Isabela quería creerlo.

Entraron a la sala.

Y ahí estaba.

Richard Morrison.

Sentado en la mesa del demandado, vestido con traje caro, cabello perfectamente peinado. Guapo como siempre. Encantador.

Monstruoso.

Sus ojos se encontraron con los de ella a través de la sala.

Y sonrió.

Isabela sintió que su sangre se convertía en hielo.

—No lo mires —murmuró Mateo, guiándola hacia su mesa—. No le des el poder.

Pero era difícil no mirar. Siete años desde la última vez que lo había visto. El día que firmó los papeles que la encerraron.

Había envejecido. Líneas alrededor de sus ojos. Gris en sus sienes.

Pero la crueldad en su sonrisa era la misma.

—Todos de pie. El honorable Juez Blackwood presidiendo.

Isabela se levantó con piernas temblorosas.

El juez entró. Hombre mayor, setenta y tantos, ojos penetrantes que parecían ver demasiado.

—Siéntense. —Se instaló en su silla—. Caso número 4751. Isabela Valentina Navarro Reyes versus Richard James Morrison. Demanda para anular venta de propiedad y declaración de cordura.

El abogado de Morrison se levantó inmediatamente.

—Su Señoría, este caso es frívolo. La Sra. Morrison—

—Reyes —interrumpió el abogado de Isabela, el Sr. Chen. Un hombre delgado de cuarenta y tantos con ojos afilados—. La demandante es legalmente la Sra. Reyes ahora. Casada con el Sr. Mateo Reyes hace tres semanas.

—Un matrimonio bajo coacción —contraatacó el abogado de Morrison—. La Sra. Morrison escapó de una institución mental. Fue secuestrada por un forajido conocido. Forzada a casarse...

—¡Mentira! —Isabela se levantó sin pensar.

El mazo del juez golpeó.

—¡Orden! La demandante se sentará.

Mateo la tiró suavemente hacia abajo.

—Tranquila —susurró—. Deja que Chen maneje esto.

El Sr. Chen se levantó con calma.

—Su Señoría, tenemos evidencia extensa de que la Sra. Reyes nunca debió ser internada. Que su esposo, Richard Morrison, la encerró falsamente para robar su herencia. Y que su matrimonio actual fue completamente voluntario.

—¿Evidencia? —El juez Blackwood se inclinó hacia adelante—. Muéstremela.

Chen asintió hacia su asistente, quien comenzó a distribuir documentos.

—Primero, certificaciones médicas de tres doctores independientes. Todos examinaron a la Sra. Reyes en los últimos cinco días. Todos la encontraron completamente cuerda.

—¡Objeción! —El abogado de Morrison se levantó—. Esos médicos fueron pagados por el forajido Reyes. Sus opiniones no pueden ser imparciales.

—Los médicos fueron pagados por sus servicios profesionales —corrigió Chen—. Así como los médicos que declararon loca a la Sra. Reyes fueron pagados por el Sr. Morrison. La diferencia es que nuestros médicos realmente la examinaron.

Murmullo en la sala.

El juez levantó la mano para silencio.

—Continúe.

—Segundo, declaraciones juradas de dos enfermeras del Manicomio Creedmore. Testificando sobre las condiciones. Los tratamientos. Y el hecho de que la Sra. Reyes nunca mostró signos de demencia real.

Chen colocó más documentos.

—Tercero, registros financieros mostrando que el Sr. Morrison tomó control de las propiedades Navarro inmediatamente después de internar a su esposa. Vendió partes. Hipotecó otras. Se enriqueció mientras ella sufría.

El abogado de Morrison se levantó nuevamente.

—Mi cliente tenía todo el derecho legal de administrar las propiedades de su esposa mientras ella estaba incapacitada...

—¿Incapacitada? —Chen se volvió hacia él—. ¿O convenientemente removida para que pudiera robar libremente?

—¡Eso es difamación!

—Es la verdad. —Chen miró al juez—. Y finalmente, tenemos el testimonio de la propia Sra. Reyes. Si Su Señoría le permite hablar.

Todas las miradas se volvieron hacia Isabela.

El juez Blackwood la estudió.

—Sra. Reyes. Acérquese.

Isabela se levantó con piernas que apenas la sostenían. Caminó hacia el estrado, consciente de los ojos de Morrison siguiéndola.

Juró sobre la Biblia, sus manos temblando.

—Siéntese.

Se sentó.

El juez la miró directamente.

—Sra. Reyes, ¿entiende la seriedad de estos procedimientos?

—Sí, Su Señoría.

—¿Y jura que el testimonio que dará hoy es verdadero y completo?

—Sí.

—Bien. —Se recostó—. Sr. Chen, su testigo.

Chen se acercó, su expresión amable pero profesional.

—Sra. Reyes, ¿puede decirnos cómo llegó a estar en el Manicomio Creedmore?

Isabela respiró profundo.

—Mi esposo—mi primer esposo, Richard Morrison—me internó. Contra mi voluntad.

—¿Cuándo fue esto?

—15 de marzo de 1879. Tres meses después de la muerte de mi padre.

—¿Y por qué lo hizo?

Isabela miró directamente a Morrison.

—Porque yo había descubierto que estaba robando de mi herencia. Confronté sobre fondos faltantes. Sobre tierras vendidas sin mi conocimiento. Y cuando amenacé con exponer sus crímenes...

Se detuvo, la memoria golpeándola.

—Tómese su tiempo —dijo Chen gentilmente.

—Me golpeó. —Las palabras salieron planas, sin emoción—. Me dijo que nadie me creería sobre él. Que yo era solo una mujer, una esposa histérica. Y luego trajo dos doctores que nunca me habían examinado. Firmaron papeles declarándome demente.

—¿Y qué pasó después?

—Me encerraron. Durante seis años. —Su voz se quebró ligeramente—. Seis años de tratamientos que eran tortura. De ser

atada. Sedada. Golpeada cuando me resistía.

Lágrimas comenzaron a caer. No podía detenerlas.

—Seis años de rogarle a cualquiera que escuchara que no estaba loca. Que solo quería ir a casa. —Miró al juez—. Pero nadie escuchó. Porque mi esposo había pagado para asegurarse de que no lo hicieran.

El silencio en la sala era absoluto.

—¿Y cómo escapó?

—Una enfermera. Katherine. Vio la verdad. Me ayudó a escapar. —Isabela se limpió las lágrimas—. Murió una semana antes de que pudiera. Pero me dio el mapa. La oportunidad.

—¿Y cuándo escapó?

—Hace dos meses. Tomé a una niña, otra paciente que estaba siendo abusada. Y huimos. —Levantó la barbilla—. Casi morimos en el desierto. Habríamos muerto si Mateo Reyes no nos hubiera encontrado.

—El forajido.

—El hombre que me salvó. —Su voz se fortaleció—. Que me protegió cuando nadie más lo haría. Que me dio elección sobre mi propia vida por primera vez en años.

—¿Y se casó con él voluntariamente?

—Sí. Completamente voluntariamente. —Miró a Mateo, quien estaba en el borde de su asiento—. Me casé con él porque me trató como ser humano. Como igual. Como alguien cuya voz importaba.

Chen asintió.

—Gracias, Sra. Reyes. Sin más preguntas.

El abogado de Morrison se levantó inmediatamente, como buitre oliendo sangre.

—Sra. Reyes. O debería decir, Sra. Morrison, ya que su matrimonio con el Sr. Reyes es claramente inválido...

—Objeción —dijo Chen.

—Sostenida. —El juez frunció el ceño—. Llámela Sra. Reyes, consejero.

El abogado inclinó la cabeza.

—Sra. Reyes. Dice que escapó hace dos meses. ¿Fue inmediatamente secuestrada por el Sr. Reyes?

—No fui secuestrada. Fui rescatada.

—Interesante. —El abogado caminó más cerca—. ¿Y cuánto tiempo pasó antes de que el Sr. Reyes le propusiera matrimonio?

—Unos días.

—¿Días? —Levantó una ceja—. ¿Y no encontró eso... extraño? ¿Que un completo extraño quisiera casarse con usted tan rápido?

Isabela vio la trampa.

—Él fue honesto sobre sus razones. Quería acceso legal a mis tierras para luchar contra Morrison en mi nombre.

—Ah. Entonces admite que el matrimonio fue transaccional. No por amor.

—Al principio, sí. Era un acuerdo.

—Un acuerdo donde un forajido conocido convence a una mujer vulnerable, recién escapada de una institución mental, para casarse con él. —El abogado se volvió hacia el juez—. ¿Eso no suena como manipulación?

—No fue manipulación —dijo Isabela firmemente—. Me dio elección. Algo que Morrison nunca hizo.

—¿Elección? —El abogado se rió—. ¿Qué elección tenía? Estaba sola. Desesperada. Sin dinero. Sin recursos. Por supuesto que aceptó lo que él ofrecía.

—Acepté porque quería destruir a Morrison. —Isabela se inclinó hacia adelante—. Y él me dio las herramientas para hacerlo.

—O la usó para su propia venganza contra mi cliente.

—¡Venganza que Morrison mereció! —Las palabras explotaron de ella—. Asesinó al hermano del Sr. Reyes. Lo incriminó falsamente. Arruinó su vida igual que arruinó la mía.

—Supuestas acusaciones. Nunca probadas.

—¡Porque Morrison compró a todos! Jueces, sheriffs, testigos. —Isabela se levantó, ignorando el martillo del juez—. Es un monstruo. Y si esto es lo único que puedo hacer para detenerlo, entonces sí, me casé con Mateo Reyes. ¡Y lo volvería a hacer!

—¡Orden! —El juez golpeó su martillo—. Sra. Reyes, siéntese.

—No. —Miró directamente a Morrison—. No hasta que diga lo que necesito decir.

Morrison la observaba con expresión ilegible.

—Sra. Reyes...

—Me encerraste por seis años. —Su voz temblaba de furia—. Me robaste. Me torturaste. Me convenciste de que estaba loca hasta que casi lo creí.

Lágrimas caían libremente ahora, pero no le importaba.

—Pero sobreviví, Richard. Sobreviví. Y ahora estoy aquí para recuperar lo que me robaste. Mi libertad. Mi cordura. Mi tierra. Mi vida.

—¿Terminó? —preguntó Morrison suavemente.

Su voz. Dios, su voz. Tan familiar. Tan llena de veneno disfrazado de miel.

—Sí. Terminé.

—Bien. —Se levantó, ignorando las objeciones de sus abogados—. Porque ahora es mi turno.

Se acercó al estrado, parándose demasiado cerca.

—Isabela. —Su voz era suave, casi cariñosa—. Mi pobre, confundida Isabela.

—No estoy confundida.

—¿No? —Inclinó la cabeza—. Porque desde donde estoy, pareces bastante confundida. Confundida sobre quién te lastimó. Sobre quién te ayudó.

—Tú me lastimaste.

—Te traté. —Su sonrisa era benevolente—. Cuando te volviste violenta. Cuando amenazaste con lastimarte. Cuando tu mente se quebró de dolor después de la muerte de tu padre.

—¡Mentira!

—¿Lo es? —Se volvió hacia el juez—. Su Señoría, tengo testigos. Doctores que la trataron. Sirvientes que vieron sus episodios. Todos pueden testificar sobre su condición mental.

—Todos pagados por ti —siseó Isabela.

—Todos profesionales preocupados. —Morrison la miró con lástima falsa—. Isabela, te amé. Te amo todavía. Por eso hice lo que hice. Para protegerte. De ti misma.

—Para robarme.

—Para salvarte. —Tocó su mano en el estrado.

Isabela la apartó como si quemara.

—No me toques. Nunca me toques otra vez.

—¿Ves? —Morrison miró al juez—. Violencia. Paranoia. Síntomas clásicos.

—Síntomas de una mujer que sabe exactamente quién eres. —Isabela se levantó—. Un ladrón. Un mentiroso. Un asesino.

—Cuidado, querida. —La voz de Morrison se enfrió—. La difamación tiene consecuencias.

—¿Como encerrarme otra vez? ¿Matarme esta vez en lugar de solo romperme?

Por primera vez, algo oscuro brilló en sus ojos.

—Si estuvieras muerta, no estaría aquí peleando por ti. Por nosotros.

—No hay nosotros. Nunca lo hubo. —Isabela bajó del estrado—. Solo había tú. Usándome. Como usas a todos.

Caminó de regreso a su mesa, pasando junto a Morrison.

Él agarró su brazo.

—Esto no ha terminado.

—Sí lo ha. —Miró su mano en su brazo—. Suéltame. Ahora.

—O qué. —No era pregunta. Era desafío—. ¿Llamarás a tu forajido? ¿Dejarás que te defienda como la mujer débil que siempre has sido?

Isabela sintió furia explotar a través de ella.

Su puño se estrelló en su rostro antes de que pudiera pensarlo.

Morrison se tambaleó hacia atrás, sangre brotando de su nariz.

La sala estalló en caos.

—¡Orden! ¡Orden!

Mateo estaba a su lado en segundos, apartándola.

—Isabela, ¿qué hiciste?

—Lo que debí haber hecho hace años. —Miró a Morrison, quien se presionaba un pañuelo contra su nariz sangrante—. Pelear.

El juez golpeaba su martillo furiosamente.

—¡Sra. Reyes! ¡Esa fue una agresión!

—Fue defensa propia. Él me agarró primero.

—¡Vi todo! —El Alguacil Thompson se levantó—. Morrison la agarró. Ella se defendió.

El juez miró entre ellos, claramente exasperado.

—Ambos siéntense. Ahora.

Isabela regresó a su asiento, su corazón acelerado. Su mano dolía pero se sentía... bien.

Por primera vez, había golpeado de vuelta.

Morrison se sentó también, fulminándola con mirada de puro odio.

El juez se frotó las sienes.

—Esta corte tomará un receso. Una hora. Todos regresen entonces.

Golpeó su martillo una última vez.

Mientras la sala se vaciaba, Mateo se inclinó cerca.

—Lo golpeaste.

—Sí.

—Delante del juez.

—Sí.

—¿Estás loca?

Isabela lo miró, sonriendo por primera vez en horas.

—No. Ese es exactamente el punto. No estoy loca. Solo estoy harta.

Mateo se rió a pesar de todo.

—Mi guerrera.

—Tu esposa. —Lo besó rápidamente—. Y nadie—ni siquiera un juez—me dirá que no puedo defenderme de ese monstruo.

Pero mientras salían de la sala, Isabela vio a Morrison mirándola.

Y la expresión en su rostro...

No era derrota.

Era cálculo.

Como si ella acabara de darle exactamente lo que necesitaba.

Y eso la aterraba más que cualquier cosa que hubiera pasado en la corte.

CAPÍTULO 12

LA TRAMPA

El receso se sintió como una eternidad.

Isabela estaba en una pequeña sala de conferencias con Mateo, Chen y Thompson, mientras Joaquín vigilaba la puerta.

—Eso fue... audaz —dijo Chen finalmente.

—Fue estúpido —corrigió Thompson—. Le diste a Morrison exactamente lo que necesitaba. Evidencia de inestabilidad emocional.

Isabela sintió que su estómago se hundía.

—No pensé...

—Exactamente. No pensaste. —Thompson se frotó la cara—. Ahora sus abogados argumentarán que eres violenta. Impredecible. Que necesitas tratamiento.

—Él me agarró primero.

—Lo cual yo testifico. —Thompson levantó una mano—. Pero el daño está hecho. El juez vio tu temperamento.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Mateo.

Chen se inclinó hacia adelante.

—Reenfocamos. Volvemos a la evidencia. Los certificados médicos. Las declaraciones juradas. Los registros financieros. —Miró a Isabela—. Y mantienes la calma. Sin importar qué diga Morrison.

—Entendido.

—Bien. —Chen revisó sus papeles—. Cuando regresemos, llamaré a los médicos. Sus testimonios reforzarán tu cordura.

—¿Y si Morrison los desacredita?

—No puede. Son los mejores en su campo. Respetados. Imparciales. —Chen sonrió levemente—. Y uno de ellos trató a la esposa del gobernador. Morrison no querrá enemistarse con ese tipo de conexiones.

Una puerta se abrió en la sala principal.

Joaquín asomó la cabeza.

—Jefe. Tenemos un problema.

Mateo se levantó inmediatamente.

—¿Qué tipo de problema?

—Hombres de Morrison. Afuera del edificio. Veinte, tal vez treinta. Armados. Dicen que están asegurando el perímetro para su seguridad.

—Mierda. —Thompson se levantó—. Eso es intimidación. Ilegal.

—¿Puedes detenerlos?

—Puedo intentar. —Thompson se dirigió hacia la puerta—. Pero si las cosas se ponen feas, estén listos para moverse rápido.

Salió.

Mateo se volvió hacia Isabela.

—Quiero que te quedes cerca de mí. En todo momento. ¿Entendido?

—Mateo, estamos en una corte. Morrison no puede...

—Morrison puede hacer lo que quiera. —Su voz era tensa—. Ha comprado media ciudad. No subestimes lo lejos que llegará.

Un escalofrío recorrió su columna.

—¿Crees que intentará algo aquí?

—Creo que es un hombre desesperado. Y los hombres desesperados son impredecibles.



Cuando regresaron a la sala, la atmósfera había cambiado.

Más gente llenaba las bancas de espectadores. Hombres de aspecto duro con ojos fríos. Claramente empleados de Morrison.

Mateo los contó rápidamente.

—Quince aquí dentro. Más afuera.

—Nos tienen superados en número —murmuró Joaquín.

—Entonces seremos más inteligentes, no más fuertes. —Mateo tocó el arma oculta bajo su chaqueta—. Mantén los ojos abiertos.

El juez Blackwood entró, su expresión más severa que antes.

—Orden. —Se sentó—. Antes de continuar, necesito abordar el altercado anterior.

Isabela se puso rígida.

—Sra. Reyes. Su conducta fue inapropiada. Sin embargo. —Miró a Morrison—. El Alguacil Thompson confirmó que el Sr. Morrison la tocó primero. Por lo tanto, no presentaré cargos.

Morrison se inclinó hacia adelante.

—Su Señoría, con todo respeto, mi ex esposa claramente tiene problemas de control de impulsos...

—Suficiente. —El juez levantó una mano—. Continuaremos. Sr. Chen, llame a su próximo testigo.

Chen se levantó.

—La defensa llama al Dr. Samuel Garrett.

Murmullo en la sala.

Isabela se giró bruscamente hacia Chen.

—¿Qué? —susurró—. ¿El Dr. Garrett?

Chen asintió ligeramente.

El doctor que había ayudado a encerrarla. El que había venido al campamento, culpable.

Entró a la sala, visiblemente nervioso. Mayor de lo que Isabela recordaba. Encorvado.

Culpable.

Juró y se sentó.

Chen se acercó.

—Dr. Garrett, ¿puede decirnos su relación con la Sra. Reyes?

—Yo... —Se aclaró la garganta—. Fui uno de los médicos que firmaron los papeles de internación. En 1879.

—¿Y qué fue lo que observó que lo llevó a esa decisión?

Garrett no miró a Isabela.

—Nada. No observé nada.

Silencio absoluto.

—¿Perdón? —preguntó Chen.

—Nunca examiné a la Sra. Reyes. Ni siquiera la conocí antes de firmar los papeles. —Su voz se quebró—. El Sr. Morrison me

pagó. Quinientos dólares. Para firmar documentos declarándola demente sin evaluación.

La sala explotó.

Morrison se levantó de golpe.

—¡Eso es mentira!

—¡Orden! —El mazo del juez golpeó—. Sr. Morrison, siéntese.

—¡Ese hombre está mintiendo! Claramente ha sido pagado por Reyes para...

—Siéntese o será removido.

Morrison se sentó, pero su furia era palpable.

Chen continuó.

—Dr. Garrett, ¿por qué está revelando esto ahora?

—Porque no puedo vivir con ello más. —Finalmente miró a Isabela—. Sra. Reyes, lo siento. Lo siento muchísimo. Lo que hice fue imperdonable.

Lágrimas brillaron en sus ojos.

—Firmé esos papeles sin mirar atrás. Tomé el dinero de Morrison y arruiné su vida. Y he vivido con esa culpa cada día desde entonces.

—¿Y está dispuesto a testificar que el Sr. Morrison lo sobornó?

—Sí. Tengo registros. Depósitos bancarios. Correspondencia. Todo. —Garrett sacó un sobre—. Todo está aquí.

Chen tomó el sobre, entregándolo al juez.

—Su Señoría, evidencia de soborno y fraude.

El juez Blackwood revisó los documentos, su expresión oscureciéndose con cada página.

—Sr. Morrison. —Su voz era helada—. ¿Tiene algo que decir sobre esto?

Morrison se levantó con calma.

—Dr. Garrett claramente está experimentando demencia senil. O ha sido coaccionado. Sus acusaciones son...

—¿Documentadas? —El juez sostuvo en alto un papel—. Este es un cheque firmado por usted. Hecho a nombre del Dr. Garrett. Por quinientos dólares. Fechado tres días antes de que la Sra. Reyes fuera internada.

—Un pago por servicios médicos legítimos...

—¿Servicios que él admite nunca haber proporcionado? —El juez se inclinó hacia adelante—. Sr. Morrison, esto es muy serio.

—No más serio que el hecho de que mi esposa está claramente siendo manipulada por un criminal conocido. —Morrison señaló a Mateo—. Ese hombre es un asesino buscado.

—Falsamente acusado. —Thompson se levantó—. Por usted, Sr. Morrison. Tengo evidencia de eso también.

—¿Qué evidencia?

—Testimonios de tres testigos que admiten que usted les pagó para mentir sobre el Sr. Reyes. —Thompson se acercó—. Todos dispuestos a testificar que usted orquestó el asesinato de Diego Reyes e incriminó a su hermano.

El color drenó del rostro de Morrison.

Por primera vez, se veía menos que confiado.

—Eso es... ridículo. Nunca haría...

—También tengo registros bancarios mostrando pagos a conocidos criminales. Justo antes de que Diego Reyes fuera asesinado. —Thompson colocó más documentos—. Y correspondencia entre usted y el anterior sheriff, discutiendo cómo manejar el 'problema Reyes'.

Mateo se levantó lentamente, sus ojos clavados en Morrison.

—Mataste a mi hermano.

—¡Mentira!

—Tenías diecisiete años. No había hecho nada excepto tener un hermano que te investigaba. —La voz de Mateo era mortal y calmada—. Así que lo mataste. Y me culpaste.

—¡No tengo que escuchar esto!

Morrison se dio vuelta para irse.

—Alguacil, detenga a ese hombre —ordenó el juez.

Dos alguaciles se movieron para bloquear las puertas.

Morrison se giró, su compostura finalmente rompiéndose.

—¿Ustedes creen a estos mentirosos sobre mí? —Su voz se elevó—. ¿Un forajido y una lunática?

—No soy lunática —dijo Isabela en voz baja.

—¡Lo eres! ¡Siempre lo has sido! —Morrison señaló hacia ella—. Débil. Patética. Sollozando por tu papi muerto. Cuestionando

cada decisión que tomaba.

Su máscara había caído completamente.

—Tuve que encerrarte. ¡Eras inútil para mí de otra manera! Al menos encerrada, podía tomar lo que era mío.

—No era tuyo. Era mío. —Isabela se levantó—. Las tierras Navarro son mi herencia.

—¡Tu herencia! —Se rió, amargo—. Tu padre era un viejo tonto. Trabajando esa tierra como campesino cuando podía haber vendido por una fortuna.

—Amaba esa tierra.

—¡La tierra no te ama de vuelta! —Morrison avanzó hacia ella—. Pero yo la hice valer algo. La convertí en dinero real. Poder real.

—La robaste.

—La tomé. Como tomo todo lo que quiero. —Sus ojos brillaron—. Incluida tú.

Mateo se movió para bloquear su camino.

—No la tocarás otra vez.

—¿O qué? ¿Me dispararás? —Morrison miró alrededor—. Estamos en una corte. Rodeado de testigos. No puedes hacer nada.

—No tengo que hacerlo. —Mateo sonrió fríamente—. Tú solo te destruiste.

Morrison parpadeó, dándose cuenta de lo que había hecho.

Había confesado.

Frente al juez. Frente a testigos. Frente a todos.

—Yo... no quise decir...

—Demasiado tarde. —El juez Blackwood golpeó su martillo—. Sr. Morrison, está bajo arresto por fraude, soborno, encarcelamiento falso y sospecha de asesinato.

—¡No! ¡No pueden...!

—Alguaciles, sáquenlo de mi corte.

Pero cuando los alguaciles se acercaron, Morrison retrocedió.

—¡Ahora! —gritó.

Las puertas traseras explotaron abiertas.

Los hombres de Morrison inundaron la sala, armas en alto.

—¡Todos al suelo! —gritó uno.

El caos estalló.

Mateo empujó a Isabela detrás de él, sacando su arma.

—¡Joaquín!

—¡Aquí! —Joaquín y los hombres formaron un círculo protector.

Disparos resonaron.

Isabela se agachó, sus oídos zumbando.

—¡Mateo!

—¡Quédate abajo! —Disparó, derribando a uno de los hombres de Morrison.

Thompson y los alguaciles devolvieron el fuego.

Pero los hombres de Morrison los superaban en número.

Morrison usó el caos para moverse hacia la salida lateral.

—¡Se está escapando! —gritó Isabela.

Mateo vio, su expresión endureciéndose.

—Joaquín, protégela.

—¡Mateo, no!

Pero ya había ido, persiguiendo a Morrison a través de la puerta lateral.

Isabela intentó seguir, pero Joaquín la agarró.

—No. Él me dijo que te mantuviera a salvo.

—¡Pero Morrison...!

—Mateo puede manejarlo. —Joaquín la empujó hacia la puerta principal—. Necesitamos sacarte de aquí.

Más disparos. Gritos.

Joaquín la guió a través del caos, usando los cuerpos de sus hombres como escudo.

Llegaron al pasillo.

Vacío.

Demasiado vacío.

—Algo está mal —murmuró Joaquín.

Entonces lo vio.

Tres hombres bloqueando el final del pasillo. Armados. Esperando.

—Atrás. —Joaquín la empujó detrás de él.

Pero cuando se volvieron, más hombres aparecieron detrás.

Atrapados.

—Mierda. —Joaquín levantó su arma—. Sra. Reyes, cuando diga corre, corres. ¿Entendido?

—No voy a dejarte...

—¡No es discutible! —La miró—. Mateo me mataría si te pasara algo. Ahora corre cuando te lo diga.

Los hombres avanzaban desde ambos lados.

Joaquín apuntó.

—Tres. Dos...

Una puerta se abrió a su derecha.

—¡Aquí!

Thompson.

—¡Muévanse!

Joaquín empujó a Isabela a través de la puerta. Thompson la cerró detrás de ellos, trabándola.

—Escalera de servicio. Bajamos. Ahora.

Corrieron, sus pasos resonando en el hueco de la escalera.

Detrás de ellos, los hombres golpeaban la puerta.

—¿Cuánto tiempo aguantará? —jadeó Isabela.

—No mucho. —Thompson saltó los últimos escalones—. Salida trasera. Mi carruaje está esperando.

Salieron a un callejón.

El carruaje de Thompson estaba ahí, motor funcionando.

—¡Adentro!

Isabela trepó, Joaquín detrás.

Thompson gritó al conductor, quien azotó los caballos.

El carruaje se lanzó hacia adelante justo cuando los hombres de Morrison salían del edificio.

Disparos persiguieron al carruaje.

Una bala atravesó la ventana trasera, faltando a Isabela por pulgadas.

Joaquín la empujó hacia abajo.

—¡Mantén la cabeza abajo!

El carruaje giró bruscamente en una esquina. Luego otra.

Finalmente, el sonido de la persecución se desvaneció.

Isabela se atrevió a levantar la cabeza.

—¿Mateo?

—No lo sé. —Joaquín miró por la ventana—. Estaba persiguiendo a Morrison.

—Tenemos que volver. Ayudarlo.

—No. —Thompson se inclinó hacia adelante—. Vamos a un lugar seguro. Luego averiguamos qué pasó.

—¡Pero...!

—Sra. Reyes. —Thompson la miró directamente—. Su esposo me hizo prometer que la protegería. Incluso de sí misma. Ahora, vamos a un lugar seguro. Y luego encontraremos a Mateo.

Isabela quería discutir. Quería saltar del carruaje y correr de regreso.

Pero sabía que tenía razón.

Muerta, no podía ayudar a nadie.

—¿Dónde vamos?

—Casa de huéspedes. Diferente a la de anoche. Más segura.

—Thompson tocó la puerta del carruaje—. Morrison mostró su mano. Confesó. El juez emitirá una orden de arresto.

—Si sobrevive.

—Sobrevivirá. Cucarachas como Morrison siempre sobreviven.

—Thompson sonrió levemente—. Pero esta vez, no tendrá dónde esconderse. Todos lo escucharon. Todos saben la verdad.

Isabela quería creerlo.

Pero mientras el carruaje se adentraba en la noche, solo podía pensar en Mateo.

Persiguiendo a Morrison.

Solo.

Por favor, por favor, que esté bien.

Cerró sus ojos, enviando una plegaria a cualquier dios que pudiera estar escuchando.

No podía perderlo.

No ahora.

No cuando finalmente habían encontrado el uno al otro.

No cuando finalmente habían ganado.

Por favor.

CAPÍTULO 13

AJUSTE DE CUENTAS

La casa de huéspedes era una estructura destartalada en el distrito de los muelles.

Isabela apenas notó los alrededores mientras Thompson la guiaba adentro. Solo podía pensar en Mateo.

¿Dónde estás? ¿Estás herido? ¿Vivo?

—Aquí. —Thompson abrió una puerta a una habitación pequeña—. Segundo piso. Ventana da al callejón. Ruta de escape si es necesario.

Isabela entró como autómata.

Joaquín la siguió, cerrando la puerta.

—Sra. Reyes. Siéntese.

—No puedo sentarme. —Se movió hacia la ventana—. Mateo está ahí afuera. Con Morrison. Solo.

—Mateo puede cuidarse.

—¿Contra treinta hombres?

—Contra cien hombres si es necesario. —Joaquín tocó su hombro—. Es el Fantasma. Sobrevivirá.

—No lo sabes.

—Sí lo sé. —Su voz era firme—. He cabalgado con ese hombre por siete años. Lo he visto escapar de situaciones imposibles. Confía en él.

Isabela quería confiar. Quería creer.

Pero el miedo era una bestia viva en su pecho, devorándola desde adentro.

—¿Cuánto tiempo esperamos?

—Hasta que sepamos que es seguro moverse. —Thompson revisó su arma—. O hasta que Mateo regrese.

—¿Y si no regresa?

Nadie respondió.



Una hora pasó.

Luego dos.

Isabela llevaba caminando un agujero en el piso. Sus manos temblaban. Su mente corría con cada escenario horrible.

Mateo muerto en un callejón. Mateo capturado. Mateo torturado.

—Deja de pensar así —dijo Joaquín—. No ayuda.

—No puedo evitarlo.

—Entonces piensa en otra cosa. —Se recostó contra la pared—. Piensa en qué harás cuando todo esto termine.

—¿Cuándo termine?

—Cuando Morrison esté en prisión. Cuando tus tierras sean tuyas otra vez. Cuando seas libre. —Joaquín la miró—. ¿Qué harás?

Isabela se detuvo.

No había pensado más allá de la destrucción de Morrison. Más allá de la venganza.

¿Qué haría?

—No lo sé —admitió—. Supongo... volver a las tierras Navarro. Reconstruirlas. Hacerlas prosperar como mi padre quería.

—¿Y Mateo?

Su corazón se apretó.

—Si sobrevive. Si me perdona por arrastrarlo a esto. Si todavía me quiere después de todo...

—Te querrá. —Joaquín sonrió—. Ese hombre está loco por ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo conozco. Y nunca lo había visto mirar a alguien como te mira a ti. —Hizo una pausa—. Como si fueras su redención.

Lágrimas picaron los ojos de Isabela.

—Él es la mía.

Un golpe en la puerta los hizo saltar.

Joaquín levantó su arma inmediatamente.

—¿Quién es?

—Soy yo.

La voz de Mateo.

Isabela corrió hacia la puerta, pero Joaquín la detuvo.

—Espera. —Habló a través de la puerta—. Pruébalo. Dime algo que solo tú sabrías.

Silencio. Luego:

—La primera noche que Isabela y yo hicimos el amor, le dije que cuando finalmente la hiciera mía, la haría suplicar. —Una pausa—. Y lo hizo. Tres veces.

El calor subió por el rostro de Isabela.

—Definitivamente es él —murmuró.

Joaquín destrancó la puerta.

Mateo entró, cerrando rápidamente detrás de él.

Isabela se lanzó a sus brazos.

—Gracias a Dios. Pensé... pensé que estabas...

—Estoy bien. —La sostuvo firmemente—. Estoy bien.

Pero cuando retrocedió, vio la sangre.

—¡Estás herido!

—No es mía. —Mateo miró su camisa manchada—. Bueno, no toda.

—¿Qué pasó?

—Perseguí a Morrison. A través del edificio, hacia un almacén en los muelles. —Se movió hacia la palangana, lavándose las manos—. Tenía diez hombres esperando. Una trampa.

—¿Y?

—Y los manejé. —Mateo se quitó la camisa manchada de sangre, revelando nuevos moretones y un corte poco profundo en su costado—. Pero Morrison escapó en el caos.

—Maldición.

—No por mucho tiempo. —Thompson se acercó—. Tengo hombres buscándolo. Cada puerto, cada estación de tren, cada ruta fuera de la ciudad. No puede esconderse por siempre.

—No necesita por siempre. —Mateo aceptó una camisa limpia que Joaquín le ofreció—. Solo necesita suficiente tiempo para huir del país.

—¿Entonces lo dejamos ir? —Isabela sintió furia elevándose—. ¿Después de todo?

—No. —Los ojos de Mateo se encontraron con los de ella—. Pero necesitamos ser inteligentes. Morrison está desesperado ahora. Los hombres desesperados cometen errores.

—¿O se vuelven más peligrosos?

—También eso.

Un golpe diferente en la puerta. Más urgente.

Thompson la abrió, revelando a uno de sus hombres.

—Señor. Noticias. Morrison fue visto en el distrito financiero. Banco Nacional de California.

—¿El banco? —Mateo frunció el ceño—. ¿Por qué iría ahí?

—Para vaciar sus cuentas —dijo Chen, entrando detrás del mensajero—. Dinero en efectivo. Suficiente para huir y empezar de nuevo.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Diez minutos. Todavía podría estar ahí.

Mateo ya estaba en movimiento.

—Joaquín, reúne a los hombres. Thompson, necesito acceso oficial. Chen, trae esos documentos de la corte. Órdenes de arresto, embargos, todo.

—¿Y yo? —preguntó Isabela.

Mateo se volvió hacia ella.

—Tú te quedas aquí. Segura.

—No. —Dio un paso adelante—. Voy contigo.

—Isabela...

—Es mi batalla también. Mi venganza. Mi cierre. —Levantó la barbilla—. No me lo quitarás ahora.

—Es peligroso.

—Todo ha sido peligroso. Y he sobrevivido. —Tocó su rostro—. Déjame terminar esto. Déjame mirarlo a los ojos cuando finalmente caiga.

Mateo la estudió. Luego, lentamente, asintió.

—Bien. Pero te quedas detrás de mí. Y si te digo que corras, corres. ¿Entendido?

—Entendido.

—Entonces vamos. —Mateo revisó su arma—. Terminemos esto.



El Banco Nacional de California era una estructura imponente de mármol y vidrio.

Incluso a esta hora tardía, las lámparas brillaban adentro.

Mateo y su grupo se detuvieron a una cuadra de distancia.

—Tiene que estar adentro todavía —dijo Thompson—. Mis hombres habrían reportado si hubiera salido.

—¿Cuántos hombres tiene con él?

—Dos. Tal vez tres. El resto probablemente esparcidos por la ciudad o muertos.

—Bien. —Mateo miró al edificio—. Thompson, tú y tus alguaciles toman la entrada principal. Joaquín, tú y dos hombres toman la salida trasera. Chen, espera afuera con los documentos. Si lo sacamos vivo, lo arrestas inmediatamente.

—¿Y tú? —preguntó Joaquín.

—Yo entro por el lado. Ventana del sótano. —Mateo miró a Isabela—. Tú vienes conmigo. Pero te quedas en el sótano hasta que lo asegure.

—Mateo...

—No es negociable. —Su voz era firme—. Esto podría ponerse feo. No te arriesgaré.

Isabela quería discutir. Pero vio el miedo en sus ojos. El miedo de perderla.

—Bien. Me quedo en el sótano hasta que sea seguro.

—Gracias. —La besó rápidamente—. Todos saben qué hacer. En mis señales.

Se dispersaron.

Mateo guió a Isabela por el callejón lateral del banco, a una ventana pequeña casi al nivel del suelo.

—Aquí. —Se arrodilló, forzándola abierta—. Tú primero.

Isabela se deslizó a través de la abertura estrecha, cayendo en un sótano oscuro.

Mateo la siguió momentos después.

—Quédate aquí. —Le entregó un revólver pequeño—. Si alguien que no sea yo viene por esas escaleras, dispara primero, pregunta después.

—Ten cuidado.

—Siempre. —La besó una vez más—. Te amo.

—Te amo.

Luego desapareció escaleras arriba.

Isabela se quedó en la oscuridad, el arma pesada en sus manos.

Escuchó.

Pasos sobre ella. Voces amortiguadas.

Luego—un grito.

—¡Manos arriba! ¡Autoridad federal!

Thompson.

Más gritos. Vidrio rompiéndose.

Un disparo.

Isabela se movió instintivamente hacia las escaleras.

No. Mateo dijo que esperara.

Otro disparo.

Al diablo.

Subió las escaleras, emergiendo en un pasillo. Siguió el sonido de voces hacia el lobby principal.

La escena que encontró la congeló.

Thompson y sus alguaciles tenían a dos de los hombres de Morrison en el suelo, esposados.

Mateo estaba parado en el centro del lobby, su arma apuntando hacia...

Morrison.

Quien sostenía una bolsa de dinero en una mano. Un arma en la otra.

Apuntando directamente a Mateo.

—Tírala —dijo Morrison—. O te disparo.

—Hazlo. —Mateo no se inmutó—. Pero mueres medio segundo después.

—Pequeño precio a pagar por llevarte conmigo.

—¿De verdad? —Mateo sonrió fríamente—. Porque pensé que querías vivir. Huir. Empezar de nuevo.

—Prefiero morir que pudrirme en prisión. —Los ojos de Morrison brillaron con locura—. Y si voy a morir, te llevaré conmigo, Reyes.

—¿Por qué? Ganaste. Diego está muerto. Yo pasé siete años huyendo. ¿No es suficiente?

—Nunca es suficiente. —El dedo de Morrison se tensó en el gatillo—. Porque hombres como tú no se detienen. Siguen viniendo. Siguen arruinando...

—Como tú arruinaste a mi hermano. A Isabela. A todos los que se interpusieron en tu camino.

—¡Lo merecían! ¡Todos merecían lo que obtuvieron!

Isabela salió de las sombras.

—¿Yo lo merecía?

Morrison se giró, su arma balanceándose hacia ella.

—¡Isabela, abajo! —gritó Mateo.

Pero ella no se movió.

—¿Merecía seis años de tortura, Richard? ¿Merecía ser quebrada y encerrada? ¿Merecía perder todo?

—Merecías mucho más. —Morrison escupió las palabras—. Merecías morir como tu padre. Débil. Patético. Aferrado a tierra sin valor.

—Esa tierra valía más de lo que tú vales. —Isabela dio un paso más cerca—. Porque fue construida con amor. Con honor. Algo que nunca entenderías.

—¡El honor no construye imperios!

—No. —Otra paso—. El honor construye legados. Algo que durará más que tu dinero robado.

Morrison se rió, histérico.

—¿Legado? ¿De qué te sirve un legado cuando estás muerta?

Levantó su arma, apuntando directamente a su corazón.

El tiempo se ralentizó.

Isabela vio su dedo apretarse.

Vio a Mateo moverse, demasiado lejos para llegar a tiempo.

Vio todo lo que había sobrevivido, todo lo que había ganado,
a punto de serle arrebatado.

Entonces recordó.

El arma en su mano.

La que Mateo le había dado.

Levantó.

Apuntó.

Disparó.

El retroceso casi arrancó el arma de su agarre.

Pero el disparo fue certero.

Morrison se tambaleó hacia atrás, su arma cayendo de dedos
repentinamente débiles.

Sangre florecía en su hombro.

—Tú... —Miró fijamente a Isabela—. Me disparaste.

—Sí. —Su voz era firme—. Te lo advertí. Ya no soy la mujer
que conociste.

Morrison cayó de rodillas.

—Esto no... no puede terminar así. No puedes ganar.

—Pero lo hice. —Isabela bajó su arma—. Y tú perdiste.

Thompson y sus alguaciles se movieron rápidamente,
asegurando a Morrison.

Mateo estaba a su lado en segundos.

—¿Estás bien?

—Sí. —Isabela miró su arma, temblando ahora que la
adrenalina se disipaba—. Le disparé.

—Lo hiciste. —Mateo tomó el arma de sus manos—. Me
salvaste. A ti. A todos nosotros.

—Apunté al centro de masa como me enseñaste.

—Buen disparo. —Orgullo brilló en sus ojos—. Mi guerrera.

Thompson arrastró a Morrison hacia arriba.

—Richard Morrison, estás bajo arresto por fraude, soborno,
encarcelamiento falso, asesinato, intento de asesinato y fuga. —Miró
la herida sangrante—. Y necesitarás un doctor.

—Que se pudra —escupió Morrison.

Pero su fuego había desaparecido. Era un hombre derrotado.

Lo arrastraron afuera, todavía maldiciendo, todavía amenazando.

Pero vacío.

Roto.

Exactamente como había hecho a tantos otros.

Isabela lo observó irse, sintiendo... nada.

No triunfo. No alivio.

Solo... vacío.

—¿Isabela?

Se volvió hacia Mateo.

—Se terminó.

—Sí.

—Después de todo esto. Toda la planificación. Todo el miedo.

—Se rió sin humor—. Terminó con un disparo.

—Así es como terminan la mayoría de las guerras. —Mateo la atrajo hacia sus brazos—. Rápido. Brutal. Y dejándote preguntándote si valió la pena.

—¿Valió la pena?

—Eso solo tú puedes responder.

Isabela pensó en seis años de sufrimiento. En Katherine muerta. En Violeta traumatizada. En todas las vidas que Morrison había arruinado.

—Sí. —Apoyó su cabeza contra su pecho—. Valió la pena. Porque ahora no puede lastimar a nadie más.

—No. No puede.

Se quedaron así mientras los alguaciles limpiaban la escena. Mientras Chen preparaba documentos. Mientras Joaquín aseguraba el perímetro.

Finalmente, Thompson se acercó.

—Sra. Reyes. Necesitará venir a la estación federal. Dar testimonio formal sobre el tiroteo.

—¿Estoy en problemas?

—¿Por defender su vida de un criminal armado? No. —Thompson sonrió—. Pero necesitamos hacerlo oficial.

Isabela asintió.

—¿Y después?

—Después, el juez Blackwood formalizará su declaración de cordura. Anulará la venta de propiedad. Y restaurará todas las tierras Navarro a su legítima dueña.

Las palabras se asentaron sobre ella lentamente.

Libre. Finalmente, completamente libre.

—¿Cuánto tiempo tomará?

—Días. Tal vez una semana. —Thompson hizo una pausa—. Pero Sra. Reyes, hay una cosa más.

—¿Qué?

—Su matrimonio con Morrison. Técnicamente, todavía existe en los libros. Necesitaremos anularlo oficialmente.

—¿Y mi matrimonio con Mateo?

—Complicado. Legalmente, podría argumentarse que fue mientras todavía estaba casada con Morrison. —Thompson la miró—. Podría necesitar volver a casarse. Oficialmente. Una vez que todo esté resuelto.

Isabela miró a Mateo.

—¿Qué opinas?

Mateo sonrió.

—Pienso que ya tuve una boda en el desierto rodeado de forajidos. Tal vez es tiempo para una apropiada.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? ¿Otra vez?

—No. —Se arrodilló justo ahí, en el lobby del banco—. Te estoy pidiendo que te cases conmigo. No por venganza. No por conveniencia. Solo porque te amo y quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Las lágrimas fluyeron por el rostro de Isabela.

—Sí. Sí, me casaré contigo.

Mateo se levantó, levantándola y girándola.

Joaquín vitoreó. Thompson aplaudió. Incluso Chen sonrió.

Y por primera vez desde que podía recordar, Isabela sintió esperanza pura.

No solo por justicia.

No solo por venganza.

Sino por el futuro.

Un futuro con el hombre que amaba.

Un futuro que ella había elegido.

Un futuro que finalmente, finalmente era suyo.

CAPÍTULO 14

JUSTICIA

Una semana después, Isabela estaba parada frente al juez Blackwood por última vez.

Pero esta vez, todo era diferente.

Morrison estaba en prisión, esperando juicio. Sus abogados habían abandonado el caso. Sus conexiones se habían evaporado como humo.

Nadie quería asociarse con un hombre caído.

—Sra. Reyes. —El juez Blackwood la miró por encima de sus lentes—. He revisado toda la evidencia presentada. Las certificaciones médicas. Las declaraciones juradas. Los registros financieros.

Isabela contuvo la respiración.

—Es la determinación de esta corte que usted nunca debió ser internada en el Manicomio Creedmore. Que fue falsamente declarada demente. Y que Richard Morrison cometió fraude al tomar control de sus propiedades.

Golpeó su martillo.

—Por lo tanto, declaro anulado su matrimonio con Richard Morrison. Todas las ventas de propiedad Navarro son inválidas. Y todas las tierras, propiedades y recursos son restaurados a usted, Isabela Valentina Navarro Reyes, como su legítima dueña.

Las palabras se asentaron sobre ella como bendición.

Libre. Finalmente libre.

—Gracias, Su Señoría. —Su voz se quebró—. Gracias.

—No me agradezca. La justicia no es favor. Es derecho. —Blackwood se recostó—. Ahora, sobre su matrimonio actual con el Sr. Reyes.

Mateo, sentado a su lado, se tensó.

—Dado que ocurrió mientras técnicamente todavía estaba casada con Morrison, existe ambigüedad legal. —El juez hizo una pausa—. Sin embargo, dadas las circunstancias extraordinarias, y el hecho de que Morrison usó fraude para mantenerla encerrada, esta corte reconoce su matrimonio con Mateo Reyes como válido.

Isabela soltó el aliento.

—¿Así que estamos legalmente casados?

—Sí. Sin embargo. —Blackwood la miró directamente—. Le recomendaría renovar sus votos. Públicamente. Para eliminar cualquier duda.

—Lo haremos, Su Señoría.

—Bien. Ahora, una cosa más. —Blackwood abrió otro archivo—. Sr. Reyes, las acusaciones contra usted por el asesinato de Diego Reyes han sido formalmente retiradas. Los testigos han confesado perjurio. La evidencia lo exonera completamente.

La mandíbula de Mateo se apretó.

—¿Y Morrison? ¿Enfrentará cargos por el asesinato de mi hermano?

—Sí. Junto con múltiples otros cargos. —Blackwood cerró el archivo—. Pasará el resto de su vida en prisión. De eso puede estar seguro.

—Gracias.

—Tampoco me agradezca. —El juez se levantó—. Ambos sobrevivieron a algo terrible. Ahora vayan. Vivan. Sean felices. Es la mejor venganza de todas.



Afuera de la corte, Isabela se paró bajo el sol de California, sintiendo su calor en su rostro.

Libre.

Completamente, legalmente, irrevocablemente libre.

—¿Cómo se siente? —preguntó Mateo.

—Como... —Buscó las palabras—. Como si finalmente pudiera respirar.

La atrajo hacia sus brazos.

—Entonces respira. Profundo. Porque esto es solo el comienzo.

Isabela se enterró en su abrazo.

—¿El comienzo de qué?

—De todo. —Besó su cabello—. Nuestra vida. Nuestro futuro. Todo lo que construiremos juntos.

Chen se acercó con un sobre grueso.

—Sra. Reyes. Los títulos de propiedad. Todos a su nombre ahora.

Isabela abrió el sobre con manos temblorosas.

Ahí estaba. Escrituras de las tierras Navarro. Cincuenta mil acres. Ranchos, viñedos, campos.

Todo lo que su padre había construido.

Todo lo que Morrison había robado.

Finalmente suyo otra vez.

—Hay más. —Chen sacó más documentos—. Morrison había hipotecado algunas parcelas. Vendido otras. Tengo abogados trabajando para recuperarlas. Tomará tiempo, pero podemos restaurar casi todo.

—¿Cuánto tiempo?

—Meses. Tal vez un año. —Chen sonrió—. Pero usted es paciente, ¿verdad?

Isabela se rió.

—He esperado seis años. Puedo esperar un poco más.

—Bien. Porque también hay esto. —Chen le entregó otro documento—. Registros financieros de Morrison. Cuentas, inversiones, propiedades. Todo congelado ahora. Parte será embargado por sus crímenes. Pero usted tiene derecho legal a reclamar restitución.

—¿Cuánto?

—Cientos de miles. Posiblemente millones una vez que todo se liquide.

Isabela se mareó.

—Yo... no necesito tanto.

—No es sobre necesidad. Es sobre justicia. —Chen inclinó la cabeza—. Ese dinero es suyo. Úselo sabiamente.

Se fue, dejándolos solos.

Mateo miró los documentos en sus manos.

—Eres rica.

—Somos ricos. —Lo corrigió—. Cincuenta-cincuenta. Como acordamos.

—Isabela...

—No. —Presionó el dedo contra sus labios—. Un trato es un trato. Sin ti, habría muerto en el desierto. Sin ti, Morrison todavía me tendría encerrada. Esto es tanto tuyo como mío.

—Entonces úsalo para reconstruir las tierras de tu padre. Contratar trabajadores. Plantar cultivos. —Mateo sonrió—. Hacer que prosperen otra vez.

—¿Y tú? ¿Qué harás?

—Ayudarte. —Simple. Directo—. Si me dejas.

—Siempre.

Joaquín se acercó, luciendo incómodo.

—Jefe. Tenemos que hablar.

—¿Qué pasa?

—Los hombres. Están... preguntando qué sigue. —Joaquín miró entre ellos—. Ahora que Morrison ha caído. Ahora que estás limpio. Ya no necesitan esconderse en el desierto.

Mateo asintió lentamente.

—¿Qué quieren?

—Algunos quieren quedarse contigo. Donde sea que vayas. —Joaquín hizo una pausa—. Otros quieren volver a sus vidas. Sus familias. Ahora que es seguro.

—Entonces déjalos ir. Con mi bendición. Y dinero suficiente para empezar de nuevo. —Mateo miró a Isabela—. Ya no soy un forajido. Ya no necesito una banda.

—¿Qué necesitas?

—Una familia. Un hogar. Una vida. —Tocó el rostro de Isabela—. Con ella.

Joaquín sonrió.

—Entonces te deseo lo mejor, hermano. —Extendió su mano.

Mateo la estrechó, luego lo atrajo hacia un abrazo.

—Gracias. Por todo. Por estos siete años. Por mantenerme cuerdo. Por mantenerla a salvo.

—Fue mi honor. —Joaquín se apartó—. ¿Y yo? ¿Qué debería hacer?

—Lo que quieras. Eres libre también.

—Entonces creo... —Joaquín miró al cielo—. Creo que iré a México. Visitar a mi hermana. Ver a mis sobrinos. Vivir en paz un rato.

—Suená perfecto.

—Sí. —Joaquín les dio un último saludo—. Cuídense mutuamente.

Se alejó, silbando.

Isabela observó irse, sintiendo el fin de una era.

—Se está dispersando. Tu banda. Tu familia.

—Sí. —Mateo no sonaba triste—. Pero está bien. Era tiempo. Todos merecemos paz.

—¿Y nosotros? ¿Qué merecemos?

—Todo. —La besó suavemente—. Todo lo bueno que la vida tiene para ofrecer.



Esa noche, regresaron a la casa de huéspedes.

Pero ya no se sentía como refugio. Se sentía como parada temporal.

Porque ahora tenían un hogar real esperando.

Las tierras Navarro.

—¿Cuándo vamos? —preguntó Isabela—. ¿A las tierras?

—Cuando estés lista. —Mateo empacaba sus pocas pertenencias—. ¿Mañana? ¿La próxima semana?

—Mañana. —Isabela no dudó—. Quiero ver qué dejó Morrison. Qué necesita ser reparado. Qué puede salvarse.

—Entonces mañana. —La atrajo hacia sus brazos—. Pero esta noche... celebramos.

—¿Celebramos cómo?

Sus manos se deslizaron bajo su vestido.

—¿Qué crees?

Isabela se rió, el sonido ligero y libre.

—Creo que me gusta cómo piensas, esposo.

—Bien. Porque planeo hacerte el amor toda la noche. —Su boca encontró su cuello—. Celebrando nuestra libertad. Nuestra victoria. Nuestro futuro.

—Mateo...

—Shh. —La levantó, caminando hacia la cama—. Deja que te muestre exactamente cuánto te amo.

Y lo hizo.

Con manos. Con boca. Con su cuerpo moviéndose dentro del de ella, lento y profundo.

No fue desesperado como antes. No fue urgente.

Fue celebración. Alegría. Amor puro.

Y cuando llegaron juntos, gritando los nombres del otro, Isabela sintió algo cambiar.

Como si cada cicatriz, cada dolor, cada momento de sufrimiento finalmente valiera la pena.

Porque la había traído aquí.

A este hombre.

A este momento.

A esta vida que finalmente, finalmente era suya.



Dos días después, Isabela estaba parada en la entrada del Valle Navarro.

La tierra se extendía ante ella, dorada bajo el sol. Colinas suaves. Arroyos serpenteando. Viñedos que una vez habían prosperado.

Pero ahora... descuidado. Abandonado. Las cercas caídas. Los edificios deteriorándose.

Morrison la había dejado morir.

—Podemos arreglarlo. —Mateo estaba a su lado—. Tomará trabajo. Tiempo. Pero podemos devolverle la vida.

—Quiero que sea más que era antes. —Isabela caminó hacia adelante—. Quiero que sea refugio. Como tu campamento.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero contratar a la gente del campamento. Los que quieran venir. Darles trabajo, hogar, futuro. —Se volvió hacia él—. Y quiero que sea lugar seguro para otros. Mujeres escapando de abuso. Niños como Violeta. Cualquiera que necesite empezar de nuevo.

Mateo la miró con asombro.

—Eso es... hermoso.

—Es lo que mi padre hubiera querido. —Isabela tocó la tierra seca—. Construir algo que ayude. Que sane.

—Entonces lo haremos. Juntos. —Mateo se arrodilló junto a ella—. ¿Cómo lo llamaremos?

—Valle Esperanza. —Isabela sonrió—. Como el pueblo donde eras sheriff. Donde comenzó todo.

—Valle Esperanza. —Mateo probó el nombre—. Me gusta. Nuevo comienzo. Nueva esperanza.

—Para todos.

Se quedaron así, imaginando el futuro.

Campos plantados. Casas reconstruidas. Gente riendo, trabajando, viviendo.

Paz.

Finalmente, paz.

Un carruaje se acercó por el camino.

Thompson y Chen emergieron, junto con...

—¡Violeta!

Isabela corrió, levantando a la niña en sus brazos.

—¿Qué haces aquí?

—Rosa me trajo. —Violeta se aferró a ella—. Dijo que tenías sorpresa para mí.

—Sí. —Isabela parpadeó lágrimas—. Esta es tu casa ahora. Nuestra casa. Si quieres.

—¿De verdad?

—De verdad. —Miró a Mateo, quien asintió—. Serás nuestra hija. Oficialmente. Si eso es lo que quieres.

Violeta enterró su rostro en el hombro de Isabela, sollozando.

—Sí. Sí, quiero.

Rosa se acercó, secándose sus propios ojos.

—También tengo noticias. Buenas noticias. —Miró a Violeta—. Encontré un especialista. En San Francisco. Dice que puede operar. Restaurar parte de su visión.

Isabela jadeó.

—¿De verdad?

—No será perfecta. Pero podría ver formas. Luz. Tal vez más.

—Rosa tocó la cabeza de Violeta—. Si están dispuestos a intentarlo.

—Sí. —Isabela miró a Mateo, quien asintió con entusiasmo—. Sí, lo intentaremos.

—Bien. La cirugía está programada para dentro de dos meses. Da tiempo para que se prepare. —Rosa sonrió—. Y para que ustedes dos se casen apropiadamente.

—¿Casen?

—Por supuesto. —Thompson se adelantó—. No pueden tener una boda apropiada sin invitados. Sin celebración.

—Pensamos algo pequeño...

—¡Tonterías! —Chen abrió su maletín—. Ya tomé la libertad de reservar la Iglesia de San Francisco para dentro de tres semanas. E invitar a... bueno, a todos.

—¿Todos?

—El juez Blackwood. El gobernador. Los médicos que testificaron. Las enfermeras de Creedmore. —Chen sonrió—. Todos los que ayudaron a traer justicia.

Isabela miró a Mateo, abrumada.

—¿Qué opinas?

—Pienso... —Mateo la atrajo cerca—, que ya tuvimos una boda en secreto. Tal vez es tiempo de gritar nuestro amor al mundo.

—¿Así que una boda grande?

—La más grande. —Besó su frente—. Para que todos sepan que eres mía. Y yo soy tuyo.

Isabela se rió a través de lágrimas felices.

—Entonces una boda grande.

—¡Perfecto! —Rosa aplaudió—. Tengo que hacer planes. Vestido. Flores. Comida.

—Rosa, no tienes que...

—Tonterías. Eres como hija para mí. —Rosa tocó su mejilla—. Déjame hacer esto.

Isabela asintió, demasiado emocionada para hablar.

Mientras los otros hablaban de planes, Mateo la llevó aparte.

—¿Feliz?

—Más que feliz. —Isabela miró el valle, su valle, dorado bajo el sol del atardecer—. Me siento... completa.

—Bien. Porque esto es solo el comienzo. —Mateo señaló hacia el horizonte—. Reconstruiremos estas tierras. Criaremos a Violeta. Construiremos familia. Viviremos. De verdad viviremos.

—¿Y la venganza? ¿La oscuridad? ¿Todo eso?

—Se fue. —Simple. Firme—. Morrison está en prisión. Diego puede descansar. Y yo... puedo finalmente dejar ir.

—¿Así de fácil?

—No fue fácil. —Mateo la miró directamente—. Pero valió la pena. Porque te encontré. Y eso vale más que cualquier venganza.

Isabela tocó su rostro.

—Te amo.

—Te amo. —La besó, profundo y completo—. Mi cautiva. Mi salvadora. Mi esposa.

—Tu igual. —Lo corrigió—. Siempre tu igual.

—Sí. —Sonrió—. Mi igual. En todo.

El sol se ponía sobre el Valle Esperanza, pintando todo de oro y fuego.

Y parados ahí, rodeados de amigos que se habían convertido en familia, Isabela finalmente sintió lo que había buscado durante seis largos años.

No solo libertad.

No solo justicia.

Sino paz.

Verdadera paz.

Y amor.

Tanto amor que su corazón apenas podía contenerlo.
Esto era lo que su padre había querido para ella.
No riqueza. No estatus.
Sino felicidad. Amor. Vida vivida plenamente.
Y finalmente, finalmente lo tenía.
Todo.

CAPÍTULO 15

VOTOS VERDADEROS

Tres semanas pasaron como un sueño.

El Valle Esperanza comenzaba a cobrar vida. Trabajadores llegaban—algunos del antiguo campamento de Mateo, otros recomendados por Thompson, todos necesitando un nuevo comienzo.

Las cercas se reparaban. Los edificios se reconstruían. Los campos se preparaban para la siembra de primavera.

Pero hoy no era día de trabajo.

Hoy era día de boda.



Isabela estaba parada frente al espejo en una habitación privada de la Iglesia de San Francisco, apenas reconociéndose.

El vestido que Rosa había conseguido era obra de arte. Seda color marfil que fluía como agua. Encaje delicado en el corpiño. Mangas largas que ocultaban las cicatrices en sus muñecas pero de alguna manera las hacían sentir menos importantes.

Su cabello estaba recogido en un moño suelto, mechones rizados enmarcando su rostro. Flores blancas entretejidas.

Hermosa.

Se veía hermosa.

—Mira nada más. —Rosa entró, secándose los ojos—. Pareces princesa.

—Me siento como impostora. —Isabela tocó el vestido nerviosamente—. Esto es demasiado. Toda esta gente, toda esta...

—Es exactamente lo correcto. —Rosa ajustó su velo—. Después de todo lo que pasaste, mereces que el mundo entero celebre tu felicidad.

Un golpe suave en la puerta.

—¿Isabela? —La voz de Chen—. Alguien quiere verte.

—¿Quién?

La puerta se abrió.

Violeta entró, guiada por Chen. Vestía un vestido azul claro, su cabello trenzado con cintas.

—Isabela, ¿estás hermosa? —preguntó la niña—. Rosa dice que sí pero no puedo ver.

Isabela se arrodilló, tomando las manos de Violeta.

—Estoy bien. Pero tú, mi amor, estás radiante.

—¿De verdad?

—De verdad. —Isabela besó su frente—. Mi pequeña damita de honor.

—Rosa me enseñó qué hacer. Caminar despacio. Esparcir pétalos. —Violeta frunció el ceño—. ¿Pero cómo sabré dónde ir si no puedo ver?

—Yo te guiaré. —Chen se arrodilló también—. Si me lo permites.

Violeta consideró, luego asintió solemnemente.

—Está bien. Pero tienes que decirme si voy a chocar con algo.

—Lo prometo.

Isabela se levantó, su corazón lleno hasta el borde.

—¿Cuánta gente hay ahí afuera?

—Doscientas. —Chen sonrió ante su expresión de pánico—. Tal vez trescientas. San Francisco entero quería venir.

—¿Mateo está bien?

—Aterrado. Como tú. —Chen tocó su hombro—. Pero listo. Joaquín lo está manteniendo cuerdo.

—Pensé que Joaquín había ido a México.

—Regresó. Dijo que no se perdería esto por nada del mundo.

Lágrimas picaron los ojos de Isabela.

—Todos regresaron.

—Todos los que importan. —Rosa le entregó un ramo—. Ahora, respira. Es tiempo.



La música comenzó.

Violeta salió primero, esparciendo pétalos con Chen guiándola gentilmente. La niña radiaba concentración, contando sus pasos en voz baja.

Luego fue el turno de Isabela.

Las puertas se abrieron.

La iglesia se extendía ante ella. Llena de gente. Flores en todas partes. Velas encendidas.

Y al final del pasillo...

Mateo.

Vestido con traje negro, chaleco gris, corbata perfectamente anudada. Su cabello peinado hacia atrás. Afeitado limpiamente.

Lucía... respetable. Casi civilizado.

Pero sus ojos—esos ojos color ámbar que habían visto tanta oscuridad—brillaban con amor puro mientras la miraba.

Isabela comenzó a caminar.

Cada paso la acercaba a su futuro.

Pasó junto a Thompson, quien asintió con aprobación.

Junto al juez Blackwood, quien sonrió.

Junto a las dos enfermeras de Creedmore, llorando felices.

Junto a todos los trabajadores del Valle Esperanza, vestidos con sus mejores ropas.

Junto a Rosa, sollozando abiertamente.

Junto a Joaquín, guiñándole un ojo.

Y finalmente, llegó a Mateo.

Él extendió su mano.

Ella la tomó.

—Hola —susurró.

—Hola. —Su voz era áspera de emoción—. Estás...

—¿Aterrada?

—Perfecta. —La atrajo más cerca—. Absolutamente perfecta.

El sacerdote se aclaró la garganta.

—Amigos. Familiares. Estamos reunidos aquí hoy para presenciar la unión de Mateo Alejandro Reyes e Isabela Valentina

Navarro en santo matrimonio.

Isabela apenas escuchó las palabras tradicionales. Solo podía mirar a Mateo.

—Esta pareja ya se ha casado una vez —continuó el sacerdote—. En circunstancias... inusuales. Pero hoy, eligen renovar esos votos. Públicamente. Ante Dios y ante todos ustedes.

Se volvió hacia Mateo.

—Sr. Reyes, ¿ha preparado sus votos?

Mateo asintió. No soltó las manos de Isabela mientras hablaba.

—Isabela. Cuando te encontré en el desierto, pensé que eras mi oportunidad de venganza. Una herramienta para destruir a mi enemigo.

Murmullo en la audiencia.

—Pero estaba equivocado. —Su voz se fortaleció—. No eras herramienta. Eras salvación. Me salvaste tanto como yo te salvé. Tal vez más.

Sus pulgares trazaban círculos en sus manos.

—Me mostraste que podía ser más que mi dolor. Más que mi furia. Más que el fantasma que me había convertido. —Hizo una pausa—. Me mostraste que podía ser hombre otra vez. Esposo. Compañero. Igual.

Lágrimas corrían por el rostro de Isabela.

—Así que te prometo esto. Te prometo honrarte. No solo como esposa, sino como guerrera que eres. Como sobreviviente. Como la mujer más fuerte que he conocido. —Su voz se quebró ligeramente—. Te prometo amarte. No solo hoy, sino cada día que me quede. Te prometo construir contigo. Soñar contigo. Vivir contigo.

Se inclinó más cerca.

—Y prometo nunca, nunca dejarte ser cautiva de nada ni nadie otra vez. Ni siquiera de mí.

Isabela sollozó abiertamente ahora.

El sacerdote se volvió hacia ella.

—Sra. Reyes, ¿sus votos?

Isabela respiró profundo, encontrando su voz.

—Mateo. Cuando me encontraste, estaba rota. Convencida de que estaba loca. Convencida de que merecía todo lo que Morrison me había hecho.

Apretó sus manos.

—Pero tú... nunca me viste así. Desde el principio, me viste como completa. Como fuerte. Como digna. —Sonrió a través de lágrimas—. Incluso cuando yo no podía verme así.

Miró directamente a sus ojos.

—Me diste elección cuando nadie más lo hacía. Me diste poder cuando me habían enseñado que no tenía ninguno. Me diste amor cuando pensé que nunca lo tendría otra vez.

Su voz se fortaleció.

—Así que te prometo esto. Te prometo ser tu igual. En todo. No tu sombra, no tu seguidora, sino tu compañera. —Hizo una pausa—. Te prometo amarte. No porque me salvaste, sino porque elegí hacerlo. Libremente. Completamente.

Tocó su rostro.

—Te prometo construir contigo. Valle Esperanza. Una familia. Una vida llena de luz en lugar de oscuridad. —Su voz se suavizó—. Y prometo nunca olvidar que el hombre sin nombre me dio todo. Especialmente su nombre.

Mateo cerró sus ojos, lágrimas escapando por las comisuras.

—Los anillos. —El sacerdote extendió su mano.

Joaquín se adelantó con dos bandas nuevas. Oro simple. Grabadas con sus iniciales.

Mateo deslizó uno en el dedo de Isabela.

—Con este anillo, te desposo. Otra vez. Y siempre.

Isabela deslizó el otro en el dedo de Mateo.

—Con este anillo, te desposo. Esta vez para siempre.

—Entonces, por el poder que me ha sido conferido, y ante estos testigos, los declaro—nuevamente—marido y mujer. —El sacerdote sonrió—. Sr. Reyes, puede besar a su novia.

Mateo no necesitó que se lo dijeran dos veces.

Atrajo a Isabela hacia sus brazos y la besó.

No fue breve. No fue casto.

Fue profundo. Completo. Una promesa sellada con labios y aliento compartido.

La iglesia estalló en aplausos.

Cuando finalmente se separaron, ambos estaban sin aliento.

—Esposa —murmuró Mateo.

—Esposo. —Isabela sonrió—. Otra vez.

—Para siempre esta vez.

—Para siempre.

Caminaron por el pasillo juntos, mano en mano, mientras los invitados los vitoreaban.

Afuera de la iglesia, una multitud se había reunido. Gente de toda la ciudad, queriendo ver a la pareja que había derrotado a Richard Morrison.

Mateo levantó su mano.

—¡Les presento a mi esposa! ¡Isabela Reyes!

Los gritos casi ensordecían.

Isabela se rió, sintiéndose ligera. Libre.

Feliz.

Completamente, incuestionablemente feliz.



La recepción fue en el hotel más elegante de San Francisco.

Comida exquisita. Champagne fluyendo. Música de una orquesta completa.

Isabela bailó con Mateo. Con Joaquín. Con Thompson. Con Chen. Con todos los que habían ayudado.

Pero siempre regresaba a Mateo.

—¿Cansada? —preguntó mientras bailaban otra vez.

—Exhausta. Feliz. Abrumada. —Apoyó su cabeza en su hombro—. Todo a la vez.

—¿Lista para irnos?

—¿Podemos?

—Es nuestra boda. Podemos hacer lo que queramos. —Mateo la guió hacia la salida—. Y quiero llevarte a casa.

—¿A casa? —Isabela parpadeó—. ¿Al Valle Esperanza? Está a horas de aquí.

—No. A casa. —Sonrió misteriosamente—. Confía en mí.



El carruaje los llevó a través de la ciudad, deteniéndose finalmente frente a una casa elegante en una colina con vista a la bahía.

—¿Qué es esto?

—Nuestro hogar en la ciudad. —Mateo la ayudó a bajar—. Para cuando necesitemos estar aquí. Para el negocio. Para visitas de médicos de Violeta. Para lo que sea.

—Mateo, esto debe haber costado...

—Usé mi parte de las tierras recuperadas. —Se encogió de hombros—. Pensé que necesitábamos lugar para quedarnos. Mejor que casa de huéspedes.

Isabela miró la casa. Hermosa. Espaciosa.

—¿Cuándo lo compraste?

—Hace dos semanas. Joaquín me ayudó a amueblarla. —La levantó en sus brazos—. ¿Te gusta?

—Me encanta. —Lo besó—. Pero me encantaría más si me llevas adentro.

Mateo sonrió.

—Como deseas, esposa.

Cruzó el umbral con ella en brazos, pateando la puerta cerrada detrás de ellos.

Dentro, la casa estaba hermosamente amueblada. Pero Isabela apenas notó.

Solo podía ver a Mateo.

—Arriba —dijo él, llevándola por las escaleras—. La habitación principal.

La depositó en una cama enorme cubierta con sábanas de seda.

—Esto es...

—Para nosotros. Para noches cuando no estemos en el valle.
Para privacidad. Para... —Se detuvo—. Para hacer esto.

Se inclinó, capturando su boca.

El beso se profundizó rápidamente. Manos explorando. Ropa estorbando.

—Ayúdame —jadeó Isabela—. Con los botones.

Mateo giró, desabrochando la hilera interminable de botones diminutos en su espalda.

—¿Quién diseña estos vestidos?

—Sádicos. —Isabela se rió—. Absolutos sádicos.

Finalmente, el último botón cedió. El vestido se deslizó de sus hombros.

Mateo se detuvo, mirándola.

Estaba parada en corsé y enaguas, su piel brillando a la luz de velas.

—Hermosa —murmuró—. Mi esposa. Mi hermosa esposa.

—Tu turno. —Isabela alcanzó su corbata—. Demasiada ropa.

Lo desvistió con dedos más seguros ahora. Chaleco. Camisa. Pantalones.

Hasta que estuvo desnudo ante ella.

Perfecto. Cicatrices y todo.

—Isabela. —Su voz era áspera—. Necesito hacerte el amor.
Ahora.

—Entonces hazlo. —Se recostó en la cama—. Hazme tuya.
Otra vez.

Mateo se unió a ella, su peso hundiéndola en el colchón suave.

Pero no se apresuró.

Esta vez, tomó su tiempo.

Besando cada centímetro de piel. Saboreándola. Adorándola.

Cuando su boca encontró su centro, Isabela arqueó de la cama.

—¡Mateo!

—Shh. Déjame. —Su lengua se deslizó sobre ella—. Déjame saborearte.

La llevó al borde una vez. Dos veces. Manteniéndola ahí, temblando.

—Por favor —rogó—. Por favor, necesito...

—¿Qué necesitas?

—A ti. Dentro de mí. Ahora.

Mateo se arrastró hacia arriba, posicionándose.

—Como mi esposa ordena.

Entró lentamente, llenándola completamente.

Isabela gimió, envolviéndose alrededor de él.

—Sí. Así.

Se movieron juntos. Lento al principio. Luego más rápido. Más profundo.

Mateo la miraba, sus ojos nunca dejando los de ella.

—Te amo. Dios, te amo tanto.

—Te amo. —Isabela tiró de él hacia abajo para un beso—. Mi esposo. Mi amor. Mi todo.

Cuando llegaron juntos, fue con nombres murmurados. Promesas susurradas. Amor declarado.

Y después, acostados entrelazados, Isabela sintió paz completa.

—¿En qué piensas? —murmuró Mateo contra su cabello.

—En que hace seis meses, estaba muriendo en el desierto. Convencida de que mi vida había terminado.

—¿Y ahora?

—Ahora siento que apenas está comenzando. —Se volteó para mirarlo—. Contigo. Con Violeta. Con todo lo que construiremos.

—Valle Esperanza.

—Sí. —Sonrió—. Nuestro hogar. Nuestro legado.

—¿Niños? —Mateo tocó su estómago—. ¿Eventualmente?

—Eventualmente. —Isabela cubrió su mano con la suya—. Cuando estemos listos. Cuando Violeta esté establecida. Cuando el valle prospere.

—Suena a plan.

—Es un plan. —Lo besó suavemente—. Pero por ahora, solo quiero esto. Tú y yo. Aprendiendo a vivir. De verdad vivir.

—Juntos.

—Siempre juntos.

Se quedaron así mientras la noche avanzaba.

Afuera, San Francisco brillaba. La ciudad que había visto su triunfo. Su boda. Su nuevo comienzo.

Y mañana, regresarían al Valle Esperanza.

A trabajar. A construir. A sanar.

Pero esta noche era para ellos.

Para amor. Para celebración. Para promesas hechas y mantenidas.

Isabela cerró sus ojos, acurrucándose más cerca de Mateo.

Su esposo.

Su igual.

Su hogar.

Y por primera vez en seis años, durmió sin pesadillas.

Solo sueños.

Sueños de campos dorados. Niños riendo. Violeta viendo finalmente el mundo.

Sueños de paz. Felicidad. Amor.

Sueños que ya no eran solo sueños.

Sino realidad.

Su realidad.

Finalmente, completamente, perfectamente suya.

EPÍLOGO

CINCO AÑOS DESPUÉS

El sol de primavera brillaba sobre el Valle Esperanza.

Isabela estaba parada en el porche de la casa principal—reconstruida, expandida, ahora hogar verdadero—observando los campos que se extendían ante ella.

Dorados con trigo. Verdes con viñedos. Llenos de vida.

Cinco años.

Cinco años desde que había regresado a estas tierras. Desde que había comenzado a reconstruir lo que Morrison había destruido.

Y ahora...

Ahora el valle prosperaba.

—¡Mamá! ¡Mamá, míranos!

Isabela se volvió, sonriendo.

Violeta corría hacia ella, cabello volando detrás. A su lado, un niño pequeño de tres años tropezaba con piernas regordetas, riendo.

—¡Diego está tratando de alcanzarme!

—¡Vio! —gritó el niño—. ¡Yo alcanzo!

Isabela se arrodilló, abriendo sus brazos.

Ambos niños se lanzaron hacia ella, casi derribándola.

—Cuidado, cuidado. —Se rió, besando sus cabezas—. ¿Dónde está tu papá?

—En los campos. —Violeta señaló—. Con los nuevos trabajadores.

Isabela miró hacia donde señalaba.

Violeta podía ver ahora. No perfectamente—nunca sería perfecta—pero podía ver formas, colores, luz.

Suficiente para correr. Jugar. Vivir.

La cirugía había funcionado mejor de lo que nadie había esperado.

—¿Y tu hermana? —preguntó Isabela.

—Durmiendo. —Violeta puso los ojos en blanco—. Bebés siempre duermen.

Isabela sonrió, tocando su vientre ligeramente redondeado.

Tres hijos. Violeta, adoptada oficialmente hace cuatro años. Diego, nacido tres años atrás, nombrado por el hermano que Mateo había perdido. Y ahora, otra niña en camino.

Su familia.

—Vio, lleva a Diego adentro. Pídele a Rosa que les dé bocadillos.

—¡Sí! ¡Bocadillos! —Diego saltó.

Violeta tomó su mano, guiándolo con paciencia aprendida de años de no ver.

—Ven, hermanito. Despacio.

Entraron juntos, dejando a Isabela sola con sus pensamientos.

Miró hacia los campos otra vez.

El Valle Esperanza había crecido más allá de sus sueños más salvajes.

Cincuenta empleados ahora. Familias viviendo en casas construidas en la propiedad. Niños asistiendo a la escuela que habían establecido. Mujeres aprendiendo oficios, ganando independencia.

Refugio. Hogar. Esperanza.

Exactamente lo que había imaginado.

—¿Soñando despierta, esposa?

Los brazos de Mateo se envolvieron alrededor de ella desde atrás, su mano descansando sobre su vientre.

—Pensando. —Se recostó contra él—. Sobre cuán lejos hemos llegado.

—Muy lejos. —Besó su cuello—. Cinco años. Casi no puedo creerlo.

—¿Te arrepientes? —Isabela se volvió para mirarlo—. ¿De dejar la vida de forajido? ¿De convertirte en granjero respetable?

Mateo se rió.

—Todos los días. —Hizo una pausa—. No. Ni un solo día.

Había envejecido bien. Líneas más profundas alrededor de sus ojos. Canas en sus sienes. Pero más ligero. La oscuridad que había llevado finalmente se había ido.

—¿Cómo están los nuevos trabajadores?

—Buenos. Familia de Nevada. Huyendo de minas peligrosas. El padre perdió su brazo en colapso. —Mateo se apoyó contra la barandilla—. Les di la cabaña del este. El hijo puede trabajar los campos. La hija quiere aprender contabilidad.

—¿Y la esposa?

—Sanadora. Rosa está emocionada. Dice que necesita ayuda. Isabela sonrió.

Rosa todavía vivía en el valle, dirigiendo la clínica que habían construido. Había entrenado a cuatro aprendices hasta ahora, todas mujeres que habían llegado al valle buscando propósito.

—¿Noticias de Joaquín?

—Carta llegó ayer. —Mateo sacó un sobre—. Está comprometido. Mujer de su pueblo en México. Se casa en verano.

—¿Vendrá?

—Dice que no se lo perdería. —Mateo sonrió—. Quiere conocer a Diego. Y a la nueva bebé cuando llegue.

—Le mandaremos dinero para el viaje.

—Ya lo hice.

Por supuesto que lo había hecho.

Mateo cuidaba de su gente. Siempre.

—¿Y Thompson?

—Ahora Alguacil Marshal Federal. —Mateo guardó la carta—. Me escribió también. Dice que Morrison será transferido a prisión federal en Arizona. Cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional.

El nombre todavía enviaba un escalofrío por su columna. Pero más pequeño ahora. Menos poderoso.

—¿Alguna vez piensas en él?

—A veces. —Isabela miró el valle—. Pero no con miedo. Solo... lástima.

—¿Lástima?

—Tenía todo esto. —Gesturó hacia la tierra—. Podría haberlo hecho prosperar. Construido algo real. Pero eligió codicia. Crueldad. —Hizo una pausa—. Y terminó con nada.

—Mientras nosotros tenemos todo.

—Sí. —Se volvió hacia él—. Todo lo que importa.

Mateo la besó, suave y profundo.

—Te amo.

—Te amo. —Isabela sonrió contra sus labios—. Cinco años y todavía me haces sentir mariposas.

—Bien. Planeo hacerte sentir mariposas por los próximos cincuenta años.

—¿Solo cincuenta?

—Sesenta. Setenta. Para siempre. —Tocó su vientre—. ¿Cómo está nuestra niña?

—Activa. Patea mucho. —Isabela puso su mano sobre la de él—. Creo que será guerrera como su madre.

—O testaruda como su padre.

—Ambas cosas, probablemente.

Se rieron juntos, cómodos. Felices.

Una campana sonó en la distancia.

—Hora de cena. —Mateo ofreció su brazo—. ¿Lista?

—Siempre.



La mesa del comedor estaba llena.

No solo familia, sino trabajadores también. Veinte personas cenando juntas, compartiendo comida y conversación.

Esto era tradición ahora. Cenas comunitarias tres veces por semana. Todos bienvenidos. Todos familia.

Violeta ayudaba a servir, Diego "ayudaba" salpicando más de lo que servía.

Rosa presidía la cocina, dirigiendo su nuevo aprendiz.

Y en la cabecera de la mesa, Mateo e Isabela se sentaban lado a lado.

—¡Atención! —Joaquín—que había llegado sorpresa esa mañana—golpeó su vaso—. Brindis.

Todos levantaron sus copas.

—Por Mateo e Isabela. Por construir este lugar. Por darnos hogar cuando no teníamos ninguno. —Joaquín miró alrededor de la mesa—. Por enseñarnos que familia no es solo sangre. Es elección.

—¡Salud!

Todos bebieron.

Isabela parpadeó lágrimas.

Cinco años atrás, había estado muriendo en el desierto. Sola. Rota. Sin esperanza.

Ahora estaba rodeada de amor. Familia. Propósito.

Después de la cena, mientras otros limpiaban, Mateo la llevó afuera.

—Ven. Quiero mostrarte algo.

—¿Qué?

—Sorpresa.

La guió hacia el cementerio familiar en la colina. Pequeño, cuidado con cariño. Su padre descansaba ahí. Y el hermano de Mateo, cuyos restos habían traído hace tres años.

Pero ahora había algo nuevo.

Una piedra. Simple pero hermosa.

Katherine Williams

Enfermera, Salvadora, Amiga

Murió para que otros pudieran vivir

Isabela tocó la piedra, lágrimas corriendo libremente.

—¿Cómo...?

—Encontré su tumba. En Colorado. —Mateo la abrazó—. La traje aquí. Pensé que debería descansar en lugar que ayudó a crear. Con gente que la recuerda.

—Gracias. —Isabela sollozó contra su hombro—. Gracias.

—Ella te salvó. Lo menos que podía hacer era honrarla.

Se quedaron así mientras el sol se ponía, pintando el cielo de naranja y púrpura.

—¿Sabes qué día es hoy? —preguntó Mateo.

—¿Jueves?

—Hace cinco años exactamente. —Tocó su mejilla—. Cinco años desde que te encontré en el desierto.

—¿De verdad?

—De verdad. —Sonrió—. Aniversario de cuando mi vida cambió para siempre.

Isabela pensó en ese día. En qué desesperada había estado. Qué cerca de la muerte.

—Si no me hubieras encontrado...

—Pero lo hice. —Mateo la calló con un beso—. Y encontrarte me salvó tanto como te salvé.

—Nos salvamos mutuamente.

—Sí. —Descansó su frente contra la de ella—. Juntos. Como siempre debió ser.

Caminaron de regreso hacia la casa mientras las estrellas emergían.

Adentro, podían escuchar risas. Violeta leyendo un cuento a Diego. Rosa cantando en la cocina. Joaquín contando historias exageradas.

Familia.

Hogar.

Amor.

Todo lo que habían luchado por conseguir.

—¿Mateo?

—¿Sí?

—Gracias. Por encontrarme. Por amarme. Por construir esto conmigo. —Isabela miró el valle, su valle, iluminado por lámparas—. Por darme vida que nunca soñé que podría tener.

—Gracias por elegirme. —Mateo besó su frente—. Por ver al hombre que podía ser. No el fantasma que era.

—Siempre fuiste ese hombre. Solo necesitabas recordarlo.

—Y tú me ayudaste a recordar.

Entraron juntos, hacia calor y luz y amor esperando.

Hacia los niños que necesitaban ser acostados.

Hacia amigos que querían una última copa.

Hacia vida que habían construido de cenizas y dolor.

Y mientras Isabela subía las escaleras esa noche, Mateo de la mano, Violeta durmiendo pacíficamente, Diego roncando suavemente, su bebé por nacer pateando dentro de ella—

Se dio cuenta de que esto era todo lo que siempre había querido.

No riqueza, aunque la tenían.

No venganza, aunque la habían logrado.

Sino esto.

Simplicidad. Familia. Paz.

Amor dado y recibido libremente.

Elección. Siempre elección.

Se acostaron juntos, Mateo envolviéndola en sus brazos.

—¿Feliz? —murmuró contra su cabello.

—Más que feliz. —Isabela besó su palma—. Completa.

—Bien. Porque planeo hacerte feliz por los próximos cincuenta años.

—Dijiste sesenta antes.

—Setenta entonces. Ochenta. Para siempre. —La apretó más fuerte—. Mientras viva, serás amada. Honrada. Elegida.

—Como tú. —Isabela se volvió para mirarlo—. Siempre elegida. Siempre amada.

Se besaron, suave y dulce.

Promesa renovada.

Amor reafirmado.

Futuro esperando.

Y mientras Isabela se quedaba dormida en brazos de su esposo, bajo el techo de su hogar, rodeada por familia que había elegido y construido—

Soñó.

No con el pasado.

No con dolor o miedo o oscuridad.

Sino con mañana.

Con campos dorados bajo sol de verano.

Con niños riendo en arroyos fríos.

Con Violeta creciendo fuerte y libre.

Con amor que no terminaba sino que crecía.

Con paz que había ganado.
Con vida que finalmente, completamente, irrevocablemente
era suya.

No cautiva de hombre sin nombre.
Sino compañera de hombre que la amaba.
Esposa. Madre. Constructora.
Sobreviviente. Guerrera. Libre.
Isabela Valentina Navarro Reyes.
Dueña de su destino.
Maestra de su futuro.
Autora de su propia historia.
Finalmente.
Para siempre.
Libre.